Orlando furioso

narrado en prosa del poema de
LUDOVICO ARIOSTO

ITALO CALVINO

Lectulandia

No es novedad que Italo Calvino declare que Ariosto es su poeta. Y si no lo hiciera, gran parte de su narrativa lo demostraría sin necesidad de más pruebas. Por consiguiente, este libro es el resultado más reciente de un encuentro al que el autor ya nos tiene habituados. Calvino no pretende reemplazar a Ariosto. Lo que hace es contarnos, con un entusiasmo sin prisas y mediante su pulida prosa, las vicisitudes de ninfas, paladines, guerreras y magos que pueblan tanto el poema de Ariosto como, por una milagrosa metamorfosis literaria, novelas como *El barón rampante, El caballero inexistente* o *Las ciudades invisibles*. Y cuando la narración de Calvino llega a puerto, como él mismo dice de Ariosto, «el poema sale de sí mismo, se define por medio de sus destinatarios; y a su vez es el poema mismo que sirve como definición o emblema de la sociedad de sus lectores presentes y futuros, de la totalidad de personas que participaron en su juego y que en él se reconocerán». Irresistible incitación a la lectura inteligente del poema original, a través de la más rica imaginación contemporánea.

Lectulandia

Italo Calvino

Orlando furioso

Narrado en prosa del poema de Ludovico Ariosto

ePub r1.0
Titivillus 04.11.16

Título original: *Orlando furioso, di Ludovico Ariosto, raccontato da Italo Calvino*
Italo Calvino, 1970
Traducción: Aurora Bernárdez y Mario Muchnik

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Nota del Editor

Los versos de Ariosto citados en el texto provienen, en esta edición castellana, de la traducción, publicada en 1883, del Capitán General Don Juan de la Pezuela, Conde de Cheste, de la Real Academia Española. Esta elección ha sido aprobada por Italo Calvino. En cuanto a esta edición en sí, se trata de la única versión calificada por el autor como «perfecta», por contener capítulos ausentes de la primera edición italiana de Einaudi, por citar exactamente los versos de Ariosto seleccionados por Calvino y por ser, siempre según el parecer del autor, traducción fiel, supervisada paso a paso por él mismo, del texto original *(N. del E.)*

Presentación

1.Rotholandus, Roland, Orlando.

En todo atlas histórico de la Edad Media hay un pequeño mapa en el que, generalmente coloreadas de violeta, se indican las conquistas de Carlomagno, rey de los francos y luego emperador. Una gran nube violeta se extiende sobre Europa, se expande más allá del Elba y el Danubio, pero se detiene a occidente en el confín de una España todavía sarracena. Sólo el borde inferior de la nube salva los Pirineos y llega a cubrir la Cataluña; es la Marca Hispánica, todo lo que Carlomagno logró arrancar, en los últimos años de su vida, al Emir de Córdoba. Entre las tantas guerras que Carlomagno libró y ganó contra bávaros, frisones, eslavos, avaros, bretones, longobardos, las que libró contra los árabes, en la historia del emperador de los francos ocupan relativamente poco lugar; en la literatura, en cambio, se agigantaron hasta alcanzar todo el orbe terráqueo, y llenaron las páginas de bibliotecas enteras. En la imaginación de los poetas —y aún antes en la imaginación popular— los hechos se disponen según una perspectiva que no es la histórica; la perspectiva del mito.

Para rastrear los orígenes de esta extraordinaria proliferación mitológica es habitual referirse a un episodio histórico oscuro y desgraciado; en el 778 Carlomagno intentó una expedición para expugnar Zaragoza, pero se vio obligado a volver rápidamente sobre sus pasos y cruzar los Pirineos. Durante la retirada la retaguardia del ejército franco fue atacada por las poblaciones vascas de la montaña, y destruida cerca de Roncesvalles. En las crónicas carolingias oficiales entre los dignatarios francos muertos, figura el nombre de un tal Hruodlandus.

Hasta aquí, la historia; pero la verdad de los hechos poco tiene que ver con la epopeya. *La Chanson de Roland* fue escrita unos tres siglos después de Roncesvalles. Estamos alrededor del 1100, en la época de la Primera Cruzada; ésta es la referencia histórica más pertinente. Europa está impregnada por el espíritu de la guerra santa que contrapone el mundo cristiano al mundo musulmán. En ese clima nace en Francia un poema épico de autor desconocido (Turoldo es el nombre que aparece en el último verso), de versificación simple, conmovida y solemne; *La Chanson de Roland*. Carlomagno aparece como el que ha conquistado toda España, salvo Zaragoza que

aún está en manos sarracenas; el rey Marsilio pide la paz a condición de que el ejército franco abandone España; el valiente Roland querría proseguir la guerra, pero prevalece la opinión de Guenes (Gano di Maganza o Ganellone), que lo traiciona y se pone de acuerdo con Marsilio para que el ejército sarraceno viole la paz y Marsilio se descargue en Roncesvalles sobre la retaguardia franca conducida por Roland. El paladín hace proezas con la espada Durendal, regalo de un ángel, pero a su alrededor van cayendo uno tras otro sus guerreros. Sólo una vez herido de muerte Roland se resigna a soplar el Olifante, el cuerno mágico, para llamar en su auxilio al rey Carlos.

No se sabe si Turoldo se ha limitado a infundir el aliento de la poesía a una tradición ya consolidada, es decir si la leyenda de Roncesvalles ya formaba parte del repertorio de los juglares, poetas que iban de castillo en castillo cantando historias, repertorio oral que en cierto momento se fija en «cantares de gesta» escritos y rimados, o en narraciones en prosa que daban tema a los versificadores. A estas últimas pertenece la crónica latina atribuida al arzobispo Turpino (*Historia Karoli Magni et Rotholandi*) que pasaba por ser el testimonio directo de un contemporáneo y que los poetas y autores de novelas de caballería posteriores siempre sacaban a relucir como fuente autorizada, cuando en realidad también había sido escrita en la época de las Cruzadas.

Lo que podemos afirmar con certeza es que la *Chanson de Roland* dio origen a una larga tradición, y que, habiendo pasado de la severa epopeya militar de Turoldo a la literatura de entretenimiento y aventuras, las gestas de los paladines de Carlomagno conocieron el éxito popular, más aún que en Francia, en España y en Italia. Roland se convierte en Don Roldan allende los Pirineos y, de este lado de los Alpes, en Orlando. Los centros de difusión de los «cantares de gesta» jalonaban las rutas de los peregrinos; el camino de Santiago de Compostela, que atravesaba Roncesvalles, donde se visitaba una presunta tumba de Roland-Roldán-Orlando; y el camino de Roma, que había recorrido Carlomagno en su larga guerra contra los longobardos y en sus visitas al Papa. En las escalas de las peregrinaciones los juglares cantaban las gestas de los paladines para un público que reconocía a esos personajes como familiares.

En Italia estos juglares no eran sólo los que venían de Francia; los había vénetos, que manipulaban los versos franceses de los cantares con un lenguaje más cercano a los dialectos de la llanura del Po, entre los siglos XIII y XIV nació una literatura «franco-véneta» que traducía los ciclos franceses y los enriquecía con nuevas gestas. Poco más tarde comenzaron las traducciones al toscano; los toscanos sustituyeron las monótonas estrofas de una sola rima por una estrofa narrativa de ritmo amplio y movido; la octava.

De Roland, lo único que cuenta la tradición francesa es la última batalla y la muerte. Todo el resto de su vida, nacimiento, árbol genealógico, infancia, juventud, aventuras anteriores a Roncesvalles, se encontrará en Italia bajo el nombre de Orlando. Queda así establecido que su padre es Milone de Clermont (o Chiaromonte),

alférez del rey Carlos, y su madre Berta, hermana del soberano. Para huir de la cólera de su cuñado real, Milone que ha seducido a la niña, la rapta y huye a Italia. Según algunas fuentes Orlando nace en Ímola Romana; según otras en Sutri, en el Lacio; de que sea italiano no caben dudas. Y como si fuera poco, se le atribuyen los títulos de Gonfaloniero de Santa Chiesa y Senador romano.

A pesar de ello, no llega a convertirse en un «personaje», en el sentido moderno de la palabra. Figura austeramente ejemplar en Turoldo y en el pseudo Turpino (que hace de él un fanático de la castidad; nunca se acercó a una mujer, ni siquiera a la suya), así queda en los cantares italianos, con el acento puesto en la melancolía y una característica física desagradable; es bizco.

Frente a Orlando, investido de responsabilidades demasiado altas, cobra relieve su primo Rinaldo di Chiaromonte (el Renaud de una gesta francesa), paladín venturoso y espíritu rebelde, reacio aun a la autoridad de Carlomagno. En la épica popular italiana no tarda en convertirse en el héroe predilecto. El crecimiento de Rinaldo a la categoría de protagonista y la simultánea degradación de Carlomagno a personaje casi cómico, a viejo algo chocho, reflejan, según los historiadores, el espíritu de autonomía de los vasallos feudales o de las Comunas güelfas frente a la autoridad imperial; lo cierto es que ambas caracterizaciones sirven en primer lugar para dar movimiento a la narración.

En la enemistad de los valientes y leales Chiaromonte para con la Dérfida estirpe de los maganceses, los cantares rastrean los antecedentes de la traición de Gano en Roncesvalles. Este tema principal se desenvuelve contra el fondo de la mítica conquista de España por Carlomagno, anacronismo que equilibra otro anacronismo simétrico; el ejército sarraceno penetra en tierras de Francia más profundamente aún que en tiempos de Charles Martel, hasta los muros de París, sometida a un largo asedio por los infieles. Junto a estos temas, la epopeya caballeresca italiana acoge también las guerras entre francos y longobardos, fabulosas aventuras de los paladines en oriente, sus amores con princesas mahometanas.

El *tiempo* en que se desarrollan las gestas de los cantares es, en definitiva, un concentrado de todos los tiempos y todas las guerras, sobre todo las del desafío entre el Islam y la Europa cristiana, de Charles Martel a Luis IX el Santo. Y justamente en el momento en que las Cruzadas, con su presión propagandística y su peso militar, ya no son de actualidad, es cuando los duelos y batallas entre paladines e infieles se vuelven pura materia narrativa, emblema de toda contienda, de toda magnanimidad, de toda aventura, y el sitio de París por los moros se transforma en un mito como el de la guerra de Troya.

A medida que se iba extendiendo por castillos y ciudades un público capaz de leer, que no fuera solamente de doctos y prelados, se difundieron también —junto a los cantares en verso, compuestos para ser recitados o cantados—, breves novelas en prosa, primero en francés y luego en toscano. Las novelas en prosa no referían solamente las vicisitudes del ciclo carolingio; también estaba el «ciclo de Bretaña»,

que trataba del rey Arturo, de la Mesa Redonda, de la búsqueda del Santo Grial, de los hechizos del Mago Merlín, de los amores de Ginebra, de Isolda. Este mundo de historias mágicas y amorosas conoció gran popularidad en Francia (de donde pasó a Inglaterra), hasta llegar a suplantar el austero ciclo carolingio. En Italia, en cambio, fue lectura sobre todo de cortes nobiliarias y de damas; el pueblo seguía siendo fiel a Orlando, a Gano, a Rinaldo. Los duelos entre paladines y moros habían llegado a formar parte de ese acervo cultural extremadamente conservador que es el folklore.

Tanto es así que en Italia meridional este favor popular ha perdurado en nuestros días en los «cantahistorias» de Nápoles (al menos hasta el siglo pasado), en el Teatro dei Pupi de Sicilia (teatro de marionetas que ha sobrevivido hasta hoy) y en las pinturas de los flancos de los carritos sicilianos. El repertorio del Teatro dei Pupi, que se remontaba a los cantares, los poemas del siglo XVI y las recopilaciones del XIX, comprendía historias cíclicas que se representaban por episodios y que duraban meses y meses, hasta un ano y aún más.

Y cuando, con la enseñanza obligatoria, empezaron a circular algunos libros por el mundo rural italiano, tradicionalmente poco dado a la lectura, lo que más se leyó fue una crónica, modernizada y remendada de varias maneras, que había sido escrita entre los siglos XIV y XV, *I Redi di Francia*, recopilación en prosa de las gestas del ciclo carolingio, obra de un «cantahistorias» toscano llamado Andrea da Barberino.

2. Cómo se enamora Orlando.

Entre los intelectuales y la producción artística popular siempre hubo (y hoy más que nunca, con las formas modernas de «cultura de masa» y sobre todo el cine) una relación cambiante; primero de rechazo, de suficiencia desdeñosa, después de interés irónico, y luego de descubrimiento de valores buscados en Vano en otra parte. En definitiva el hombre culto, el poeta refinado, se apropia de aquello que era diversión ingenua, y lo transforma.

Es lo que pasó con la literatura caballeresca en el Renacimiento. Casi al mismo tiempo, en la segunda mitad del siglo XV, en las dos cortes más refinadas de Italia, la de los Medici de Florencia y la de los Este de Ferrara, el éxito de las historias de Orlando y de Rinaldo subió de las plazas a los ambientes cultos. En Florencia todavía

fue un poeta más o menos improvisado, Luigi Pulci (1432-84) quien (al parecer por encargo de la madre de Lorenzo el Magnífico) rimó aventuras ya conocidas pero con fin caricaturesco. Tanto es así que el nombre de su poema no fue el de los paladines protagonistas sino el de una de las grotescas figuras secundarias, *Morgante*, un gigante derrotado por Orlando y que se convierte en su escudero.

En Ferrara, un dignatario de la corte estense, Matteo Maria Boiardo, conde de Scandiano (1441-94), enfocó la epopeya caballeresca con la misma distancia, pero una distancia mechada de esa melancólica nostalgia de quien, descontento de su época, trata de resucitar los fantasmas del pasado. En la corte de Ferrara las novelas del ciclo bretón, con sus encantamientos, dragones, hadas, pruebas solitarias de caballeros errantes, eran muy leídas; la contaminación de estos cuentos de hadas con la épica carolingia ya se había producido en algún poema francés y en muchos cantares italianos; en Boiardo los dos filones se encuentran por primera vez con la cultura humanista que, pasando por encima de la Edad Media, tiende a reunirse con los clásicos de la antigüedad pagana. Los medios técnicos del poeta, sin embargo, todavía son primitivos, y la generosa vitalidad que comunican sus versos proviene en gran parte de su sabor acerbo. El *Orlando enamorado*, inconcluso a la muerte del autor, es un poema de versificación tosca, escrito en un italiano dudoso que raya continuamente en el dialecto. Su suerte fue también su desgracia; el amor que inspiró a otros poetas tan solícitos e interesados en ayudarlo, como si se tratase de una criatura incapaz de vivir por sus propios medios, sólo consiguió que se eclipsara y desapareciera de la circulación. En el siglo XVI, establecida la primacía del toscano como lengua literaria, Berni reescribió todo el *Orlando enamorado* en «buena lengua» y durante tres siglos el poema sólo se reimprimió así rehecho, hasta que en el XIX se redescubrió el texto auténtico cuyo valor para nosotros reside precisamente en aquello que censuraban los puristas; ser un monumento del italiano *diferente* que nacía de los dialectos de la llanura del Po.

Pero el *Enamorado* quedó eclipsado sobre todo por el *Furioso*, es decir, por la continuación que Ludovico Ariosto comenzó a escribir unos diez años después de la muerte de Boiardo, continuación que inmediatamente fue otra cosa; de la rugosa corteza del siglo XV estalla la vegetación lujuriante del XVI, cargada de flores y frutos.

Esa suerte-desgracia prosigue; aquí estamos hablando del *Enamorado* sólo como de un «precedente» del *Furioso*, liquidándolo como «resumen de los episodios anteriores». Sabemos que nos equivocamos y que somos injustos; los dos poemas son mundos independientes; y no obstante no podemos evitarlo.

El Orlando de la tradición, dijimos, contaba entre sus pocos rasgos psicológicos el de ser casto e inaccesible a las tentaciones del amor. La «novedad» de Boiardo fue presentar un Orlando enamorado. Para capturar a los paladines cristianos, y sobre todo a Orlando y Rinaldo, los dos primos campeones, Galafrone, rey del Catay (es decir China) ha enviado a París a sus dos hijos; Angélica, bellísima y experta en artes mágicas, y Argalía, guerrero de armas encantadas y yelmo a prueba de espada. Como

si fuera poco, tienen un anillo que confiere la invisibilidad.

Argalía lanza un desafío; quien logre desarzonarlo ganará a su hermana, y quien sea desarzonado por él se convertirá en su esclavo. En cuanto ven a Angélica, todos los caballeros presentes, cristianos e infieles (estamos en la tregua de Pascua y se hallan todos reunidos en un torneo), se enamoran; hasta el rey Carlos pierde la cabeza. Al cabo de una serie de duelos ganados Argalía es muerto por el sarraceno Feraguto, que Ariosto llamará Ferraú, pero aparece Orlando para disputarle la bella presa al vencedor. Angélica aprovecha para huir, haciéndose invisible, perseguida infructuosamente por Rinaldo (aquí llamado Ranaldo o Rainaldo). En su huida, Angélica, sedienta, bebe de una fuente mágica; es la fuente del amor; la bella se enamora de Rinaldo. También Rinaldo bebe de una fuente encantada, pero es la del desamor; de enamorado de Angélica, se vuelve su enemigo, y la esquiva. Angélica, que no puede vivir sin Rinaldo, lo hace raptar en una barca hechizada, pero él no quiere saber nada y al cabo de varias aventuras de isla en isla logra escapar. Angélica, retirada en el Catay, en la fortaleza de Albraca o Albracá, es asediada por Agricane, rey de los tártaros y por Sacripante, rey de los circasios, también ellos pretendientes desafortunados. El primero vence pero en defensa de Angélica acude Orlando, siempre enamorado y triunfante de otros encantamientos. El duelo con Agricane dura un día y una noche, y Agricane muere. Este duelo (libro primero, cantos XVIII-XIX) es con justicia el episodio más admirado del poema; en cierto momento, cansados de luchar, los dos campeones se tumban en la hierba a mirar las estrellas; Orlando habla de Dios a Agricane, quien se lamenta de haber sido siempre tan ignorante; (liando al alba reanudan el duelo, Agricane, herido de muerte, pedirá el bautismo a su adversario.

Es difícil narrar las batallas y los duelos que se libran alrededor de Albracá porque continuamente se superponen nuevos ejércitos y nuevos campeones, entre los cuales está Galafrone, padre de Angélica, que quiere vengar al hijo muerto; Marfisa, reina de las Indias, que jamás se quita la armadura de encima; y al mismo tiempo combaten cada uno su guerra privada, con frecuentes cambios de enemigo y de aliado. También llega Rinaldo, que odia a Angélica, para impedir que su primo Orlando se pierda en pos de esa vana pasión. Angélica se hace defender por Orlando (quien, como perfecto caballero que es, se cuida mucho de tocarla) pero sólo piensa en salvar la vida de Rinaldo ante los celos (inmotivados) de Orlando. La historia principal se ramifica en innumerables historias secundarias de hadas y gigantes y hechizos; por ejemplo, Angélica logra desviar a Orlando de su litigio con Rinaldo encargándole la difícil empresa de desencantar un jardin embrujado.

Mientras los paladines prosiguen sus andanzas en Oriente, Francia vive bajo la amenaza de nuevas invasiones. Primero llega Gradasso, rey de Sericana, que logra hacer prisionero al mismísimo rey Carlos, y que es vencido por Astolfo, dueño, sin saberlo, de la lanza hechizada del difunto Argalía. Después viene Agramante, rey de África, gracias al cual el rey Rodomonte (aquí Rodamonte) desembarca en Provenza,

y el rey Marsilio cruza los Pirineos (por instigación del ya conocido Gano di Maganza). Rinaldo regresa a echar una mano a Carlos que peligra, y Angélica corre tras él haciéndose seguir por Orlando. Pasan junto a las fuentes encantadas y esta vez es Angélica quien bebe de la fuente del odio, mientras que Rinaldo bebe de la del amor. Orlando y Rinaldo son nuevamente rivales; en un momento tan grave para las armas cristianas los dos primos no piensan sino en su disputa.

Entonces el rey Carlos se propone como arbitro; Angélica será custodiada por el viejo duque Namo de Baviera, y será entregada, de los dos campeones, al que más valientemente haya combatido contra los infieles. Es en Montalbano, cerca de los Pirineos, donde tiene lugar la batalla decisiva; decisiva sobre todo porque —aunque el poema de Boiardo siga durante varios cantos más narrando el sitio de París— a partir de esta batalla Ariosto pondrá en marcha su poema, retomando el hilo de los diversos personajes. Decisiva también porque en esta batalla Ruggiero, caballero sarraceno descendiente de Héctor de Troya, encontrará a la guerrera cristiana Bradamante (aquí llamada Bradiamonte o Bradiamante o Brandimante o Brandiamante), hermana de Rinaldo; de enemigos que eran, se sorprenderán enamorados.

El episodio es importante porque era intención de Boiardo (al parecer por explícito encargo de Ercole I d'Este) convalidar la leyenda que la Casa d'Este había nacido de las bodas de Ruggiero di Risa y Bradamante di Chiaromonte. En aquellos tiempos, una genealogía, incluso imaginaria, tenía mucho peso; los enemigos de los Estenses habían difundido el rumor de que los señores de Ferrara descendían del infame traidor Gano di Maganza; había que arreglar el entuerto. Boiardo introdujo este motivo genealógico cuando su poema estaba ya muy avanzado, y no tuvo tiempo de desarrollarlo; será Ariosto quien lo llevará a cabo. Mientras tanto, a Ercole I, muy preocupado por la cuestión, le sucedieron sus hijos, Alfonso I y el cardenal Ippolito, a quienes estas fantasías les tenían sin cuidado. Y Ariosto, por otra parte, no tenía ciertamente espíritu de cortesano adulador; sin embargo puso escrupuloso empeño en cumplir el deber que se había fijado y tenía sus buenas razones. Primero, porque era un motivo narrativo de primer orden; dos enamorados, leales combatientes de ejércitos enemigos y que por lo tanto no logran nunca realizar el destino nupcial que les ha sido asignado; segundo, porque esto lo llevaba a vincular el tiempo mítico de la caballería con los hechos contemporáneos, con el presente de Ferrara y de Italia.

3. El sabio Ludovico y Orlando loco.

Durante más de un siglo Ferrara fue la capital de la poesía épica. Los tres poemas principales del Renacimiento —el *Orlando enamorado,* el *Orlando furioso* y también la *Jerusalén liberada* del sorrentino Torquato Tasso— nacieron en la Corte de los Estenses.

¿Por qué fueron estas tierras del Po tan fecundas en resonantes octavas, en lanzazos y ruido de cascos? En materia tan Imponderable ninguna tentativa de explicación será jamás exhaustiva, pero algunos hechos merecen consideración; la sociedad ferraresa era rica, amante del lujo, de la vida regalada; era una sociedad culta, que había hecho de su universidad un centro importante de estudios humanísticos; y sobre lodo era una sociedad militar que se había construido un listado y lo había defendido, entre Venecia, el Estado de la Iglesia y el Ducado de Milán; una respetable tajada de territorio situada en el corazón de ese perpetuo campo de batalla europeo que era entonces la llanura del Po, y consiguientemente parte litigiosa en todas las disputas entre Francia y España por la supremacía en el continente. Pero lo que adquiere forma en la época de Francisco I y Carlos V es el nuevo tipo de gran Estado centralista, mientras que el ideal Italiano de la ciudad-principado empieza a declinar. El *Orlando furioso* nace en una Ferrara en donde la gloria guerrera todavía es el fundamento de todo valor, pero que tiene ya conciencia de que no es sino una pieza en un juego diplomático y militar mucho más vasto. El poema se desdobla continuamente en dos planos temporales; el de la fábula caballeresca y el del presente político-militar; una corriente de Impulsos vitales se transmite del tiempo de los paladines (donde el fondo épico-histórico carolingio desaparece, absorbido por el arabesco fantástico) a las guerras italianas del siglo XVI (en que, a la apología de las empresas estenses se superponen cada vez más los acentos de amargura por los estragos de una Italia invadida).

¿Quién es este Ludovico Ariosto, que no cree en las gestas de caballería y que sin embargo empeña todas sus fuerzas, sus pasiones, su deseo de perfección en representar choques de paladines e infieles en un poema trabajado con minucioso cuidado? ¿Quién es este poeta que sufre por lo que el mundo es y por lo que no es y podría ser, y sin embargo lo representa como un espectáculo multicolor y multiforme que se ha de contemplar con irónica sabiduría?

Hijo de un oficial del Duque de Ferrara y de una noble señora de Reggio, Ludovico Ariosto nació en Reggio Emilia en 1474, estudió en Ferrara y a los treinta años se empleó como secretario del Cardenal Ippolito d’Este, hermano del duque Alfonso I. Por encargo del Cardenal realizó frecuentes viajes y cumplió embajadas en las capitales vecinas, Mantua, Módena, Milán, Florencia, y fue varias veces a Roma a tratar asuntos vinculados con las difíciles relaciones entre Ferrara y el Papa (primero Julio II y luego León X).

En definitiva una vida no de cortesano sino de funcionario a quien asignaban

misiones diplomáticas de responsabilidad y confianza que a veces lo enfrentaban con peligros o aventuras (en la época en que el papa Julio II era enemigo de los estenses). Años movidos y fatigosos durante los cuales Ariosto no obstante supo encontrar el tiempo o la concentración necesarios para componer el *Orlando furioso* además de obras líricas, comedias y siete sátiras que nos dan el mejor retrato del carácter del poeta y nos cuentan las desilusiones y las parcas satisfacciones de su vida.

En 1518, en lugar de seguir al Cardenal Ippolito, que había sido nombrado obispo en Budapest, Ariosto pasó al servicio del duque Alfonso. Fue un servicio más duro aún que el anterior, pues significó tres años de estancia en las montañas de la Garfagnana Estense con el cargo de Gobernador, es decir con una autoridad más formal que efectiva para hacer respetar la ley en un mundo despiadado, de subversiones feudales, como era el de las vegas selváticas del Apenino. Sólo de 1525 a 1533, año de su muerte, logró llevar una existencia más tranquila, de nuevo en Ferrara, como supervisor de los espectáculos de la Corte.

Durante treinta años su verdadera vida fue el *Furioso*. Comenzó a escribirlo hacia 1504 y puede afirmarse que siguió trabajándolo siempre, porque un poema como éste nunca puede darse por terminado. Después de publicar una primera edición en cuarenta cantos, en 1516, Ariosto trató de darle una continuación que quedó truncada (los llamados Cinco cantos de publicación postuma), la inventiva, la felicidad del primer impulso creativo parecían haberse perdido. Siguió ocupándose de pulir y poner a punto la lengua y la versificación de los cuarenta cantos, trabajo cuyos resultados se notan ya en la segunda edición, de 1521, sin agregados. El verdadero modo de alargar un poema de estructura policéntrica y sincrónica como el *Furioso*, con historias que se ramifican en todas direcciones y que se entrecruzan y se bifurcan continuamente, era dilatarlo desde dentro, haciendo proliferar episodios a partir de episodios, creando nuevas simetrías y nuevos contrastes. No hay duda de que así había construido el poema desde el principio, y así siguió ampliándolo el autor hasta la víspera de su muerte; la edición definitiva, de cuarenta y siete cantos, data de 1532.

El tema principal del poema es cómo Orlando, enamorado sin esperanza de Angélica, se vuelve loco furioso; cómo los ejércitos cristianos, sin su campeón más preclaro, corren peligro de perder Francia, y cómo la razón perdida del loco (el recipiente que contenía su juicio) es hallada por Astolfo en la Luna y reintroducida en el cuerpo de su legítimo propietario, permitiéndole reintegrarse a su puesto en las filas. Un tema paralelo es el de los obstáculos que se superponen para impedir que se realice el destino nupcial de Ruggiero y Bradamante, hasta que aquél logra pasar del campo sarraceno al campo franco, recibir el bautismo y casarse con ésta. Los dos motivos principales se entrelazan con la guerra entre Carlos y Agramante en Francia y en África, con los estragos de Rodomonte en París sitiada por los moros, con las discordias en el campo de Agramante, hasta el ajuste de cuentas entre la flor y nata de los campeones de uno y otro bando. (I, 1-2)

Las damas, los guerreros, los amores,
Y las proezas, canto y cortesía
Del tiempo en que los moros, los rigores
De la mar arrostrando, ruina impía
Trajeron al francés por los furores
De Agramante su joven Rey, que ansia
Vengar feroz la muerte de Trojano
En el rey Cario Emperador romano.
Diré a la vez de Orlando valeroso,
Caso hasta aquí no dicho en prosa o rima,
A quien tornó el amor loco rabioso.
De acuerdo que antes fue de mucha estima.
Si el que otro tanto hizo de mí, que iroso
Poco a poco mi pobre ingenio lima,
El respiro me deja que le pido,
Daré fin al cantar que he prometido.

Orlando sigue siendo un personaje a la vez central y distante; así como rebasaba lo humano por su virtud, así como era inmune a las pasiones según los cantares populares, y como era un enamorado que reprimía toda tentación según Boiardo, escapa aquí a la medida humana (después de haberla recorrido en la duda y en la angustia de los celos) para entrar en la bestialidad más ciega. En esta nueva e inesperada encarnación de obseso desnudo descuajador de encinas, Orlando se transforma, si no en un auténtico personaje, ciertamente en una imagen poética viviente como nunca lo había sido en la larga serie de poemas que lo representaban con yelmo y armadura.

Hay que decir que los héroes del *Orlando furioso*, aunque resulten siempre bien reconocibles, nunca son personajes tridimensionales; en el mismo Boiardo, poeta y narrador tanto menos elaborado, había más voluntad de caracterización; lo que realmente interesa a Ariosto, que tiene sin embargo la fineza de un miniaturista, es el variado movimiento de las energías vitales, no la corporeidad de los retratos individuales. Por ejemplo, el inglés Astolfo, que fue inventado —puede decirse— por Boiardo como personaje heroicómico a quien la suerte y la desdicha le caen casi por casualidad, en Ariosto se vuelve uno de los centros motores del poema, pero pierde esos pocos rasgos psicológicos que tenía en el Enamorado. No obstante, por poco que nos revele de sí, de lo que piensa y siente —quizás precisamente por eso mismo—, el alma de Ariosto (esa presencia que nunca se deja atrapar y definir) se reconoce sobre todo en él, explorador lunar que jamás se maravilla de nada, que vive circundado por lo maravilloso y se vale de objetos embrujados, libros mágicos, metamorfosis y caballos alados con la liviandad de una mariposa, pero siempre para lograr fines de utilidad práctica y totalmente racionales.

4. Cristianos e infieles.

El defecto de todo preámbulo al Orlando furioso es que se empieza diciendo; este poema es la continuación de otro poema, el cual continúa un ciclo de innumerables poemas, los cuales a su vez tienen origen en un poema fundador… El lector se siente inmediatamente desalentado; si antes de comenzar la lectura debe informarse acerca de todos los antecedentes, y de los antecedentes de los antecedentes, ¿cuándo logrará empezar el poema de Ariosto? En realidad cada preámbulo inmediatamente resulta superfluo; el Furioso es un libro único en su género y puede —casi diría que debe— ser leído sin referencia a ningún libro precedente ni posterior; es un universo en sí en el que es posible viajar a lo largo y a lo ancho, entrar, salir, extraviarse.

Que el autor haga pasar la construcción de este universo como continuación, apéndice, agregado de la obra de otro, es señal de la extraordinaria discreción de Ariosto, un ejemplo de lo que los ingleses llaman understatement, o sea el particular espíritu de autoironía que lleva a minimizar las cosas grandes e importantes.

De esto, lectores y autor pueden enterarse rápidamente en pocas estrofas (5-7);

Orlando que, harto tiempo enamorado
De Angélica, corrió tierra tan varia,
Y tan grandes trofeos ha dejado
En Media, y en la India, y en Tartaria,
A Poniente, con ella, ya ha tornado.
Donde al pie de la mole pirenaria,
Esperando al rey Cario diligente
De Francia y de Alemania está la gente.
De los reyes Marsilio y Agramante
Para abatir la túmica jactancia
De haber uno del África distante
El gran poder juntado y la arrogancia,
Y el otro toda España echar delante,
El bello a destrozar reino de Francia,
A cuyo punto mismo Orlando hallose.
De lo que pronto arrepentido viose.
Pues su dama le fue después quitada
(¡Oh cuánto el juicio humano a veces yerra!),
Y aquella, que del Medo a la apartada
Esperia defendió con tanta guerra,
Ora la pierde sin blandir la espada,

¡Entre tantos amigos y en su tierra!
Que es, sólo por cortar lucha maldita,
El sabio Emperador quien se la quita.

Dicho lo cual, no hay más que seguir a Angélica que huye al galope por el bosque, figurilla de perfil dibujada sobre el fondo perfecto de un tapiz. (13)

Mas ya torciendo el palafrén, la dama
Por el bosque le lanza a toda brida,
Y sin miedo de espesos hoja o rama,
De mejor o peor senda no cuida,
Y pálida, temblando, al cielo clama,
Al capricho del bruto conducida,
Que aquí y allí por la alta selva fiera
Va volando y encuentra una ribera.

A su alrededor giran tres caballeros que se llaman Rinaldo, Ferraú, Sacripante, pero que podrían tener otros nombres, puesto que aquí su función no es sino la de ejecutar piruetas y escaramuzas como en un ballet. Por lo demás, ninguno de los tres caballeros que aparecen en el primer canto tendrá mucho relieve en el resto del poema, ni siquiera Rinaldo, cuyas empresas, cuyo valor darán materia para muchos episodios del Furioso, siempre como figura accesoria. Por encima de todo son personajes del *Orlando enamorado* que, en el umbral del nuevo poema, casi vienen pidiendo permiso para retirarse a segunda fila y dejar paso a una constelación de protagonistas dispuesta en un orden de importancia diferente. (22-23)

¡Oh gran virtud de antiguos caballeros!
Eran de ley diversa, eran rivales;
Por todo el cuerpo, de los golpes fieros
Aún llevan el dolor y las señales,
Y por fragosos bosques y linderos
¡Sin sospechas van juntos y leales!
De cuatro espuelas el corcel herido,
Les conduce a un camino en dos partido.
Y no sabiendo entonces si la una
Vía o la otra sigue la doncella;
Porque se ven sin diferencia alguna
En las dos estampada fresca huella,
Diéronse, al libre azar de la fortuna,
A ésta Rinaldo; el Sarraceno a aquélla.

Del bosque Ferraú, tras huellas ciento,
Al pie se halló de su primero asiento.

Ser «de ley diversa» no indica mucho más, en el *Furioso*, que la diferencia de color de las piezas de un tablero. Los tiempos de las Cruzadas, cuando el ciclo de los Paladines había adquirido un valor simbólico de lucha por la vida y por la muerte entre la Cristiandad y el Islam, están lejanos. En realidad parecería que no se hubiese adelantado en la comprensión de los «otros», los «infieles», los «moros»; se sigue hablando de mahometanos como de «paganos» y adoradores de ídolos, se les atribuye el culto de una estrafalaria trinidad mitológica (Apolo, Macone y Trivigante). Pero se los representa en un plano de igualdad con los cristianos en cuanto a valentía y civilidad; y casi sin la menor caracterización exótica ni referencias a usanzas distintas de las de Occidente. (Apuntes exóticos que sin embargo estaban presentes en Boiardo, quien representaba a los sarracenos recostados «*como mastines —Sobre tapetes, como es su costumbre —Despreciando así la usanza de Francia*»). Son señores feudales exactamente como los caballeros cristianos, y ni siquiera los distingue la diferenciación convencional de uniformes de los ejércitos modernos, puesto que aquí los adversarios se disputan e intercambian siempre las mismas corazas, yelmos, armas, cabalgaduras.

En realidad «los moros» son una entidad fantástica para la que ninguna referencia histórica o geográfica es válida. Pero no una entidad abstracta; al contrario, se diría que en el «campo enemigo» todo fuera más concreto, caracterizado, corpóreo, empezando por el antagonista directo de Orlando; Hodomonte.

Los historiadores de la literatura han discutido mucho «cerca de la actitud de Ariosto ante el pasado medieval que constituye la materia de su poema, y en particular ante la caballería. Pese a que ve la gesta de sus héroes a través de la Ironía y la transfiguración fabulosa, Ariosto nunca tiende a disminuir las virtudes caballerescas, nunca rebaja la estatura humana que presuponen aquellos ideales, aunque le parezca que no sirven sino de pretexto para un juego grandioso y apasionante.

Ariosto parece un poeta límpido, jovial y sin problemas, y sin embargo sigue siendo misterioso; en la obstinada maestría con que construye octavas y más octavas, se diría sobre todo preocupado por esconderse. Desde luego, lejos está de la trágica profundidad de Cervantes que, un siglo más tarde, en *Don Quijote*, daría el golpe de gracia a la literatura caballeresca. Pero entre los pocos libros que se salvan, cuando el cura y el barbero dan fuego a la biblioteca que había llevado a la locura al hidalgo de la Mancha, figura el *Furioso*…

5. La octava.

Desde un principio Orlando furioso se anuncia como el poema del movimiento o, mejor dicho, anuncia el tipo particular de movimiento que lo recorrerá de arriba abajo, movimiento de líneas quebradas, en zigzag. Podríamos trazar el esquema general del poema siguiendo los cruces y divergencias permanentes de esas líneas sobre un mapa de Europa y de África; pero sería suficiente el primer canto para definirlo, todo hecho de persecuciones, descarríos, encuentros fortuitos, extravíos, cambios de programa.

Este zigzag, trazado por el galope de los caballos y las intermitencias del corazón humano es lo que nos introduce en el espíritu del poema; el placer de la rapidez de la acción se mezcla de inmediato con una sensación de amplitud en cuanto a la disponibilidad del espacio y el tiempo. Proceder distraídamente no es propio sólo de quienes persiguen a Angélica, sino también de Ariosto; se diría que el poeta, al empezar su narración, no conoce aún el plan de la trama que, en lo sucesivo, lo guiará con premeditación puntual; pero sí que tuviera perfectamente clara una cosa; ese ímpetu y a la vez esa holgura en el narrar, es decir eso que podríamos definir —con un término preñado de significación— el movimiento *errante* de la poesía de Ariosto.

Estas características del espacio ariostesco son detectables en la escala de todo el poema o de los cantos individuales, así como en una escala más pequeña, la de la estrofa o del verso. La octava es la medida en que reconocemos mejor lo que Ariosto tiene de inconfundible; en la octava Ariosto se desenvuelve como quiere, se siente de entrecasa, su milagro está hecho sobre todo de soltura.

Sobre todo por dos razones; una, intrínseca de la octava, estrofa que se presta también para largas relaciones y para alternar el tono sublime y lírico con el prosaico y jocoso; y otra, intrínseca del modo de poetizar de Ariosto, que no se atiene a límites de ninguna especie ni se ha fijado, como Dante, reglas de simetría que lo obliguen a un número preestablecido de cantos ni a un número de estrofas por canto (el canto más breve consta de 72 octavas; el más largo, de 199), y que sobre todo no se propuso una repartición rígida del material. El poeta puede proceder con desenfado si quiere, emplear varias estrofas para decir algo que otros dirían en un verso, o bien concentrar en un verso lo que podría dar pie a un largo discurso.

El secreto de la octava ariostesca consiste en seguir el variado ritmo del lenguaje hablado, en la abundancia de los llamados «accesorios no esenciales del lenguaje», como así en la desenvoltura de la salida irónica; pero el registro coloquial no es sino uno de tantos, que van de lo lírico a lo trágico o a lo gnómico y que pueden coexistir en la misma estrofa. Ariosto puede ser de una concisión memorable; muchos versos suyos se han vuelto proverbiales; *¡oh cuánto el juicio humano a veces yerra!*, o bien; *¡oh, gran virtud de antiguo caballero!*, pero no sólo con estos paréntesis opera los

cambios de velocidad. Hay que decir que la estructura misma de la octava está basada en una discontinuidad rítmica, a los seis versos ligados por un par de rimas alternadas, siguen dos versos de rima pareada, con un efecto que hoy definiríamos como de *anticlimax*, de brusca mutación no sólo do ritmo sino de clima psicológico e intelectual, de lo culto a lo popular, de lo evocador a lo cómico.

Naturalmente, Ariosto juega con estos dobleces de la estrofa como sólo él sabe hacerlo, pero el juego podría volverse monótono si no fuera por la agilidad del poeta para infundir movimiento a la octava, introduciendo las pausas, los puntos fijos en diferentes posiciones, adaptando diferentes configuraciones sintácticas al esquema métrico, alternando períodos largos y breves, rompiendo la estrofa y en algunos casos enganchándole otra, cambiando continuamente los tiempos de a narración, saltando del pasado perfecto al imperfecto al presente al futuro, creando, en definitiva, una sucesión de planos, de perspectivas del relato.

La palabra «juego» ha aparecido varias veces en nuestra exposición. Pero no hay que olvidar que los juegos, de los Infantiles a los adultos, siempre tienen una base seria, son sobre todo técnicas de adiestramiento de facultades y actitudes que serán necesarias en la vida. El de Ariosto es un juego de una sociedad que se siente elaboradora y depositaría de una visión del mundo, pero que siente también el vacío que se va abriendo bajo sus pies, entre crujidos de terremoto.

El cuadragésimosexto y último canto se abrirá con la enumeración de una cantidad de personas que es la verdadera dedicatoria del *Furioso* (más que la obligada dedicatoria a Ippolito «generosa hercúlea progenie» que encabeza el primer canto). La nave del poema va llegando a puerto y en el muelle están esperándola, alineados, las damas más bellas y gentiles de las ciudades italianas y los caballeros, los poetas, los doctos. Lo que traza Ariosto es un registro de nombres y de rápidos bocetos de sus contemporáneos y amigos, su público perfecto y al mismo tiempo una imagen de la sociedad ideal. El poema sale de sí mismo, se define a través de sus destinatarios; y a su vez el propio poema sirve como definición o emblema para la sociedad de sus lectores presentes y futuros, para la totalidad de personas que participaron en su luego y que en él se reconocerán.

Italo Calvino

Angélica perseguida

Al principio, hay sólo una muchacha que huye por un bosque montada en su palafrén. Saber quién es importa hasta cierto punto; protagonista de un poema que ha quedado inconcluso, corre para entrar en un poema que acaba de empezar. Los más enterados de nosotros pueden explicar que se trata de Angélica, princesa del Catay, que llega con todos sus hechizos para enamorar a los paladines de Carlomagno, rey de Francia, y darles celos y distraerlos así de la guerra contra los moros de África y España. Pero en lugar de recordar todos estos antecedentes, conviene internarse en ese bosque donde la guerra que arrecia por tierras de Francia sólo deja oír esporádicos ruidos de cascos o de armas de caballeros aislados que aparecen o desaparecen.

Alrededor de Angélica fugitiva, un torbellino de guerreros que, cegados por el deseo, olvidan los sacrosantos deberes de la caballería y por exceso de precipitación, giran en el vacío. La primera impresión que dan estos caballeros es que no saben qué quieren; por momentos se persiguen, por momentos se trenzan en duelo, por momentos retroceden, y están siempre cambiando de idea.

Tomemos a Ferraú; lo encontramos mientras trata de pescar el yelmo que se le ha caído en un río, de pronto pasa por allí Angélica, de quien está enamorado, seguida por Rinaldo; Ferraú interrumpe su búsqueda y se bate con Rinaldo, en pleno duelo, Rinaldo propone al adversario aplazar la disputa y perseguir juntos a la fugitiva; Ferraú, reconciliado y de acuerdo con su rival, deja de combatir y se lanza en pos de Angélica; perdido en el bosque, vuelve a encontrarse a orillas del río donde se le había caído el yelmo; interrumpe la búsqueda de Angélica y vuelve a buscar el yelmo; del río sale el fantasma de un guerrero por él muerto que reivindica el yelmo como suyo y exhorta a Ferraú a que, si de veras quiere lucirse con una cimera excelsa, conquiste en batalla el yelmo de Orlando; con lo que Ferraú abandona río, yelmo, fantasma y fugitiva y se lanza en busca de Orlando.

¿Y Angélica? Galopa todo un día, una noche y una mañana, Llega a un sotillo entre dos arroyos. Desmonta, busca el lecho vegetal más blando para acostarse. (15-37)

Esa luz y esa noche, y medio día
Del que sigue, sin norte anduvo errante,
Hasta que hallóse, en fin, en una umbría
Que el aura refrescaba susurrante;
De un río brazos, que en redor tenía,
Mantienen hierba allí tierna y pujante,
Dando a la vez encantos al oído

De su curso, entre guijas, el sonido.
Y creyéndose entonces no seguida.
Mas de Rinaldo a leguas mil segura.
Allí resuelve reposar, vencida
Ya del calor y de la marcha dura.
Se apea entre las flores, y sin brida
Suelta su palafrén a la pastura;
El cual va errando por la verde orilla,
Que le ofrece su fresca hierbecilla.
Ella lindo boscaje ve no lejos
De alto jazmín y de encendida rosa;
Que, de la linfa pura en los espejos,
Mirando están su lozanía hermosa.
Allí, libre del sol y sus reflejos,
En la quietud de calma silenciosa.
Guarida tal se labra de hoja y rama.
Que al sosiego dulcísimo reclama.

Escondida en una mata de rosas, duerme, y suspira. Es decir, sueña que suspira, y al suspirar, se despierta. Es decir, oye, ya despierta, un suspiro que no es el suyo. Es decir que, mientras dormía, alguien suspiraba, allí cerca.

Angélica escudriña entre los arbustos y ve a un guerrero enorme, de largos bigotes caídos, perfectamente armado, que yace tendido como ella del otro lado de la mata y que, con la mejilla apoyada en una mano, se lamenta y murmura frases sin sentido; la virgencita… la rosa… De rosas habla, este pedazo de soldado; huele una rosa que acaba de abrirse, y dice que sería una lástima cogerla, que una vez separada del tallo pierde todo valor; desdichado de él, es lo que siempre le pasa; las rosas las cortan siempre los demás; pero ¿será de veras cierto que la rosa cogida pierde su valor? ¿Por qué él entonces no logra olvidarla? (42-44)

»La virgencilla es símil de la rosa
Que, en el jardín, so la nativa espina.
Mientras aislada y cándida reposa.
Rebaño ni pastor se le avecina.
Húmeda aurora, y aura deliciosa,
La tierra, el cielo todo a ella se inclina;
Y el pecho ansían adornar con ella
El mancebo gentil, la dama bella.
»Mas no tan pronto del materno suelo
Es arrancado y roto el tallo leve,
Cuando todo favor de tierra y cielo

Pierde, y su aroma y su belleza en breve.
La virgen que la flor que, con más celo
Que a su hermosura y vida, guardar debe
A otro deja coger, de cien amantes
Pierde el amor que le rendían antes.
»De otros sea en desprecio; mas amada
De quien le dio de afectos larga copia.
¡Oh fortuna cruel, fortuna airada.
Ellos vencen, y yo muero en la inopia!
Mas ¿podrá de mi alma ser lanzada?
¿Podré yo echar de mí mi vida propia?
¡Sea, pues, ésta ya mi hora postrera;
Si no lo debo amar, mil veces muera…!»

En ese momento Angélica lo reconoce; es otro de sus galanes, Sacripante, rey de Circasia, y toda esta historia de rosas se refiere a ella. Sacripante sigue enamorado de la bella Angélica, pero está convencido de que mientras él cumplía una misión militar en oriente, Orlando la hacía suya.

Angélica considera la situación; sola en medio de insidias de todo tipo, necesita de alguien que la acompañe y la proteja; cuando su escudo era la adamantina virtud de Orlando había conseguido que éste no la rozara ni con un dedo; ahora propondrá a Sacripante que la sirva como paladín igualmente casto. (56)

Y acaso era verdad; mas no creíble
A quien de sus sentidos dueño fuere;
Mas parecióle a él cosa posible,
Que entre errores más graves vive y muere.
Lo que ve el hombre, amor le hace invisible,
Y lo invisible ve, si amor lo quiere.
Esto en fin fue creído, que nos place
Crédito dar a lo que bien nos hace.

Este asunto de la castidad de Angélica quizás fuera cierto; jara quien no estuviese perdidamente enamorado, era desde luego poco creíble. De todos modos no es éste el nudo de la cuestión; rosas o no rosas, el encuentro de Angélica y Sacripante es el de dos personas que calculan fríamente sus propias jugadas; ella quiere servirse de él y por eso lo embauca; él quiere aprovechar de inmediato su situación ventajosa. En realidad Sacripante no tiene ninguna intención de seguir el ejemplo de Orlando y dejar escapar la ocasión. —Coger sabré la matutina rosa… —y vuelve el soldadón a delirar sobre las rosas, que es lo que hace cada vez que lo arrebatan pensamientos

totalmente distintos. (58)

»Coger sabré la matutina rosa,
Que, con tardar, perder sazón podría
Sé que a dama no puede hacerse cosa
Más dulce y suave, y de mayor valía.
Aunque esquiva se muestre y desdeñosa,
Y aparente que llora y se desvía,
No por repulsa ni desdén mostrado,
Mi anhelo dejaré de ver colmado».

Pero en el momento álgido, cuando ya cree que tiene a Angélica en sus manos, lo interrumpe la aparición de un caballero vestido de blanco. Combaten; el caballo de Sacripante cae muerto; el adversario desconocido, satisfecho con esa victoria, huye al galope.

Sacripante se enterará, con gran vergüenza, que ha sido desarzonado no por un guerrero sino por una guerrera. La amazona del blanco penacho no era otra que la invencible Bradamante.

La salvación de Angélica depende realmente de intervenciones imprevistas; con tantos paladines que pretenden protegerla, ¿quién aparece para librarla de insidias? Otra mujer Y en medio de este alocado carrusel, ¿quién es el único que actúa sensatamente, con un plan meditado? Un caballo.

Un súbito fragor recorre el bosque; hace su entrada un personaje engalanado con suntuosos ornamentos; tal es el ímpetu de su carrera que a su paso se desploman árboles y piedras. Angélica siente un alivio inmediato; ¡por fin una figura familiar y amiga!

—¡Lo conozco! —exclama—, ¡es Baiardo!.

Efectivamente, era el fortísimo caballo de Rinaldo que, escapado de manos de su dueño, galopaba a rienda suelta por el bosque. Sacripante trata de atraparlo por el freno, pero Baiardo empieza a disparar coces que harían añicos un monte de metal. (72-74)

No dos millas corrieran de esa suerte.
Cuando la selva, que los ciñe en torno.
Suena y anuncia con tronido fuerte
De las ramas y troncos el trastorno;
Y un gran corcel después venir se advierte,
Con áureo paramento y rico adorno,
Que arroyos, matas y árboles saltando,
Lo que no rompe y troncha va arrastrando.

«Si el ramaje intrincado y la neblina
(Dijo la dama) verlo no me impide,
Baiardo es el corcel que se avecina
Y con tanto fragor la selva mide.
Lo conozco; es Baiardo; y pues domina
La actual necesidad que así lo pide,
Que un caballo a los dos mal nos conviene,
En soberbia ocasión éste nos viene».
Se apea Sacripante, y ya se apresta
A tomar del corcel seguro el freno,
Cuando aquél con la grupa le contesta,
Veloz girando en el menor terreno.
Mas no alcanza do el callo el golpe asesta;
¡Infeliz si le diera en él de lleno!
Que su callo firmeza tal tenía,
Que un monte de metal rompido habría.

Angélica se le acerca y el corcel se pone a festejarla como un perrito. Vieja historia, la de la familiaridad de Angélica con el caballo de Rinaldo. Se remonta a los tiempos en que Angélica estaba enamorada de Rinaldo y Rinaldo le huía. Ahora él la ama y ella le huye; cambios que suceden a quienes beben de cierta fuente encantada. En cambio las relaciones entre Angélica y el caballo no se han modificado; tanto es así que Baiardo, amansado por su caricia, se deja montar por Sacripante. (75-76)

Luego se va mansito a la doncella,
En acto humilde y gesto casi humano,
Corno perro que al dueño lame y huella,
Que dos días o tres pasó lejano;
Porque Baiardo bien conoce a aquella.
Pues comía en Albranca de su mano,
Cuando al Rinaldo, que hoy detesta, amaba,
Y él, hoy amante, atroz la desdeñaba.
Ella con la siniestra el freno pilla,
Con la diestra le palpa el cuello y pecho,
Y el corcel, que es de instinto maravilla,
Cordero manso y dócil se le ha hecho.
Atento a la ocasión, salta a la silla
El Circaso, y le oprime y tiene estrecho.
De la grupa es la alfana ya aliviada,
Porque al arzón la dama se traslada.

Pero persiguiendo a Baiardo aparece Rinaldo, a pie, quien conmina a Sacripante a que se apee de ese caballo que no es suyo. Esto, para usar términos educados; en realidad el señor de Montalbano y el rey de Circasia se tratan recíprocamente de ladrones, como en una riña de taberna. (II, 3-5)

Con orgullo, Rinaldo al rey impío
Gritó; «Ladrón, de mi corcel te apea;
Que ceder no acostumbro lo que es mío,
Y le sé caro hacer al que lo idea.
A esa hermosa, además, cogerte ansio,
Que sería el dejártela acción fea;
Y que quite a un ladrón es justa cosa
Corcel tan noble, dama tan hermosa».
«En llamarme ladrón tu lengua miente
(Aún más soberbio, el Circasiano brama);
A ti con más verdad, fuera corriente
Llamarte, cual anuncia ya tu fama;
Y ora va a hacerse entre los dos patente
Quién merezca mejor corcel y dama;
Aunque, contigo estoy, respecto de ella;
Que no hay mujer más pura ni más bella».
Como sueles dos canes ver potentes,
De envidia, o celos, o rencor llevados,
Irse acercando, al rechinar de dientes,
Ronco el gruñir, los pelos erizados,
Y chispas por la vista echando ardientes
Arrojarse a morderse disparados;
Así al gesto, y al grito y los baldones,
A las espadas van los dos campeones.

El duelo sería impar, pero Baiardo se niega a combatir contra su dueño, y dando botes obliga a Sacripante a desmontar y a enfrentarse con Rinaldo cuerpo a cuerpo.

¿Cómo es que Baiardo, tan fiel a Rinaldo, se le había escapado? No tardaremos en comprender que esta fuga (que, bien mirado, desencadena todas las vicisitudes del *Orlando furioso*) era una extraordinaria prueba de fidelidad e inteligencia. Para servir a su dueño, enamorado, Baiardo había tomado la iniciativa de seguir las huellas de Angélica, de manera que Rinaldo, corriendo tras el corcel, encontrara a su bienamada. Si se hubiera dejado montar por su dueño, quien lo hubiera dirigido habría sido éste, como sucede siempre con los caballos; huyendo, es Baiardo quien dirige a Rinaldo. Este Baiardo, tan corpóreamente caballo, tiende a rebasar su naturaleza equina precisamente por querer ser un caballo ideal. Proceso inverso del

que veremos cumplir a otro ilustre animal del poema, el Hipogrifo, cuyas características equinas son pocas pero que llegará a servir dócilmente de caballo, si bien volador.

Bradamante y el Hipogrifo

En un hostal cerca de los Pirineos estaban sirviendo la cena. De pronto, un gran ruido; el hostelero y sus dependientes corren, unos a las ventanas, otros a la calle, y miran ni cielo boquiabiertos. Las mujeres en cambio dejan sus hornallas y se esconden en el sótano.

—¿Qué diablos sucede? ¿Un eclipse? ¿Un cometa? —Los dos parroquianos no parecen ser tipos que pierdan la calma; uno es un caballero de espléndida armadura, rostro radiante y largas guedejas de oro; el otro, de mala catadura, lleva calzas y es bajito bajito, negro negro.

El hostelero se apresura a disculparse.

—Nada, nada, ya pasó. Pasa volando todas las noches, no hay que hacerle caso. Es un caballo, un caballo con alas montado por un mago. Si ve a una mujer hermosa, baja y la rapta. Por eso huyen las mujeres; las bellas y las que creen serlo, es decir todas. Las lleva a un castillo encantado, en lo alto de los Pirineos, y allí las tiene. También a los caballeros los encierra, los que vence en duelo, porque hasta ahora quienquiera que se haya atrevido a desafiarlo terminó en sus manos. (IV, 4-7)

Y al hostelero y la familia entera
Los ve, quién al balcón, quién en la vía,
Puesta en alto la vista, a la manera
Que en eclipse o cometa se pondría.
Asombrada también, ve la guerrera
Cosa que, lejos, nadie la creería;
Ve por el aire un gran caballo alado,
Que lleva encima un caballero armado.
Tiene anchas alas de color diverso,
Y en medio va su conductor potente,
De acero armado, luminoso y terso,
Que llevando su curso hacia el Poniente,
Allá entre las montañas queda inmerso;
Era, según el huésped, y no miente,
Un nigromante que hace ese camino
Muchas veces, ya lejos, ya vecino.
Ora sube volando a las estrellas,
Ora rozando va la tierra dura,
Y se lleva consigo a cuantas bellas
En los campos encuentra, o la espesura;

De modo que las míseras doncellas,
Que son, o que se juzgan de hermosura,
Como saben que al punto las cautivan,
Por ocultarse, hasta del sol se privan.
«Un castillo de acero ha construido
(Decía el huésped) que alto resplandece
Sobre el Pirene monte, y tan lucido.
Que a todos cuantos hay los oscurece.
Caballeros a él muchos han ido;
Mas de volver ninguno se envanece;
Así que creo, de su ley ingrata,
Que en cadenas los tiene, o que los mata».

Los dos parroquianos ni siquiera parpadean. Tanto uno como otro estaban allí precisamente para eso.

—Bien —dice el caballero de largos cabellos—, si me encuentras un guía me gustaría desafiar a ese mago.

—El camino puedo enseñártelo yo —dice el hombrecillo negro—, de mí te puedes fiar.

Era exactamente lo que Bradamante esperaba. Porque aquel caballero no era otro que la guerrera más valiente del campo de Carlomagno, Bradamante, hermana de Rinaldo de Montalbano, y el hombrecillo negro era Brunello, un ladrón al servicio del ejército sarraceno, famoso entre otras cosas por haberle robado a Angélica un anillo mágico originario del Catay. Tanto Bradamante como Brunello estaban allí para tratar de liberar a uno de los caballeros encarcelados en el castillo del mago Atlante, es decir a Ruggiero. Bradamante sabía quién era Brunello. Es más; se había hospedado en el hostal justamente para tratar de quitarle al ladrón el anillo robado, único medio para resistir a los encantamientos del mago. En cambio Brunello no la había reconocido, y ella se había cuidado mucho de decirle quién era.

¿Es lícito robar a un ladrón? ¿Es lícito simular con los simuladores? Precisamente éste era el problema de conciencia que Bradamante estaba por resolver afirmativamente cuando hizo su aparición el Hipogrifo.

El fin que impulsaba a Brunello tras las huellas de Ruggiero era importante; debía conducirlo ante el rey Agramante y restituirlo a su puesto de combate en las filas sarracenas. El fin que movía a Bradamante era más importante aún; la amazona estaba enamorada de Ruggiero.

Guerreros de ejércitos enemigos, se habían encontrado en la batalla, se habían enamorado el uno de la otra a primera vista e inmediatamente desbandado. Había de por medio todo un asunto de profecías; cada paso de Ruggiero, hombre predestinado, estaba dictado por los astros. Las estrellas habían decidido que Ruggiero debía convertirse al cristianismo y casarse con Bradamante, pero también habían decretado

las estrellas que después de este matrimonio Ruggiero moriría traicionado por la casa de Maganza.

Bien conocía estas cosas el mago Atlante, que había criado a Ruggiero y profesaba por el caballero un afecto más solícito que el de una mamá. Tan así es que, para impedir que corriese detrás de Bradamante al encuentro de su destino, lo había encerrado en ese castillo encantado donde lo tenía rodeado de hermosas mujeres y valientes caballeros para que estuviera en buena compañía.

Al alba del día siguiente Bradamante y Brunello partieron «caballo por las gargantas pirenaicas. Allí está el castillo, lodo de acero; Bradamante posa una de sus manos de hierro en el cuello de su guía. Brunello termina amarrado al tronco de un abeto. El anillo mágico pasa al dedo de la guerrera que sopla el cuerno.

Es una señal de desafío; Atlante sale a caballo del Hipogrifo. Con la siniestra sostiene un escudo velado que no bien se descubre encandila al adversario; en la diestra tiene un libro. Le bastaba leer las fórmulas mágicas de ese libro, para que quien combatiera con él sintiese que le llovían lanzazos, estocadas y mazazos sin que Atlante hubiera movido un dedo. (16-18)

Al toque y a la voz, por la abertura
Del portillo, el azor pronto aparece,
Y del Mago en el aire la figura.
Contra el que noble paladín parece.
Ella desde el principio se asegura
De que no cosa el lidiador la empece;
Pues no lleva lanzón, espada o maza.
Que lo pueda romper yelmo o coraza.
Sólo en la izquierda mano aquél tenía
Escudo que cubrió seda bermeja,
Y en la derecha un libro en que leía
Lo que vivas ficciones apareja.
Y que él corre una lanza ora fingía,
Que a más de un bravo por los suelos deja;
Ora que da con maza o con estoque,
Y huye sin que el contrario ni aun le toque.
Mas que es aire el corcel nadie presuma,
Pues una yegua le engendró de un grifo.
Tiene como su padre alas y pluma,
Y en pico la cabeza, y el pie trifo;
Y en todos los demás miembros, en suma,
Es cual la madre, y llamase Hipogrifo.
Éstos al Rif, en casos singulares.
Suelen venir de los helados mares.

Pero para Bradamante, con el anillo que lleva en el dedo, no hay magia que valga. Atlante revolotea en el Hipogrifo y lee sus fórmulas mientras ella finge a duras penas defenderse de una granizada de golpes imaginarios. Al mago le gustaba jugar como juega el gato con el ratón, y luego descubrir el escudo y fulminar al adversario. Así lo hizo; Bradamante cierra los ojos y finge desmayarse. Atlante planea, desmonta, se acerca con una cadena en la mano. Un momento después la prensa de los brazos de la fortísima guerrera atenaza al mago que, visto de cerca, demuestra ser un pobre viejo inerme y desesperado. (27-29)

Para segarle el cuello aquí tuviste
¡Oh Bradamante! el brazo suspendido;
Mas, en el aire ya, le detuviste,
Al descubrir el rostro del vencido.
Un venerable anciano, de faz triste,
Es el que ve a sus pies ora tendido;
Cuyo rostro arrugado y blanca testa.
Setenta años lo menos manifiesta.
¡Corta (decía el viejo), corta ahora
¡Oh joven! ¡esta vida que abomino!
Mas ella ve que su valor desdora
Lo que ya en su aflicción pide el mezquino;
Y aquí el deseo de saber la azora,
Quién sea el mago aquel, y a cuál destino
Construyó, en un lugar así salvaje,
Aquel castillo, del valor ultraje.
«No por maldad, ni por dureza ¡ay laso!
(Dijo el anciano) levanté altanero
Ese castillo en el peñasco raso;
Ni por ansia de robo traicionero;
Mas por sacarle el terrible paso,
Me movió sumo afecto a un caballero,
Que, cual me dijo el cielo, en tiempo breve,
Cristiano y a traición perecer debe.

Bradamante no era mujer de dejarse apiadar; lo primero que hace es obligarlo a romper ciertas marmitas humeantes, con lo que se desvanece el castillo en la nada. (38-40)

Un mármol del umbral separa Atlante.
De extraños jeroglíficos es culto,

Y unas ollas, echando humo fragante.
Aparecen, que encierran fuego oculto;
Él las hace pedazos, y, al instante.
Queda el monte, la cima, todo inculto,
Y de ruina y escombros tan barrido,
Como si tal castel no hubiera habido.
Cual tordo que la red rompe traidora,
Aquí el mago se suelta, que igualmente
Que las torres y muros se evapora,
Quedando en libertad la noble gente.
Damas y caballeros vense ahora
De la cima en la sábana eminente;
Y de ellos hay a quien amor le grita,
Que un gran placer la libertad le quita.
Hállanse allí Gradasso y Sacripante;
Allí Prasildo, insigne caballero,
Que vino con Rinaldo de Levante;
Y está Iroldo, su amigo verdadero;
Y allí, en fin, la gallarda Bradamante
Encuentra a su carísimo Ruggiero;
Que así que ve su plácida llegada,
La recibe, cual dicha inesperada.

Ruggiero y sus compañeros de prisión quedan libres, a cielo abierto. Y ya se dispersan por el valle tratando de capturar el caballo alado. El Hipogrifo abre las alas, revolotea, se posa aquí, allá, más lejos, ora sobre una roca, ora en una hondonada, ora sobre un prado. (43-44)

Va a cogerle la dama por el freno,
Y él la aguarda, y no bien cerca la siente,
Cuando las alas tiende al aire ameno,
Y no lejos se para en la pendiente;
Ella otra vez le sigue, y él sereno
Otra vez a volar se echa igualmente;
Así en la seca arena la corneja,
Al can, aquí y allí llevando, aleja.
Pronto Ruggier, Gradasso, Sacripante,
Y los demás que juntos descendieron,
Un pos corriendo del corcel volante,
Ansiosos de cogerle, le siguieron.
Mas el Grifo, que a vuelos va delante,

Burlando a todos, que girar le vieron
Por alta cima, o por palustre fosa,
Junto a Ruggiero al fin quieto se posa.

Y entonces interviene otra estratagema del viejo Atlante; el Hipogrifo sólo se deja cabalgar por Ruggiero; Ruggiero monta en la silla; el Hipogrifo remonta vuelo. Apenas liberado, el caballero es raptado de nuevo. (45-47)

Obra del viejo encantador ha sido.
En quien piadoso anhelo no se apaga
De salvar al discípulo querido,
Único asunto que a su pecho halaga;
Por eso al Hipogrifo ha dirigido,
Porque de esta región le saque aciaga.
Ruggiero le coge y de llevarle trata
Del freno, y él resiste la reata.
El bravo joven de Frontín desmonta
(Llámase así el caballo de Ruggiero),
Y en el que vuela por los aires monta,
Y le aguija atrevido el caballero.
Un poco echa a correr; mas luego apronta
Las alas, y a volar se echa ligero,
Como azor a quien quita el que le guarda
El capillo, y le enseña la avutarda.
La dama al ver por las etéreas sedes
Subir, con tanto riesgo, al bien querido.
Queda ¡infeliz! como pensarlo puedes,
Largo espacio turbada, sin sentido;
La historia un tiempo oyó de Ganimedes,
Llevado al cielo desde el patrio nido,
Y teme que a Ruggier le pase aquello;
Que no es menos gentil, ni menos bello.

Rinaldo y Ginebra

Mientras Francia es el campo de batalla de los ejércitos regulares franco y sarraceno, Inglaterra sigue siendo el teatro de las aventuras solitarias de los caballeros andantes, como en los tiempos del rey Arturo. Entre los bosques de Caledonia basta atisbar entre tronco y tronco para descubrir a un caballero que combate con un dragón, o a una doncella que pide auxilio perseguida por un gigante. Rinaldo ha sido enviado por Carlomagno a Inglaterra con una misión militar bien precisa; pedir refuerzos para París asediada; pero durante el viaje bien se puede permitir la distracción de una noble empresa individual, enderezar entuertos, salvar a víctimas inocentes o defender el honor de una dama. (IV, 51-52)

Surca Rinaldo el golfo largamente,
Y parece que el barco se deshace,
Ora contra las Osas, o a Poniente,
O adonde al huracán llevarle place.
Sobre la Escocia vino finalmente,
Do la gran selva Caledonia yace;
Do por sus viejos y sombríos cerros
Retumba el son de belicosos fierros.
Por allí los guerreros van errantes.
Los que en armas la prez son de Bretaña,
Y de cercanos reinos o distantes,
De Francia, y de Noruega, y de Alemania.
Si bríos no le ayudan muy pujantes,
Quien allí busca honor, muerte se apaña.
Allí Arturo y Tristán, en más de un paso,
Con Lancelot brillaron y Galaso.

Hay una abadía a la que suelen recurrir tanto las personas amenazadas de peligro, como los valientes en busca de aventuras. Rinaldo pregunta allí si saben de alguna causa generosa a cuyo servicio pueda poner su espada. (IV, 55)

Los monjes y el Abad, muy lisonjero,
Honran al paladín, que, las dulzuras
De la mesa probadas ya primero,
Les demanda las vías más seguras
Por do mejor encuentre un caballero,

Entre aquellos boscajes aventuras,
En que por algún hecho pruebe un hombre
Si es digno de censura o de renombre.

Ginebra, la hija del rey de Escocia —es la noticia que le dan—, ha sido acusada de haber dejado entrar, a medianoche, por su balcón, a un amante desconocido. La dura ley de Escocia prevé la muerte para este tipo de cargo. La princesa morirá, a menos de presentarse un caballero que desmienta, armas en mano, al acusador, el barón Lurcanio.

Óptima ocasión, para Rinaldo, de acumular méritos; el rumor público sostiene que Ginebra es tan virtuosa como bella y que la acusación de Lurcanio encubre sabe Dios qué intriga. De inmediato Rinaldo se toma la empresa a pecho. Pero no porque excluya que la princesa estuviera a medianoche en el balcón o donde quiera que fuese; lo que hiciese la princesa era cosa de ella. Si Ginebra estaba realmente enamorada, si había encontrado su felicidad en un amor apasionado, tanto más cruel la ley que la castiga. Rinaldo se batirá a duelo contra la injusta crueldad de la ley de Escocia en defensa, no sólo de Ginebra, sino de todos los enamorados. (IV, 63-65)

Pensó un poco Rinaldo, y dijo luego;
«¿Conque morir una doncella debe
Porque en sus brazos, al que la ama ciego,
De inmenso amor el pago le da breve?
¡Maldita sea la ley, y al diablo entrego
Al que la dio, y al vil que la conlleve;
Muera mujer que mata fementida;
No la que a su amador le da la vida!
»Sea verdad o no que haya Ginebra
Deudas pagado, no reparo en esto;
Y aplaudo si lo hizo, que no quiebra
Su virtud el hacerlo manifiesto.
La empresa, pues, mi corazón celebra;
Un guía dadme que me lleve presto
Do está el acusador, que a la doliente
Espero en Dios salvarla prontamente.
»Como afirmar no sé lo que no toco,
No diré si lo hizo o no; mas digo
Que por el acto aquel mucho ni poco
Debe sufrir de oprobio ni castigo;
Y diré que fue injusto, y que fue un loco
Quien primero la ley dio que maldigo;
Y que debe por impía revocarse,

Y con mejor sentido otra formarse».

Rinaldo se presenta a la corte de St. Andrews para desafiar a Lurcanio, pero se da cuenta de que lo han precedido. Un caballero desconocido, que no quiere descubrirse la cara, ha llegado a la ciudad antes que él y se ha declarado dispuesto a defender en duelo el honor de Ginebra. A Rinaldo le duele no poder sostener con las armas una causa cortés, pero aún más le duele no ver claro en lo que está sucediendo. En la historia de Ginebra hay demasiadas cosas que no pegan; Rinaldo trata de juntar todos los elementos; no queda excluido que se pueda salvar a Ginebra sin blandir siquiera la lanza.

Por empezar, antes del hecho que se le imputaba, Ginebra había sido asiduamente cortejada por Polinesso, duque de Albany, a quien había rechazado, aceptando en cambio la corte de un joven caballero italiano, Ariodante, de quien —según todos decían— estaba locamente enamorada. Y hete aquí que Ariodante, junto con su hermano Lurcanio, descubre que Ginebra era en realidad amante de otro. Desesperado, se marcha de la corte de Escocia; poco tiempo después llegaba la noticia de que se había suicidado precipitándose desde un peñasco. Para vengar la muerte de su hermano, Lurcanio había denunciado a la princesa, revelando la escena del balcón que juraba haber visto con sus propios ojos, mientras estaba acompañado de su hermano. Ignoraba quién era el amante; tal vez Ariodante, conocedor del nombre, se había llevado el secreto a la tumba.

La madeja estaba enredada; por si fuera poco, la noticia de la muerte de Ariodante había desesperado a Ginebra más aún que su propia condena a muerte. Quiere decir que la princesa lo amaba todavía; pero si lo amaba, ¿cómo explicar la escena del balcón? Dalinda, la doncella de Ginebra, debía saber más que nadie. Rinaldo busca a Dalinda para interrogarla y descubre que ha desaparecido misteriosamente. ¿Qué clase de mujer es la tal Dalinda? Corren rumores de que en otros tiempos tuvo algo que ver con Polinesso, duque de Albany, el pretendiente rechazado por Ginebra.

Rinaldo sigue la pista; se interna en un bosque, se topa con dos esbirros que están a punto de matar a una muchacha, los ahuyenta. La joven es Dalinda, a quien los hombres del duque de Albany iban a asesinar. Nos hallamos en una tierra cruel donde la violencia se encarniza contra las mujeres indefensas, piensa el generoso Rinaldo, pero está lejos de imaginar la malvada maquinación que Dalinda empieza a confiar a su salvador.

Dalinda había sido la fiel doncella de la hija del rey de Escocia hasta el día en que apareció en la corte un siniestro seductor, el duque de Albany. La servidora, seducida, lo introduce en las estancias más secretas de los apartamentos de la real patrona para sus reuniones clandestinas. La pasión de Dalinda por su amante no tardó en someterla totalmente a su voluntad, aun después de haberse quitado éste la máscara y revelársele como un calculador inescrupuloso. Al enamorar a la joven servidora, el duque Polinesso sólo quería contar con una aliada, una cómplice, para su plan de

conquista mucho más ambicioso; su objetivo es el ama, la princesa Ginebra.

Pero Ginebra estaba enamorada de Ariodante, el caballero italiano, y la boda no era vista con malos ojos por el Rey, su padre. El pretendiente rechazado no perdona la ofensa y urge un pérfido plan de venganza.

—Si me amas —dice a Dalinda—, dame el consuelo de la ilusión; ven a medianoche al balcón vestida con las ropas de tu ama y arroja la escala de cuerda. Al besarte disfrazada de Ginebra, tal vez aplacaré el deseo que ella me inspira y volveré a amarte sólo a ti.

La desventurada Dalinda promete obedecerle. Era una trampa para el rival. Polinesso fue en seguida a jactarse con Ariodante de gozar por la noche de los favores de la princesa y de estar dispuesto a probárselo. ¡Así se explicaba la escena del balcón! (V, 51)

»Al primero abordar los brazos le echo,
Sin ni soñar que nadie a verlo acuda;
Beso su boca, apriétole a mi pecho,
Y mi afán cariñoso no se muda,
Mientras él, como nunca en lazo estrecho.
Con mil caricias a su fraude ayuda.
Aquél, llevado allí de tan vil modo,
¡Mísero! desde lejos lo ve todo».

La confesión de Dalinda saca a Rinaldo de dudas. Ahora tiene que apresurarse a proclamar la verdad frente al rey y a la corte. Rinaldo galopa a la ciudad; las calles están desiertas, todo el pueblo ha acudido al torneo entre el acusador Lurcanio y el desconocido defensor de Ginebra. Irrumpe Rinaldo, se presenta delante de la tribuna real, pide que se suspenda el torneo; está en condiciones de demostrar la inocencia de la princesa. Terminado su relato, se declara dispuesto a sostener con las armas, contra Polinesso, la verdad de todo lo que ha dicho. En el primer encuentro el duque de Albany es traspasado por la lanza de Rinaldo y confiesa moribundo su mentira.

¿Y el caballero desconocido? Se quita el yelmo; es Ariodante que se había salvado por milagro de la caída en el abismo. El pueblo celebra el acontecimiento y el viejo soberano y padre se alegra de tener que acompañar a su hija, no al patíbulo, sino a sus bodas. Dalinda, absuelta de sus culpas por intercesión de Rinaldo, entrará en un convento de Dinamarca. Rinaldo se despide y continúa su viaje.

La Isla de Alcina

Duro destino el de tener un destino. El hombre predestinado avanza y sus pasos no pueden sino llevarlo allí, al punto de llegada que las estrellas le fijaron, o a los sucesivos puntos de llegada, faustos e infaustos, si los astros le han decretado, como a Ruggiero, un matrimonio de amor, una descendencia gloriosa y también, ay de mí, un fin prematuro. Pero entre el punto en que se halla ahora y el cumplimiento del destino pueden ocurrir muchísimas aventuras, interponerse muchos obstáculos, intervenir muchas voluntades que contradigan la voluntad de los astros; el camino que debe recorrer el predestinado puede no ser una línea recta sino un interminable laberinto. Bien sabemos que todos los obstáculos serán vanos, que todas las voluntades ajenos serán derrotadas; nos queda la duda de si lo que verdaderamente cuenta es el lejano punto de llegada, la meta final fijada por las estrellas, o bien el laberinto interminable, los obstáculos, los errores, las peripecias que dan forma a la existencia.

Tal es el caso de Ruggiero; las profecías del mago Merlino no dejan lugar a dudas; se casará con Bradamante para que de sus nupcias pueda arrancar la dinastía de los estenses, duques de Ferrara. Y para que, consecuencia más importante aún, un oscuro funcionario de la casa de Este, Ludovico Ariosto, pueda —para gloria de sus señores y placer suyo personal— escribir el *Orlando furioso*. Este porvenir es seguro, incontrovertible, evidente; cualquiera que sea la decisión que tome o deje de tomar, cualquiera el hecho imprevisto que lo retenga o lo azuce, Ruggiero terminará por abjurar de la fe mahometana, recibirá el bautismo y fondeará en los brazos amorosos y firmes de la guerrera Bradamante.

Ruggiero encarna un destino perentorio e inflexible; pero parece no tener prisa. Dos fuerzas, o dos concentraciones de fuerzas, se lo disputan; por una parte la enamorada Bradamante, obstinada e incansable, con ayuda de la maga Melissa, profetisa de las futuras glorias de Ferrara; por la otra, su rey Agramante, que no quiere perder a uno de los campeones más gallardos del ejército sarraceno, y su tutor Atlante, el mago que en su intento de desmentir el horóscopo astral, había educado en vano a su pupilo lejos de las armas, escondiéndolo de niño en los montes de Mauritania. Triunfará Bradamante; pero de momento la disciplina militar sarracena y el afecto protector de Atlante tienen sobre Ruggiero por lo menos tanto ascendiente como la llamada del amor por la bella enemiga.

Bradamante acaba apenas de liberar a su amado del castillo de Atlante; Ruggiero monta en el Hipogrifo y el Hipogrifo se lo lleva volando. ¿Es su destino que siempre lo liberen o que siempre lo rapten? Ruggiero no está en la situación ideal para plantearse el problema; ya vuela sobre el Océano dejando atrás las columnas de Hércules. La isla en donde aterriza el Hipogrifo está ciertamente encantada; las plantas y los animales se mueven con tanta gracia que es como entrar en el bordado

de un tapiz. (VI, 22-23)

Y entre rosa y clavel del acirate,
Que aura tibia y feraz siempre conserva.
Can y liebre corrían sin combate;
Y ciervos, con la frente alta y superba.
Sin miedo a brazo que los coja o mate,
Paciendo yacen, o rumiando yerba;
Y las cabras y corzos, que allí abundan,
Por doquiera saltando, el campo inundan.
Y cuando el Hipogrifo toca a tierra,
Y ya menos el salto es peligroso,
Ruggiero, fácil, al arzón se aferra,
Y en medio cae del esmalte herboso;
Mas con mano viril las riendas cierra,
Que no quiere más vuelo prodigioso,
Y a un grande mirto, entre un laurel y un pino,
Cerca le ató del litoral marino.

Nada tiene de extraño que el primer ser hablante con que se topa Ruggiero no tenga forma humana, sino de planta. El arrayán al que Ruggiero ató la brida del Hipogrifo, murmura, grita y al final, con voz queda y quejumbrosa, ruega al recién llegado que ate su cabalgadura un poco más lejos. La cortesía de su discurso es insólita en un miembro del reino vegetal. (27-30)

Cual tronco que en raluras estimula
Al fuego destructor con que porfía,
Cuando al voraz impulso, la medula
Se consume que dentro contenía,
Y rechinante con rumor pulula.
Hasta que al fin al aire se abre vía,
Así chascando el mirto está mezquino,
Y su voz de dolor busca camino.
Y con eco brotó, triste y sombrío.
Expedita y clarísima locuela,
Y dijo; «Si eres tú cortés y pío.
Cual tu aspecto bellísimo revela.
Aparta ese animal del tronco mío;
Baste mi propio mal, que me flagela.
Sin que otro con mi acerba pena juegue,

Y a acrecer mi dolor de fuera llegue».
Al primer son que escucha el caballero.
Vuelve la faz y guía allí la planta;
Y que el mirto es quien habla al ver Ruggiero,
Estupefacto queda, y se adelanta
El Hipogrifo a desatar ligero;
Y la faz roja, por sorpresa tanta,
«Perdona tú quien seas (le decía),
Humano ser, o numen de esta umbría.
»El nunca haber sabido que se esconda
Alma humana de un tronco en la aspereza,
Por mi culpa azotó tu rica fronda,
Y ofendió de tu mirto la belleza.
Mas tu acento a mi súplica responda;
¿Quién eres? ¿Quién, en rústica corteza.
Vivir con vida racional te hizo?
¡Así el cielo te guarde de granizo!

Ruggiero queda confundido y estupefacto, pero el arrayán se apresura a poner fin a su embarazo presentándose y contándole cómo es que se encuentra allí; es Astolfo, hijo del rey de Inglaterra.

El mundo hechizado es siempre para Ruggiero una fuerza ajena que debe padecer y en la que merodea como un extraño; para Astolfo, en cambio, es un mundo afín con el que se identifica inmediatamente, ya sea dominándolo con objetos y poderes mágicos o cayendo prisionero; como aquí, transformado en arrayán por el hada Alcina. La triste suerte de su transformación es tema de una rápida, luminosa narración.

Las islas del Océano índico están llenas de hadas y de hechizos. Astolfo, que allí había arribado al cabo de muchas aventuras y contrariedades, iba por la playa con otros caballeros cuando cayó en las redes invisibles del hada Alcina, hermana de otra hada bastante poderosa, la célebre Morgana.

Pescadora sin red ni anzuelo, Alcina hacía aflorar de las olas toda suerte de peces y hasta ballenas grandes como islotes o como buques. Encima de una ballena-islote-buque Astolfo es fácilmente raptado por el hada. (34-38)

»Volviendo de las ínsulas Ardientes,
Por Levante, a do el mar índico lleva.
En donde con Rinaldo y diez valientes
Caímos en prisión y oscura cueva,
(De la cual nos sacaron las potentes
Fuerzas de Orlando, con heroica prueba),

Por las costas venía en que soplaba
Del duro Setentrión la furia brava.
»Y el rumbo, o el destino maldecido,
Nos llevó a dar, a la hora matutina,
A playa en que el castillo se alza erguido
Sobre la mar, de la potente Alcina;
Y la hallamos que había de él salido,
Y sola estaba al pie de la marina,
Y sin caña, ni redes, acercaba
A la orilla los peces que llamaba.
»Iban allí de lejos los salmones;
De las cercanas rocas los crustáceos,
Con sus abiertas fauces tiburones,
Plateado volador, meros violáceos.
Raudos delfines, carpas y dentones;
Y nadando en escuadras los cetáceos.
Focas, y pezespadas, y ballenas
De horribles barbas y de grasa llenas.
»Y una, cual nunca vio la onda salada,
Vino a la playa en rápida embestida;
Once pasos y aun más mide, acostada,
Fuera del mar la espalda desmedida.
Nuestra sangre a su vista quedó helada;
Y como inmóvil yace allí tendida,
Que es aquello una ínsula creemos,
¡Tan distantes están sus dos extremos!
»A los peces Alcina salir hace
Con palabras de hechizo en breve instante;
Alcina, que de un parto mismo nace
Con Morgana, después de ella o delante.
Miróme atenta, y pienso que le place
Mi figura, a juzgar por su semblante;
Y quiso, con ingenio y con engaños,
Privarme, y lo logró, de mis compaños.

Aquí hay que conocer la situación de la isla; en realidad las hadas hermanas son tres; dos entregadas al pecado, Morgana y Alcina, y una a la virtud, Logistilla. La isla, que debería ser propiedad legítima de Logistilla, le ha sido usurpada por mitades por sus dos hermanas. Al oír hablar de vicio y de virtud Ruggiero ya comprende el cariz que toma la historia; él había comenzado como personaje de un poema de caballería, todo aventuras y maravillas, y helo aquí en peligro de hallarse en medio de

un poema alegórico en el que cada aparición tiene un significado moral y pedagógico. Hay que zafarse cuanto antes; Ruggiero se apresura a hacerse indicar el camino que lleva a la virtuosa Logistilla. No quiere terminar como Astolfo, que sí, gozó las delicias de Alcina, pero sufrió la suerte de todos los ex amantes del hada; una regresión al reino vegetal o mineral.

Ruggiero emprende la travesía de la isla alegórica. Le sale al encuentro una turba de personajes monstruosos; queda claro que son los vicios capitales; se apresura a darles batalla y a arrollarlos. Luego aparece una giganta de largos dientes; debe ser la avaricia; Ruggiero también la derrota. Y por fin se alzan ante él los muros de la espléndida ciudad de Alcina. Essta ha de ser una alegoría del placer, piensa Ruggiero, y el espíritu belicoso abre paso a una inclinación más benigna.

A la puerta de la ciudad lo espera Alcina con su corte. Le basta a Ruggiero fijar la mirada en los ojos negros de la maga, recorrer su tez color de leche para que todo lo que oyó decir a Astolfo se le antoje una fábula indigna de fe. Durante un fastuoso festín Alcina le promete reunirse con él, esa noche, en su aposento.

Ruggiero ha olvidado que se encuentra entre figuras alegóricas; las horas nocturnas que pasa aguzando el oído, contando en su imaginación los pasos de la bruja y esperando que se entreabra la puerta, le bastan para convencerse de que lo que vive no está hecho de fría pedagogía sino de palpitante apetito vital. (VII, 24-26)

¡Guarde la noche las delicias estas!
Apenas dejan la amorosa estanza;
Al día veces tres mudan las vestas
De bello corte, a diferente usanza;
Siempre están en convite, siempre en fiestas,
En el juego, en la escena, en baño, en danza,
O al margen de un arroyo, entre las flores.
Leen de amor en áticos autores.
Ora en umbrosos valles o colinas,
Cazando van rumiantes temerosos,
Ora, al faisán, con perros, sus nebrinas
Hacen dejar con vuelos rumorosos;
Ora, con liga, a tordo y golondrinas
Prenden sobre cantuesos olorosos;
Ora con corvo anzuelo, y red a veces,
Coleando sacan los pintados peces.
Así goza Ruggiero en grata fiesta,
Mientras combaten Carlos y Agramante;
Mas su historia dejar quiero, y aun esta,
Por volver a la hermosa Bradamante,
A quien la espina del dolor molesta

Con la memoria del perdido amante;
Y sin tino corriendo varios días,
Va en busca suya, por diversas vías.

Quien vuelve a poner en marcha la máquina alegórica para que abandone definitivamente el campo, es Bradamante; la guerrera enamorada y resuelta no descansa hasta que logra mandar al hada Melissa a liberar a Ruggiero, entregándole el famoso anillo mágico. Con el anillo mágico en el dedo Ruggiero ve en Alcina ya no una bruja sino una vieja pelona, y decide huir. Escapa a otros oscuros personajes simbólicos que lo persiguen, pasa al reino de Logistilla, donde se encuentra en cambio con figuras alegóricas de todas las virtudes. Por suerte también encuentra a Astolfo, liberado y restituido a su forma humana. Juntos estudian el modo de regresar a los campos de batalla de la epopeya, resonantes de armas y de caballos.

Orlando, Olimpia, el arcabuz

El ejército de Carlomagno está en apuros, sitiado dentro de los muros de París. De noche los centinelas escudriñan desde las escarpas los fuegos del campamento sarraceno que circunda por todos lados la ciudad. Pero no sólo los centinelas velan. En su cama de campaña Orlando se revuelve sin poder conciliar el sueño; su mente está ocupada por un pensamiento que tiene a la vez la fijeza y la intranquilidad de un reflejo de luna sobre el mar encrespado por las olas. ¿Piensa en el asedio, en las batallas, en la suerte del ejército franco en peligro? No, está lejos de los únicos pensamientos que debiera abrigar el ánimo de un paladín como él, ejemplo de devoción al deber y de castidad. Apenas sus párpados ceden fugazmente al sueño, se le aparece siempre la misma imagen; Angélica. No sabe pensar en otra cosa, no sabe hacer nada sino agitarse porque la ha perdido y no sabe en dónde está.

En el sueño Angélica está danzando en una ribera florida, y de pronto se desencadena una tempestad, un remolino de viento que esparce hojas y corolas; cuando el remolino pasa Angélica ha desaparecido. Orlando despierta en lágrimas. Quizás el sueño sea una advertencia; quizás Angélica corra peligro… El paladín salta del lecho, se atavía con chapas y mallas de hierro, y en lugar de ponerse la sobreveste blanca y roja del ejército franco, se pone una negra, que había pertenecido a un oficial sarraceno muerto en combate; así podrá atravesar el campo enemigo sin llamar la atención. Ensilla su caballo Brigliadoro, pasa silenciosamente frente a la tienda de su tío Carlomagno y, sin pedirle permiso, a escondidas, sale de París en busca de Angélica.

La guerra, Carlomagno, las armas cristianas, París sitiada deben esperar un momento, hasta que su más valeroso paladín ponga término a su búsqueda amorosa. Es un momento de espera que se prolonga del otoño a la primavera, pero Angélica no se encuentra en ninguna provincia de la Francia ocupada por los moros; Orlando ya ha alcanzado las costas de la Mancha; mientras busca un transbordador divisa a una muchacha en un bote que parece querer decirle algo. (IX, 8-9)

Un día que, cual siempre, va pasando
De uno en otro país, a un río ingente
Llegó, que del Bretón corta al Normando,
Y hacia el vecino mar va de Occidente;
Y ora hinchado, sus aguas aumentando
Con suelta nieve y montaraz torrente,
El puente ha roto con furor pujante,
Impidiéndole el paso al caminante.

Medía el sitio con la vista atenta
Orlando, que no ve cosa sencilla
(No siendo pez ni ave) lo que intenta
De poner pie seguro en la otra orilla;
Cuando una dama aquí se le presenta
En la popa de breve navecilla;
La cual le hace señal que va a buscarle.
Aunque la barca allí no osa acercarle.

La empresa a la cual la mensajera de allende la Mancha invita a Orlando es osada y generosa; lo llama a que acuda al Mar de Irlanda, a la Isla de Ebuda, donde todos los días encadenan una muchacha a una roca para que la devore un monstruo marino. ¿Y si también Angélica hubiese ido a parar allí? Basta esta sospecha escalofriante para que Orlando se dé prisa y se embarque en San Malo. Pero el viento maestral impide que la barca se acerque a los blancos acantilados de Inglaterra y la rechaza de vuelta hasta las costas flamencas.

Orlando desembarca en Amberes.

—¡Por fin un caballero errante! —exclama un viejo que parecía haber estado en el muelle esperándolo.

—¡Sígueme, te ruego, pues Olimpia, condesa de Holanda, espera tu socorro!

La verdad es que Orlando querría partir en seguida en busca de Angélica, pero desde luego no es hombre de arredrarse. Corre a poner sus armas al servicio de Olimpia, la cual le cuenta su tremenda historia. Por haber rechazado Olimpia la mano de Arbante, el padre de éste, Cimosco, rey de Frisia, invadió Holanda a sangre y fuego; este soberano prepotente y soberbio posee un arma mortífera, el arma del futuro, destinada a transformar las guerras en carnicerías y a terminar con las gentiles gestas de caballería; el arcabuz. Orlando, por supuesto, nunca ha oído hablar de cosa tan diabólica; y Olimpia debe darle una sumaria explicación técnica acerca del funcionamiento de las armas de fuego. (28-29)

»Porque además de ser bravo y potente,
Que ventaja en la lid nadie le lleva,
Y en la maldad y astucia de la mente
Pocos pueden con él ponerse a prueba;
Usa de un arma que la antigua gente
No vio jamás, y él solo entre la nueva;
Un tubo de seis pies, que encierra sola,
Entre polvo negruzco, férrea bola.
»Detrás de un foco, do el cañón termina,
Toca un resorte que se mira apena,
Cual tocar suele, con la punta fina

El médico al enfermo alguna vena,
Y eso expele a la bola tan dañina,
Que parece relámpago que truena,
Pues cual rayo del cielo, por do hiende,
Todo lo rompe, y rásgalo, y enciende».

Porque bien sabe qué son, ella, cuyos dos hermanos y cuyo padre han sido muertos a disparos de arcabuz. Apresada por el asesino de sus seres queridos, traicionada por su pueblo aterrorizado, a Olimpia le quedaba aún una última esperanza; que su bienamado, Bireno, duque de Selandia, apareciera para liberarla. Pero el tremendo arcabucero había derrotado y hecho prisionero también a Bireno. Antes que desposar al hijo del invasor, Olimpia estaba dispuesta a darse muerte, pero no sin antes vengarse. Finge consentir las nupcias. Le quedan dos súbditos fieles y valientes, dos jóvenes hermanos. Olimpia aposta a uno de ellos en una barca abajo en el canal, y esconde al otro, armado de un hacha, entre las cortinas de su alcoba. Para el marido Arbante aquello no será el tálamo sino el patíbulo; caerá decapitado mientras Olimpia bajará por una escala de cuerda hasta la barca y se pondrá a salvo.

El dolor por el asesinato del hijo y la ira contra la fugitiva vuelven implacable a Cimosco. Tiene a Bireno en sus manos; podría matarlo, pero quiere vengarse con Olimpia. Se declara dispuesto a liberar a Bireno si a cambio le entregan a Olimpia. Por su parte Olimpia está lista a sacrificarse por el hombre amado; se rendiría en seguida a Cimosco, pero sabe cuan desleal es el tirano. ¿Quién le asegura que, cuando la tenga en sus manos, Cimosco no matará también a Bireno? Lo que le pide Olimpia a Orlando, que va llegando hasta ella guiado por el azar y los vientos, es que la acompañe cuando vaya a entregarse al enemigo y que vele porque Cimosco mantenga su palabra y salve a Bireno.

Es una empresa que hasta ahora ningún caballero errante ha querido enfrentar; nadie tiene el coraje de desafiar los proyectiles de fuego contra los que chapas y mallas de hierro son como frágiles velos. Orlando ya ha tomado una decisión; pondrá su lanza al servicio de Olimpia no para que se entregue al verdugo sino para ponerla a salvo con el hombre que ama.

El paladín desafía al rey Cimosco a lanza y espada. Cimosco urde una trampa para coger a Orlando de espaldas; le dispara con el arcabuz pero yerra el tiro. Es la batalla del glorioso pasado contra el lóbrego presente; el poeta podría entonar sus notas más solemnes; prefiere en cambio representar el encuentro ateniéndose a la vida cotidiana de su entorno, extrayendo de ella sus metáforas.

Concretamente, aunque sólo sea para dar una idea; Cimosco trata de sorprender a Orlando por la espalda, como en el delta del Po los pescadores circundan las anguilas con sus redes, y quiere atraparlo vivo, como los chucheros capturan pájaros con señuelos; Orlando empieza a ensartar enemigos con la lanza como el cocinero los *tortellini* con el tenedor o como los pescadores de Ferrara ensartan en la broqueta

todas las ranas que quepan. (65-69)

Dar palabras al vil poco le duele,
Mientras quedan aquellos apostados;
Y al estar ya do el fraude les impele,
Sale luego con otros treinta armados.
Como al bosque y las fieras rodear suele
Experto cazador por todos lados;
Como la pesca, que en Volana abunda,
Con vasta red el pescador circunda;
Así de Frisia el Rey todo lo mide.
Para que no se escape aquel valiente;
Cogerle vivo a su intención preside;
Y eso piensa obtener tan fácilmente.
Que aquel terrestre rayo ora no pide,
Con que ha deshecho y muerto tanta gente;
Que, pues prenderle y no matarle intenta,
Con las usuales armas se contenta.
Cual hábil pajarero guarda vivos
Los pajarillos que atrapó primero.
Para hacer infinitos más cautivos.
De su pío al reclamo vocinglero,
Tales sus actos son preparativos;
Mas no cazar se deja el caballero.
Que no es de los que caen al instante;
Y pronto rompe el lazo circunstante
A do ve que más gente se le atreva,
El bravo paladín enristra el asta,
Y a uno, a dos, a tres, la muerte lleva,
Y a otros cuatro, y parecen ser de pasta;
Que ha enfilado hasta seis, y los eleva;
Y como ya la lanza no le basta
A ensartar más, al siete sólo hiere,
Que queda fuera, mas del golpe muere.
No de otro modo en la estación amena,
De un charco al borde, miras ensartadas
Del flechero ingenioso en la faena,
Unas tras otras ranas apretadas;
Y no aparta su flecha, hasta que llena
Hasta la punta esté de las cuitadas.
Entonces su gran lanza Orlando tira,

Y con la espada fulminando gira.

Cimosco se ha apostado apuntando con el arcabuz la broqueta como un cazador de los Apeninos a la espera de un jabalí; los arcabuzazos matan al caballo pero hacen saltar a Orlando por encima y es como aquella vez que en Brescia explotó un polvorín.

En el momento en que Cimosco se desploma con la cabeza partida en dos, entran en Dodrecht los refuerzos del ejército de Salandia y exterminan a los frisones. Holanda es liberada, Olimpia y Bireno se abrazan, Orlando ha cumplido su empresa y puede despedirse.

Pero antes de volver sobre las huellas de Angélica quiere estar seguro de algo; de que ese artilugio infernal desaparezca de la faz de la tierra y no dispute al arma blanca el señorío de las batallas. Va en una barca adonde el mar es más profundo y vuelca en el abismo arcabuz y pólvora y proyectiles. (90-91)

Y así, cuando en la mar entrado había,
Y en medio de ella se miró engolfado,
Que de una y otra banda no se vía
Ni el extremo de risco o monte alzado,
Se irguió diciendo; «Porque ya osadía
Nunca más des a lidiador menguado,
Ni con tu auxilio equipararse pueda
Al vil con el valiente, aquí te queda.
»¡Oh abominable invento y maldecido,
Del Tártaro labrado allá en lo inmundo.
Por mano de Satán, que ha concebido
Por medio tuyo destruir el mundo;
Ve al abismo infernal de que has salido!».
Y así exclamando, lo arrojó al profundo.
En tanto el viento hacia la Ebuda brava
A las hinchadas velas empujaba.

Allí yacerá la máquina infernal algunos siglos, hasta que el diablo la reflote mediante los encantamientos de un nigromante. Y con ello los caballeros se desvanecerán, el humo y las llamas invadirán los campos de batalla, culebrinas, bombardas y cañones pondrán a Italia y Europa a sangre y fuego. (XI, 23-27)

La máquina maldita, que a doscientos
Codos de agua yació por muchos años,
Fue sacada a virtud de encantamientos,

Y a Germania llevada, donde extraños
Se hicieron por demás experimentos;
Y abriéndoles Satán, para más daños,
Los ojos de la vista y de la mente.
Su empleo descubrieron finalmente.
Francia, Italia, y del mundo una gran parte,
Del arma el uso pérfido adoptaron.
Unos en huecos moldes, con gran arte,
Los liquidados bronces derramaron;
Otros del dúctil fierro, que reparte
Su materia, en cien formas la labraron.
Quién la llamó bombarda, quién escopio,
Y quién doble cañón, o cañón propio.
Y ora sacre, falcón, o culebrina,
La oiréis nombrar, como al autor le agrada;
Que con ella el metal, la piedra arruina,
Y abre paso en muralla y estacada.
Ya puedes de la fragua a la oficina
Mandar todo tu arnés, y hasta la espada;
Y échate al hombro el arcabuz pesado,
Si pan quieres ganar, triste soldado.
¿Cómo en humanos pechos has podido,
Torpe invención, entrar? Por ti ya muere
La gloria militar; por ti ha caído
La profesión que al bravo ennobleciere.
Tú el esfuerzo, el valor has reducido
A que al más digno el más ruin supere;
Ya no la gallardía, el noble aliento,
Puede siempre en el campo hallar su asiento.
Por ti bajaron a morder la tierra
Tantos señores, caballeros tantos,
Antes que el fin llegara de esta guerra
Que a la Italia y al mundo costó llantos.
Tú fuiste, pues, y mi decir no yerra.
El invento más bárbaro de cuantos
Ocurrieron a espíritus sutiles,
En torpes medios y en astucias viles.

Olimpia abandonada

El *Orlando furioso* es una inmensa partida de ajedrez que se juega sobre el mapa del mundo, una partida desmesurada que se ramifica en muchas partidas simultáneas. El mapa del mundo es mucho más variado que un tablero, pero las movidas de cada personaje se suceden siguiendo reglas fijas como para las piezas del ajedrez.

Si Olimpia entró en el juego como una bella dama perseguida por la perfidia y la desventura, su papel seguirá siendo el de la bella dama perseguida por la perfidia y la desventura. Ahora que Orlando la ha salvado, que su enemigo más feroz está muerto, que se ha unido al hombre por el que estaba dispuesta a sacrificar su propia vida, tendría que llegarle la hora de la felicidad; no, al contrario, comenzará una nueva serie de desgracias, porque en su figura belleza y desesperación son inseparables.

Bireno, duque de Selandia, es muy poco digno de amor tan devoto; apenas liberado pone los ojos en una jovenzuela, hija del enemigo muerto; y simulando hipócritamente sentimientos de piedad, la lleva consigo a la nave con el pretexto de casarla con su hermano. La verdad es que el ingrato no ve la hora de abandonar a Olimpia en una isla desierta.

El poeta que debe sacar una moraleja para esta historia se ve en aprietos; ¿ha de decir a las mujeres que desconfíen siempre de los hombres, que nunca se muestren enamoradas? Terminaría por salirle el tiro por la culata. Se quita de apuros diciéndoles que se cuiden de los jovenzuelos, siempre volubles, y que prefieran a los hombres maduros. (X, 7-9)

Y guardaos de aquellos que en la flor
Tienen de juventud rostro galano;
Que en ellos vive y muere pronto amor,
Cual encendido en paja, fuego vano.
Como sigue a la liebre el cazador,
Que se hiele o que sude, en monte, en llano,
Y la arroja de sí cuando es ya suya,
Con empeño siguiendo otra que huya;
Esos lindos así suelen portarse;
Que mientras os mostráis crudas, protervas,
Os reverencian y aman, y postrarse
Suelen humildes, tiernos, sin reservas;
Mas su orgullo no bien pueda jactarse
De la victoria, en vez de dueñas, siervas
Pronto seréis; y de vosotras sueltos,

A nuevo y verde amor los veréis vueltos.
No por eso os prohíbo (y error fuera)
Que de amar os dejéis, que sin amante
Seréis como la pobre vid, rastrera,
Porque sin palo ni sostén se plante.
Tan solo la lanúgine primera
Os exhorto a esquivar, floja, inconstante;
A no coger el fruto acerbo y duro;
Si bien tampoco el por demás maduro.

Pero sólo es un modo de decir; lo único que el poeta sabe de seguro es de que en ese punto de su mapa-tablero necesita una figura de mujer que se mese los cabellos mirando una vela que se aleja en la bruma. (20-25)

Atrás dejan la tierra, y la mezquina
Olimpia yace aún sin despertarse;
Y cuando al alba, la sutil neblina
De las playas empieza a levantarse,
Y escucha a los alciones la marina
Del antiguo infortunio lamentarse,
Medio dormida entonces, con la mano
Va a Bireno a tocar; mas ¡ay! en vano.
Nada encuentra, y al punto la retira;
Y otra vez vuelve, y piensa se equivoca,
Y aquí un brazo y el otro hacia allí estira,
Y entrambos pies, con inquietud no poca.
Vence al sueño el temor; despierta y mira;
Y no ve nada; y ya no huella y toca
El viudo lecho, sino el suelo alcanza,
Y muy veloz del pabellón se lanza.
Correr al mar es su primera idea,
Présaga de su mísera fortuna;
Se arranca el pelo; el pecho se golpea,
Y va oteando, al rayo de la luna,
Si alguna cosa más que el mar se vea,
Y ¡ay! fuera de la mar, no hay cosa alguna.
¡Bireno! grita; y esa voz que oían,
Apiadados los antros repetían.
Se elevaba al extremo de la playa,
Peñón que el mar, con su azotar frecuente,
Cavóle el pie, y a guisa de atalaya

Alzábase sobre él corvo y pendiente;
Y no os asombre que a escalarle vaya
Olimpia, que el dolor la hace potente.
De allí de su señor ¡oh cuadro horrendo!
Ve lejanas las velas ir huyendo.
Las vio, o su vista se las fue ideando,
Que entonces apenas despuntaba el día;
Y caer se dejó, toda temblando,
Como la misma nieve blanca y fría.
Mas cuando ya se pudo ir levantando,
A do las naves van su nombre envía
Una y cien veces al cruel consorte,
Y parece que el grito el aire corte.
Y al grito siguen el suspiro, el llanto.
Cuando por impotente la voz calma.
«¿Dónde huyes, cruel, rápido tanto?
¿Va tu bajel a disputar la palma?
Para; tómame a mí, que no es quebranto
Que lleve el cuerpo, pues que lleva el alma».
Dice, y porque la nave vuelva, grita,
Y ropa y brazos por señal agita.

Olimpia que despierta bajo la tienda en la playa y alarga la mano para acariciar al marido y encuentra el sitio vacío; Olimpia que corre por entre los escollos gritando el nombre de Bireno y sólo se apiada de ella el eco de las grutas y le responde; Olimpia que en un delirio de desesperación evoca el mordisco de los lobos, de los osos, de los tigres, de los leones y trata de destruirse en un desvarío de bestias que la «dentellean y la despedazan. (33)

»¿Será que de piratas presa sea,
Y como vil esclava ¡oh Dios! ¿vendida?
¡Primero el tigre ante mis ojos vea,
Y su garra me arranque con la vida
El corazón do tu maldad se lea,
Y muerta, ya, me arrastre a su guarida!»
Así diciendo, el fúlgido tesoro
Arranca a crenchas del cabello de oro.

Con ello el poeta ha arrancado de su instrumento las notas más acongojantes y ya puede pasar, con uno de sus rápidos arpegios, de los desgarros de la tragedia al

galope de la aventura. En cada canto del *Orlando furioso* el mapa del mundo se despliega entero y de una sola vez ante los ojos del lector, y la misma mirada abarca a Olimpia sobre el escollo escocés, como petrificada de dolor, y a Ruggiero, en las Indias, que huye de los paraísos del placer a los de la sabiduría, de Alcina a Logistilla.

En el reino de Logistilla Ruggiero vuelve a posesionarse del Hipogrifo, por fin domado y obediente a sus órdenes. En nuestro tablero el Hipogrifo es una pieza privilegiada; quien lo monte tiene permitido, en una sola jugada, volar por sobre continentes enteros. Bajo los ojos de Ruggiero discurre una fantasiosa geografía de Asia y de Europa, hasta que decide descender en Inglaterra, donde un ejército está por partir para socorrer a Carlomagno, sitiado. (71-74)

Al Catay fue; después vio la Mangiana,
Sobre el gran Quiensaí, veloz corriendo;
Volvió, por el Imavo; a Sericana
Dejó a la diestra; y, siempre descendiendo,
Desde la Escitia hasta la onda Hircana,
Llegó a la parte Sármata, y siguiendo,
A do se aparta Europa del Asiano,
Vio al Pruteno, y Pomerio, y al Rusiano.
Y aunque su gusto principal sería
A su fiel Bradamante tornar presto.
No la noble intención que de ir tenía
Rodeando el mundo, se extinguió por esto;
Que a ver fue los Polacos y la Hungría,
Y del Germano la región, y el resto
De aquella boreal horrenda tierra;
Y llegó, en fin, a la última Inglaterra.
Y no creáis que, por tan larga vía,
Todo el tiempo en el aire está morando;
Cada noche a un albergue descendía.
De no alojarse mal, siempre cuidando;
Y días y hasta meses invertía;
¡Tanto en ver tierra y mar está gozando!
Por fin, un día, cuando el cielo aclara,
Sobre el soberbio Támesis se para.
En los campos que a Londres son afines.
Vio infinitos jinetes y peones,
Que al eco de trompetas y clarines,
Iban formando sendos escuadrones,
Ante Rinaldo, honor de paladines;

Del cual, si recordáis, di las razones
Porque a Inglaterra, enviado del rey Carlos,
A pedirlos venía y prepararlos.

Allende la Mancha se extiende un país todavía lleno de exotismo. Basta el sonido del nombre de las ciudades y de los condados para fascinar a Ruggiero y, con él, a Ariosto. La descripción de un desfile de tropas de Inglaterra, Escocia e Irlanda podría reducirse a una lista árida si no fuera por el desafío que el poeta se lanza a sí mismo; lograr italianizar la mayor cantidad posible de nombres ingleses. ¿Cómo podemos hacer entrar en un poema italiano los nombres de Lancaster, Warwick, Gloucester? Los transformamos en Lincastro, Varvecia, Glocestra. ¿Y Clarence? ¿Y Norfolk? ¿Y Kent? Bastará decir Chiarenza, Nortfocia, Cancia. Es un juego que puede durar lo que uno quiera; Pembroke se vuelve Pembrocia, Suffolk Sufolcia, Essex Exenia. ¿Y Northumberland? Las cosas se complican. ¿Berkeley? ¿Richmond? ¿Dorchester? ¿Hampton? La hazaña fonética de Ariosto se transforma en una nueva e imprevista aventura del poema. (79-81)

»Es la insignia del Duque de Nortfocia
Aquella lanza rota en tres porciones.
Ese grifo es del Conde de Pembrocia.
Del buen Conde de Cancia esos hachones.
La balanza es del Duque de Sufolcia.
Aquel yugo, que oprime a dos dragones.
Es del Conde de Exenia, y la guirlanda
En campo azul, del Sir de Nortbelanda.
»Del Conde de Arundelia enseña ha sido
Esa barquilla que de mar se inunda.
Ve al Marqués de Bardeyo; va seguido
De los Condes de Marchia y de Ritmunda.
Lleva el primero, en blanco, un monte hendido;
Éste una palma, un pino aquél fecunda.
Ve de Dorcesia al Conde; ve al de Antona;
De uno el carro; del otro es la corona.
»El Halcón, que en el nido el ala inclina,
Lleva Raimundo, Conde de Devonia.
Su jalde y negro luce Vigorina;
Su perro el Derbia; el oso aquel de Osonia.
La Cruz que resplandece cristalina
Es del rico Prelado de Batonia.
La sede en campo gris, que allí promedia,
Es del Duque Ariman de Somersedia.

Ruggiero reanuda el vuelo montado en el Hipogrifo, pasa por sobre el mar, las costas de Irlanda. Atada a un escollo ve a una joven ofrecida al apetito de un monstruo marino; es Angélica. La historia de Angélica y del monstruo que está por devorarla abre una nueva fabulosa partida. Lo maravilloso de la fábula sigue a lo maravilloso de la geografía sin empalidecerlo. Si cerramos los ojos ante los monstruos marinos y los caballos alados, seguiremos viendo como avanza el bosque de lanzas de los barbudos guerreros británicos.

Las encadenadas de la Isla del Llanto

Frente a las costas de Irlanda, en la orilla de la isla de Ebuda, cada mañana emergía del mar un monstruo que devoraba a una muchacha. Para salvar las vidas de sus propias hijas los isleños se habían hecho corsarios y robaban muchachas de las costas vecinas. Cada mañana amarraban a una en un escollo para que la orca marina se saciara y los dejara en paz. La bella Angélica había caído en sus manos y ahí la tenemos ahora, desnuda y encadenada. Su suerte parece echada, cuando ve volar por el cielo a un guerrero sobre un caballo con alas. Es Ruggiero montado en el Hipogrifo.

Junto con el Hipogrifo ha quedado en manos de Ruggiero el escudo que había pertenecido al mago Atlante, y que basta descubrir para encandilar al adversario. Poseer este objeto mágico le da una ventaja indiscutible; más que seguir su batalla contra la Orca nos atrae la técnica con que Ariosto narra esta lucha de un monstruo marino con un guerrero montado en un caballo alado. Aparentemente la poesía ariostesca no necesita echar mano de recursos mágicos ni siquiera para hablar de magia; un secreto está en hallar, en medio de lo gigantesco y lo maravilloso, las proporciones de una era, de un sendero, de un charco en un torrente de los Apeninos. El hocico del monstruo es visto como el de una jabalina o de una cerda salvaje; el Hipogrifo se le acerca esquivando el mordisco como el águila que quiere atrapar una culebra, o como la mosca con el mastín; la Orca desfalleciente recuerda las truchas que se pescan enturbiando el agua con cal. (X, 103-105)

Cual águila del alto disparada,
Que ha visto la culebra, en falda herbosa,
O al sol, en rasa piedra reposada,
Aseándose la piel áurea escamosa,
No la quiere embestir por donde armada
Le presenta la lengua venenosa,
Y la agarra del cuerpo do le place,
Cuidando no se vuelva y la atarace;
Así aquel, con la espada y con la lanza.
No do el muso de dientes tiene armado.
Sino en un ojo y otro a herirla alcanza;
Ora a la espalda tira, ora al costado;
Si la Forca se vuelve, él presto avanza
Y en la grupa le asesta golpe airado.
Mas como siempre topa en piedra dura,

Nunca puede romper tal armadura.
Así lucha la mosca impertinente
Contra el mastín, el polvoriento Agosto,
O en el mes anterior, o en el siguiente;
De espigas lleno aquél; éste de mosto.
Ya le pica el hocico, ya la frente.
En cerco, a cada vuelo, más angosto.
Rechina el can los dientes; y la mosca
En la peluda oreja se le embosca.

Confrontemos ahora la técnica de Ruggiero para vencer a la Orca, con la que utilizará Orlando en idéntica situación. El escollo es el mismo, la Orca la misma, la muchacha encadenada es otra pero es como si fuera la misma (Nos enteraremos de que es Olimpia, condesa de Holanda). Por allí pasa Orlando. Mientras que Ruggiero se había servido del viejo sistema de los instrumentos mágicos, Orlando no tiene caballos alados ni escudos hechizados de que valerse. Le bastarán una barquilla y un ancla atada a un cabo. (XI, 37-39)

Cuando el monstruo al varón que va a su encuentro
Llegó en el breve esquife a divisallo,
Abrió tan grande boca, que en su centro
Bien pudiera caber hombre a caballo.
No se detiene Orlando, y se echa adentro.
Con el ancla dispuesta, y si no fallo,
Con el barco también, y en muestra brava,
Entre la lengua y paladar la clava;
Con lo cual, las quijadas, que dan grima,
En vano el fiero pez jugar pretende.
El minero avanzando en honda sima,
Así la tierra sobre sí suspende,
Porque no en ruinas se le caiga encima,
Mientras él fijo a su trabajo atiende.
De pico a pico el áncora es tan alta,
Que allí Orlando no llega, si no salta.
Clavadas ya las puntas, y seguro
Que no el monstruo cerrar podrá la boca,
Saca la espada, y por el antro oscuro,
De tajo y punta aquí y allí la toca.
Como cuando el contrario entró en el muro
Suele el sitiado defender la roca,
Defenderse el cetáceo procuraba,

Del Conde que en su gola se alojaba.

Con la barquilla entra en las fauces de la Orca, le planta el ancla en la garganta, escapa hasta la escollera y tira del cabo. El monstruo es arrastrado a la orilla muerto, vencido por la fuerza y la astucia unidas. Lo que no cambia es la técnica de Ariosto; esta vez sus metáforas tienen que ver con el movimiento de los cangrejos en los valles de Comacchio, el sistema de los mineros para sostener las bóvedas de sus galerías, y los toros enlazados y domados. (XI, 40-42)

Y opreso del dolor, al mar se arroja,
Y alza los flancos y la grupa entera,
Que el ahogado respiro la acongoja;
Con el vientre la arena lanza fiera,
Y el Paladín sintiendo que le moja
El agua asaz, nadando sale fuera.
Deja clavada el ancla, y prontamente
La mano al cable echó de ella pendiente.
Y hacia la roca rápido nadando,
Y allí afirmado el pie, del fierro tira
Que está al monstruo la boca taladrando;
Y vanamente, resistiendo gira;
Pues le obliga a seguirle coleando
La fuerza que otra igual el sol no mira;
Pues puede, en un arranque solamente.
Más que en diez vueltas cabrestán potente.
Como toro que al asta descuidada,
De improviso tirar se siente un lazo,
Brinca, y colea, y se alza a la empinada,
Sin poder sacudirse el embarazo;
Fuera así de su plácida morada,
Sacado por la fuerza de aquel brazo,
El pez, aunque se agita, y lucha, y brega,
Al cable sigue que a romper no llega.

Orlando estaba seguro de haber liberado a Angélica. La desata y ¿a quién tiene delante? A Olimpia, a quien ya había salvado en otra ocasión. Abandonada por aquel ingrato Bireno, su esposo, también ella había sido capturada por los piratas de la isla de Ebuda y encadenada al escollo. El destino de Orlando es llevar a cabo empresas desesperadas y dejar que se le escape su amada.

¿Pero qué ha sido de Angélica? Salvada por Ruggiero se había ido volando con él

en ancas del Hipogrifo. Con Angélica en sus brazos Ruggiero no tarda en olvidar a su Bradamante. Angélica, la presa más codiciada e inaferrable, se encuentra esta vez en manos de alguien decidido a no dejar que se le escape. Ruggiero hace aterrizar al Hipogrifo en un bosque de Bretaña, se quita en seguida la coraza y se vuelve; Angélica ya no está.

Recuerda demasiado tarde que, mientras luchaba con el monstruo marino, le había puesto el anillo mágico al dedo para que no se encandilara con el fulgor del escudo. Ahora le ha bastado a Angélica meterse el anillo en la boca para volverse invisible y escapar.

En cuanto a Orlando, una vez muerta la Orca, debe hacer frente a los isleños de Ebuda que, en lugar de estarle agradecidos por haberlos librado del monstruo, temen la venganza de las divinidades marinas y quieren matarlo para propiciárselas. Orlando extermina a una treintena de ellos a mandobles de Durindana y poco después llega, para terminar la faena, la expedición del irlandés Oberto, rey de Ibernia. (51-52)

Y lo que en él los otros no pudieron,
Él lo pudo en los otros fácilmente.
Treinta mató, y en todo sólo fueron
Diez los golpes que dio, y escasamente.
Pronto de aquel lugar todos huyeron,
Y ya a soltar la dama iba impaciente,
Cuando nuevo tumulto y grito suena
Por la extensión de la Ebudense arena.
Mientras del Paladín por esta banda
De tal modo los bárbaros huían.
Sin resistencia casi, los de Irlanda,
Por varias partes la ínsula embestían;
Y ya, sin freno, mortandad nefanda
De la impía gente por la costa hacían,
Y que impiedad o que justicia fuese,
Sin que sexo ni edad los contuviese.

Hacía tiempo que Oberto viajaba para poner fin a esa bárbara hecatombe de muchachas. Ve a Olimpia liberada y de ella se enamora. La pobre, habituada a caer siempre de la sartén al fuego, sale de escena mientras Orlando ruega no tener que liberarla por tercera vez.

Mandricardo rapta a Doralice

El valor y la grandeza de ánimo están en el *Orlando furioso* ecuánimemente distribuidos entre cristianos y mahometanos; lo mismo dígase de las debilidades humanas. Pero en cuanto a abundancia de matasietes, de militarotes gigantescos, brutales y jactanciosos, no caben dudas de que la balanza se inclina decididamente del lado del campo sarraceno. No por nada los nombres de algunos de los campeones del rey Agramante como Gradasso, Rodomonte, Sacripante, se han convertido en epítetos usuales de la lengua italiana; y el elenco completa de los guerreros moros constituye una especie de calendario de apelativos de terrorífico fervor. De manera que cuando Agramante, preocupado por las excesivas bajas de sus tropas, decide pasar revista para hacer la cuenta de las fuerzas de que dispone, las estrofas ariostescas retumban como tambores. (XIV. 12-13)

Balugante a los pueblos de León;
Grandonio a los Algarbios acaudilla;
Hermano de Marsilio, Falsiron,
En armas lleva a la menor Castilla;
Siguen de Madarazo el gonfalón
Los que han dejado a Málaga y Sevilla.
Y el mar de Gades, Córdoba fecunda,
Y la tierra que el Betis rico inunda.
Tesira, Estordilano y Verecundo
Uno tras otro allí muestran su gente;
Lisboa está al primero; está al segundo
Granada, y Palma al último obediente.
De Lisboa fue rey, cuando del mundo
Salió Larbín, Tesira su pariente.
Maricoldo va en pos a quien previno
Por jefe a sus Galaicos Serpentino.

Dos capitanes no responden a la llamada; Alzirdo y Manilardo muertos en un encuentro con un caballero de sobreveste negra. Es Orlando que, siempre en pos de la inasible Angélica, había vuelto de Irlanda a Francia y trataba de acallar la voz de su conciencia por haber estado tanto tiempo ausente del campamento cristiano exterminando cuanto destacamento sarraceno le saliera al paso.

Pero el campo mahometano contaba ahora con un nuevo campeón; Mandricardo, rey de Tartaria, que combatía sólo con lanza porque pensaba que no había espada

digna de él sino la que fuera de Héctor el troyano y que pertenecía ahora a Orlando; la famosa Durindana. No bien oye hablar de las carnicerías de Orlando Mandricardo sale a buscarlo y a conquistar la Durindana. Seguir las huellas de Orlando es fácil; allí donde hay cadáveres despedazados, huesos, armas desparramadas, caballos destripados, por allí pasó el paladín. Pero Mandricardo encuentra algo distinto; en un pradecillo umbroso a orillas de un río, hay un campamento en medio del cual se alza una tienda llena de flecos y encajes, custodiada por un tropel de hombres armados. Mandricardo se entera de que éstos acompañan a la hija del rey de Granada, Doralice, prometida de Rodomonte, rey de Sarza y de Argel.

—¿Y qué esperáis, ahí a la sombra?

—Pues que baje un poco el sol, señor —responden los guardias granadinos—, porque queremos viajar con la fresca.

—Y esta reinecilla, ¿la tenéis escondida?

—Mientras cantan las cigarras duerme, luego despierta.

—¿Me la dejáis ver, apenas un poquitín, por entre las faldas de la tienda? —pide Mandricardo. (40-41)

«De nuestro Rey (le dice) de Granada
Custodiamos la hija que hoy corona
Su padre, al Rey de Sarza desposada,
Si bien la fama el caso aún no pregona.
Y como, en siesta, no se sienta nada,
Sino el cantar que la cigarra entona.
Mientras al Rey, por entre Hispana gente.
La conducimos, duerme quietamente.»
Entonces el feroz probar pretende
(No hay cosa a que su orgullo no se atreva)
Si aquella tropa bien o mal defiende
A la Princesa, y quiere hacer la prueba¡
Y le dice; «Esa dama bien se entiende
Que es hermosa; a saberlo ora me lleva;
O tráemela tú aquí, porque a otro asunto
Tengo necesidad de andar al punto».

Los guardias granadinos se le ríen en la cara.

—Uy, el sol debe haberos trastornado el cerebro, señor.

No era Mandricardo tipo que se dejara decir cosas así; un lanzazo a éste, otro a aquél, y nada lo para hasta que la lanza le queda reducida a un tocón, y aun así, con este tocón causa más estragos que con la lanza entera. La tienda de encaje había quedado rodeada de cadáveres. Doralice despierta, ve abrirse la tienda y asomarse un gran guerrero moro ensangrentado de la cabeza a los pies. Lanzó un grito…

Pero la impresión de Mandricardo fue mayor aún al ver aquella delicada belleza; en el mismo instante quedó prendado.

—Fuera, fuera —dijo a las damas y damiselas y a los siervos del séquito—, volved a Granada, para la princesa basto yo, seré su camarero, su mayordomo, su nodrizo; ¡todo yo! (50-54)

Y a Doralice encuentra en aquel prado
(Ese nombre la mísera tenía),
Que, envuelta entre el ramaje más poblado
De una silvestre planta, se dolía;
Como río de un cauce derivado,
El llanto por el seno le corría;
Y mostraba su faz, que juntamente
Teme su mal, si el de los otros siente.
Y aumenta su temor verle que avanza
Sucio de sangre y con la frente oscura,
Y arroja un grito que hasta al cielo alcanza,
Por ella y por los suyos, de pavura;
Que lleva, a más de los que enristran lanza.
Comitiva, que de ella tiene cura.
De ancianos respetables, y doncellas,
Del Granadino reino las más bellas.
Cuando aquel rostro el Tártaro divisa
Que en toda España parangón no tiene,
Y que en el llanto (¿qué será en la risa?)
Sus redes el Amor a tejer viene,
Duda si el cielo o si la tierra pisa.
Loco del bien que su victoria obtiene;
Y ansia de la hermosa prisionera
Ser él preso, y estudia la manera.
Y pues la suerte le sonríe tanto,
Quiere ganar de su trabajo el fruto.
Ella con sus gemidos dice cuanto
Puede mostrar mujer de pena y luto;
Él espera trocar el triste llanto
En gozo extremo; y con intento bruto
De hacerla suya, en un ligero Albino
La pone, y vuelve a su anterior camino.
Y a los viejos y damas de Granada
Antes licencia da burlescamente,
Y les dice: «Conmigo asaz guardada

Queda; seré su guía, su intendente,
Y he de asistirla sin faltarle nada;
Descuidad, pues, y adiós la buena gente».
Ellos, salvar su Infanta no pudiendo,
Transidos de dolor se van diciendo;

Hizo montar a Doralice un caballito escocés, y partieron.

Mientras cabalgaba a su lado, le dijo;

—¿Qué cuenta para ti en este mundo? ¿El amor? Pues bien, ¡yo te amo! ¿La nobleza? ¡Soy el rey de los tártaros! ¿La riqueza? ¡Soy el soberano más rico del mundo! ¿El valor? ¡Espera a verme en acción, y verás!

Eran argumentos sin vuelta de hoja. La princesa Doralice dejó de llorar. Por lo demás, su prometido Rodomonte no podía decirse que fuera un tipo mucho más fino; y este Mandricardo, aunque prepotente, era por cierto un hombre resuelto y expansivo.

Doralice sonrió y lo miró como diciendo;

—Si es así…

Rodomonte en la batalla de París

Hace mucho que el rey de África, Agramante, asedia París, último reducto del ejército de Francia. Dispersos por el mundo sus paladines más valientes en pos de amores y aventuras, Carlomagno espera impaciente el regreso de Rinaldo con los refuerzos de Inglaterra. La noticia de que el ejército inglés ha atravesado la Mancha es la primera que llega a Agramante, y lo alarma; dentro del día siguiente París ha de ser expugnada, de lo contrario será tarde. Desde las escarpas ven los cristianos cómo al pie de las murallas se aprontan escalas, maderos y canastos cargados de flechas; es seguro que los moros atacarán a la mañana siguiente.

El rey Carlos ruega al Señor; no, más que rogar, como encallecido político que es, trata de forzarlo con argumentos de prestigio; si cae París, ¿qué idea se harán los paganos del poder divino? El Señor, en su infinita paciencia, hace la vista gorda ante el planteamiento teológicamente discutible de la plegaría imperial, y envía al Arcángel Miguel en busca del Silencio, para tenerlo como aliado del ejército franco. En el convento donde Miguel busca al Silencio, encuentra en cambio la Discordia. También ella puede resultar útil, si se insinúa en el campo de Agramante.

Sobre la alta muralla que rodea a París los defensores esperan con grandes piedras y cubos de pez hirviente y cal. Suenan las trompetas; los sarracenos suben como hormigas por sus escalas de cuerda y los cristianos encaramados en las barbacanas los riegan con aceite hirviendo y moleña, y les apuntan con unos cercos de fuego que se ensartan en las cabezas como coronas o collares. (XIV, 110-112)

Con flecha, lanza, estoque, fuego y piedra,
Del muro el pueblo fiel guarda la cima;
Y, adhiriéndose a él como la hiedra,
Al bárbaro orgulloso en poco estima;
El peligroso puesto a nadie arredra,
Y al sitio en que uno muere, otro se arrima;
Y, oprimidos de golpes horrorosos,
Vuélvense los infieles a los fosos.
No pelea allí el fierro solamente.
Que enormes piedras lanzan los merlones.
De torre enteros techos, viga ingente,
Y hasta muebles y trozos de bastiones;
El agua, que del alto cae hirviente.
Abrasa a los moriscos escuadrones,
Y a su lluvia infernal no hay quien resista,

Que, entrando en el morrión, ciega la vista,
Y casi más que el fierro les dañaba;
Y del calizo polvo la neblina,
¿Qué no hacía? ¿Y los cubos que, cual lava,
Vierten azufre, y pez, y trementina?
En el muro, que el fuego iluminaba.
La corona de llamas no declina,
Que, lanzadas de foco inextinguible,
Al Moro van a hacer guirnalda horrible.

Pero abajo, en el campo de los atacantes, algo grande se está moviendo. Es un guerrero gigantesco que toma impulso, atraviesa el foso al pie de las murallas levantando un torbellino de agua y fango, parece que va a romperse la cabeza contra la muralla, no; va tan rápido que sigue corriendo hacia arriba por el muro, verticalmente, y llega hasta la cima, entre las almenas. Y ahí mismo remolinea la espada en medio de las filas francesas agolpadas para resistirlo, y cada sablazo arroja al cielo un vórtice de cabezas y brazos truncados, y orejas y pies y otros pedazos de cristiano.

Es Rodomonte, rey de Argelia y Sarza. Luce un armadura de escamas de dragón que había pertenecido a su antepasado Nembrotte, el de la Torre de Babel, blasfemador tan feroz como él. Agita una bandera bordada con la figura de una damisela que lleva por la traílla a un león; el león, en principio, lo representa a él, Rodomonte, y la damisela a su prometida, Doralice de Granada, que en este momento viaja para reunirse con él. Rodomonte tiene prisa por expugnar París, porque espera de un momento a otro la llegada de la bella Doralice; pero si era por eso, hubiera podido tomárselo con calma; no sabe que Doralice ha sido raptada por Mandricardo, rey de Tartaria y, lo que es peor, que está muy feliz de que la hayan raptado. (119-21)

No menos que Nembrod de traza fiera,
Rodomonte, y soberbio y furibundo,
Que subirse hasta el cielo no temiera
Si encontrase la vía acá en el mundo,
No para ver si rota está o entera
La muralla, o si el foso es muy profundo;
Se arroja en él, y la cerviz levanta,
Con el agua y el cieno a la garganta.
Y remojado y sucio va furioso
Entre el fuego y los dardos a la altura.
Como en nuestra Mallea, el espantoso
Puerco silvestre va por la espesura.
Que con uña y colmillo y pecho iroso

Hace por donde embiste ancha abertura,
Así de Sarza el Rey, su escudo alzando,
Va, no que al Moro, al cielo despreciando.
No bien llega a lo enjuto y eminente
Hollando las bretecas y las bancas,
Donde, dentro del muro, forman puente
Largo y capaz a las escuadras Francas,
Le ves hacer cerquillos de más frente
Que lucen frailes en sus testas blancas,
Y vuelan piernas, brazos, y va el foso
De humana sangre roja caudaloso.

Tras Rodomonte los sarracenos asaltan el muro como las moscas del verano asaltan las mesas bien puestas, o como en otoño los pajarillos asaltan las viñas. Pero el muro no es más que la línea de defensa más externa de la ciudad, y ni siquiera la más fuerte; del otro lado del muro hay un foso que ciñe un segundo terraplén. Los Moros se desparraman por el foso interno, y entonces se dispara la trampa; los cristianos, en su retirada, dan fuego a las mechas de salitre y azufre que llegan hasta unos montones de haces untados de pez. El foso se transforma en un gran círculo de fuego… ¿Y Rodomonte? De la cima del muro da un salto y, con todo el peso de armas y armadura que lleva puesto, salva de un brinco los treinta pies más o menos que separan el muro del terraplén, es decir nueve metros, aterrizando ágilmente como sobre la colchoneta de un gimnasio y dejando a sus espaldas llamas y explosiones. Ha logrado atravesar todas las lineas de defensa, pero ha perdido sus hombres. Ahora está solo y se lanza a la conquista de París. (129-30)

Mientras el tropel de los paganos cala
Allende, o dentro el foso cae opreso,
Y luego prueba en una u otra escala
Al segundo recinto abrirse acceso,
De Sarza el Rey, cual si tuviera un ala
En cada miembro suyo, eleva el peso
De aquel gran cuerpo, de armas tan cargado,
Y se planta del foso al otro lado.
Que de ancho ha quince pasos nadie dude;
Y él los saltó como lebrel lo hiciera,
Y el suelo a su caer menos percude,
Que si bajo los pies fieltro tuviera.
A unos y otros el polvo les sacude,
Cual si allí todo arnés de peltre fuera,
O los vistiese corcho en vez de acero;

¡Tal es su espada, su esgrimir tan fiero!

Las casas de París, en aquellos tiempos todas de madera, están ardiendo; donde llega Rodomonte pega fuegos y siembra estragos. Pero los sarracenos que lo habían seguido en la escalada de la muralla, y que eran once mil veintiocho, han muerto todos en el foso entre muralla y terraplén, al punto que no hubiera habido lugar para tantos cadáveres si las llamas no los hubieran incinerado de inmediato. (XVI, 26-27)

Y no en tanta vertida sangre cabe
Del inicuo aplacar la saña fiera.
Sino que el fuego quiere que la acabe
De templos, casas, en horrible hoguera.
Era en el tiempo aquel, según se sabe,
En París toda casa de madera;
Y bien puedes creer al croniquismo,
Que de diez partes, seis son hoy lo mismo.
No parece, por más que el fuego arda.
Que deje furor tanto satisfecho;
Y no en asirse con los dedos tarda
Do alcance a derribar portada o techo.
Creer, Señor, podéis que no hay bombarda
Tan grande en Padua, o militar pertrecho,
Que abatir pueda un muro, cual la mano,
A un solo sacudir del africano.

Mientras tanto el Arcángel Miguel y el Silencio guían hacia París a Rinaldo y al ejército aliado de Inglaterra. Divididos en tres formaciones, ingleses, escoceses e irlandeses atacan a los sitiadores del campo y siembran el desbarajuste en las filas mahometanas.

Carlomagno, abocado a defender una puerta contra Agramante, no ha recibido aún estas buenas noticias, pero es alcanzado por un mensajero que las trae malas. Rodomonte, él solo, está destruyendo la ciudad y sus habitantes, armados o inermes.

Carlos acude. Ahora Rodomonte está asaltando el palacio real, dentro de cuyas robustas murallas los pobres parisinos se habían refugiado y de cuyos techos arrojaban en ese momento al gigante tejas y vigas y piedras y almenas.

El asalto simultáneo de ocho paladines y de todos los que los siguen ni siquiera rasguña la escamosa corteza de Rodomonte. Pero la presencia del emperador reanima a la turba de fugitivos que se agolpan de nuevo contra el rey de Sarza. La muchedumbre es ahora tan densa que aun si él la corta como si fuera nabos o tronchos de col, sigue presionándolo de todos lados mientras de los tejados y

ventanas le caen encima toda clase de cosas. Hasta ahora Rodomonte se ha mantenido incólume; quizás le convenga ponerse a salvo antes de que logren herirlo. Habiendo desbandado un escuadrón de ingleses, alcanza las escarpas sobre el Sena y con todo su armamento se zambulle y huye a nado. Emerge en la margen opuesta y se torna hacia la ciudad en llamas, como arrepentido de encontrarse fuera, y ya lleno de ganas de volver. (XVIII, 23-25)

Y salvo ya, tres veces impaciente
Volvióse al medio del tropel violento,
Y en él tiñó la espada nuevamente,
Y le quitó la vida a más de ciento.
Mas venció al odio la razón prudente,
Que no quiso a la suerte dar tormento,
Y de la orilla, por menor quebranto,
Se echó al agua, y salió de riesgo tanto.
Por medio de las ondas va, ceñido
De armas, como si corchos agitara.
Aunque a Aníbal y a Anteo ha producido
África, nunca dio quien le igualara.
Cuando a la opuesta margen ha salido,
Lamenta que a su espalda así dejara
Ese pueblo que él solo atravesase,
Y que no todo entero le abrasase.
Y tal le quema el fuego de la ira,
Que a ver se vuelve a la ciudad gallarda.
Y, lleno de pesar, gime y suspira,
Y apartarse no quiere sin que arda.
Mas, al largo del río venir mira,
Quien su venganza extingue o la retarda.
Escucharéis después quién ese sea,
Que otro recuerdo aquí brota en mi idea.

Astolfo contra Caligorante y Orrilo

De la India, donde había sido prisionero de Alcina, Astolfo, liberado por Logistilla, regresa a Occidente. Su caballo Rabicano es tan ligero que no deja huellas ni en la arena ni en la nieve, y cuando galopa por un prado no quiebra ni siquiera una brizna de hierba; es un caballo sin peso, nacido del encuentro entre una llama con forma de yegua y un golpe de viento. Bajo sus cascos impalpables discurre un mapa suntuosamente historiado con figuras y pergaminos, en el que las maravillas del viaje de Marco Polo se suman a las profecías de los descubrimientos del siglo XVI, las noticias transmitidas por los autores clásicos a los ecos de las expediciones de Cortés.

Bajo la mirada de Astolfo, el mundo trata por última vez de desplegar sobre un solo mapa todas las dimensiones de la imaginación humana; cada nombre de lugar evoca espectáculos naturales, monumentos, costumbres de los pueblos, pero también dioses de la mitología clásica y ogros y hadas de las fábulas. Egipto es el de Herodoto y el de la Biblia y también el de las crónicas de los peregrinos que han visto las pirámides de Menfis y en El Cairo el palacio del Sultán habitado por quince mil mamelucos; pero allí está también la red de acero fabricada por Vulcano para capturar a Venus adúltera y a Marte, una red que después de haber sido custodiada en el templo de Anubis en Canope está ahora en manos de un gigante que la usa para capturar viandantes y devorarlos.

Las caravanas se aventuran confiadas en el desierto sin saber nada de la red escondida bajo la arena, y de golpe hombres, doncellas, caballos y camellos vuelan por el aire entre las mallas de acero mientras resuena la carcajada del gigante. El castillo de Caligorante (así se llama el ogro) está a orillas del Nilo, todo empavesado con huesos humanos, pieles de desollados tendidas para adornar las almenas y antepechos; calaveras disecadas cuelgan como trofeos en las puertas coronadas por brazos y piernas mutilados. Caligorante arrastra hasta allí la red cargada de desventurados, a los que monda uno por uno como pajaritos, escupiendo los huesos al desierto para terminar sorbiéndoles los sesos con un leve chasquido de labios. (XV, 49-50)

Yace, entre el alto río y las malezas,
Breve sendero en la arenosa riba,
Que guía a la mansión de las fierezas,
Al trato humano, a la piedad esquiva.
Fijos en torno están miembros, cabezas
De la infelice gente que allí arriba;
No hay ventana, merlón no ves ninguno,

Del que resto mortal no cuelgue alguno.
Cual en feudo o castillo, el arrogante
Venador que arrostró riesgos crueles,
Clava a su puerta, por blasón brillante,
Cabezas de oso horribles, grandes pieles,
Así mostraba aquellas el gigante
Que han sido lo mejor de sus laureles;
De otros se ven los huesos esparcidos,
Y los fosos están de sangre henchidos.

He aquí que se aproxima un caballero; Caligorante se aposta en un cañaveral; dentro de poco los cascos del caballo pisotearán la red de acero enterrada en la arena y accionarán a trampa. Pero el caballero es Astolfo; y el galope de Rabicano es tan ligero que roza el suelo como una libélula. Caligorante sale del cañaveral para darle alcance; en ese momento Astolfo se acuerda de un regalo que le hizo Logistilla, un cuerno mágico cuyo sonido es tan tremendo que quien lo oye enloquece de terror. Es el momento de ponerlo a prueba; Astolfo sopla el cuerno, el gigante huye presa del pánico y tan trastornado que cae en su propia trampa. Puede debatirse cuanto quiera; la red de acero se le cierra encima y lo empaqueta. Astolfo podrá llevarlo sujeto con una traílla y usarlo como faquín; así prosigue su viaje a lo largo del Nilo.

En el delta del Nilo hay una torre rodeada de cocodrilos. Allí mora el bandido Orrilo. La particularidad de Orrilo es que nadie puede vencerle en un duelo, porque si le cortan un brazo, riendo burlonamente lo recoge y se lo pega, si le cortan un pie se lo vuelve a poner como si fuera un zapato, y si le hacen saltar una oreja la coge al vuelo como una mariposa y la vuelve a pegar en su sitio. Le cortan la cabeza y la arrojan al Nilo, él se zambulle y nadando bajo el agua la recoge del fondo.

Había dos muchachos, hermanos gemelos, Grifone y Aquilante, que combatían con Orrilo vaya uno a saber desde cuándo. Muchas veces lo habían desmembrado y despedazado, y siempre los miembros de Orrilo volvían a juntarse como gotas de mercurio en la cubeta de un alquimista.

Estos dos gemelos eran hijos de un paladín de Carlomagno, Oliviero, y habían sido raptados en su tierna infancia por dos hadas, una toda blanca y la otra toda negra. Para que no pudieran llegar al campo de batalla las hadas los habían mandado a pelear con el bandido Orrilo, seguras de que tendrían para rato.

Además del cuerno mágico, Astolfo había recibido de regalo un libro de encantamientos muy fácil de consultar gracias a un índice alfabético. Hojea el libro; Eme… Ene… O… Orca… Orzuelo… Orrilo; ¡aquí está! «Si se le arranca un pelo que tiene en la cabeza, muere.» ¡Casi nada! Orrilo tenía una cabellera espesa espesa que se extendía desde las cejas hasta el cogote. En duelo con él, al principio Astolfo trata de separarle la cabeza del tronco. Para Orrilo también esto era un chiste, pero le llevaba un poco más de tiempo recoger la cabeza, pues sin ojos para ver debía

buscarla a tientas en el polvo. Astolfo es más rápido que él; recoge la cabeza sangrante y escapa al galope sujetándola por la melena.

Orrilo palpa el suelo a ciegas, comprende que ha sido burlado, monta a caballo y se lanza tras Astolfo. Trata de gritar. ¡Espera! ¡Así no vale!, pero el grito se le queda en el pecho pues ya no tiene boca para lanzarlo. (83-84)

De cien golpes al fin uno le coge
Entre el cuello y cabeza, tan violento.
Que se la siega, sin que grito arroje.
No a desmontar el Duque fue más lento
Que el ladre; de las crines la recoge¡
Y el arzón otra vez toma al momento,
Y «porque más no la recobre Orrilo,
Con la presa veloz corre hacia el Nilo.
El loco, que del Hado el fallo olvida,
Busca por entre el polvo su cabeza;
Mas cuando al Duque ve, que sólo cuida
De llevársela lejos con destreza.
Apela a su corcel, y a toda brida
Pisa de la foresta la maleza;
Y «¡Espera, vuelve, ven!» (gritar ansiaba);
Mas Astolfo la boca se llevaba.

Llegado a un lugar tranquilo a orillas del Nilo, Astolfo se sienta con la cabeza mutilada en sus rodillas y comienza a arrancarle pelos como si deshojase una margarita. ¡Tiene para rato, con esa melena tan larga, espesa, grasienta y llena de caspa! Entonces Astolfo desenfunda su espada afilada como una navaja y, sosteniendo la cabeza por la nariz para que no se mueva, la afeita a cero, es más; la desuella. Junto con todos los cabellos, también el pelo fatal había de caer tronchado por la hoja; entonces la cabeza se vuelve blanca como un trapo, tuerce los ojos, desencaja las quijadas y queda seca. Orrilo, sin cabeza, estaba llegando a caballo; experimenta una sacudida, se estremece, rueda de la silla con los brazos abiertos. (85-87)

Pero como los pies no le ha quitado,
Ánimos cobra, y de correr no deja.
En esto, largo espacio le ha ganado
Rabicano, que rápido se aleja.
El Duque, en tanto, el cráneo ensangrentado
Palpa desde la nuca hasta la ceja,

Y rebusca aquel pelo que, fatal,
Al hechizado Orrilo hace inmortal.
En la selva de innúmeros cabellos,
Mayor ninguno, ni diverso era,
Pues ¿cómo el Duque elegirá entre aquellos
El que es la vida de la humana fiera?
«Mejor (dice) es cortarlos todos ellos.»
Mas, sin navaja entonces ni tijera,
Acudir a su espada determina,
Que taja cual gumía damasquina.
Y la testa teniendo por el naso.
La arrasa por detrás y por delante,
Y el pelo así cortado por lo raso,
Se tornó en amarillo aquél semblante;
Los ojos tuerce, y muestran que el ocaso
Va a llegar de su vida en ese instante;
Y el busto, que detrás va caballero,
Cae de la silla, y da el temblor postrero.

Cloridano y Medoro

Hasta aquí hemos seguido las gestas de los capitanes en sus pruebas de valor y sus bravuconadas, con su fuerza sobrehumana y su dominio de los objetos mágicos. Ahora, internándonos en la tupida selva de lanzas de la batalla de París, veremos cómo se adelantan a primer plano soldados simples, con sus recursos humanos modestos y obstinados, con su coraje, sus indecisiones, su piedad.

La suerte de la batalla es adversa a los sarracenos. Ese día dejan ochenta mil muertos. Hasta el más joven de sus caudillos, Dardinello, hijo de Almonte, ha caído, muerto por Rinaldo. El rey Agramante da orden a sus huestes de retirarse al campamento. Durante la noche, del campo de los moros se alzan los llantos por las víctimas de la batalla.

Dos reclutas del regimiento de Dardinello, todavía casi niños lloran a su comandante y deciden ir a recuperar el cadáver. Su expedición nocturna es un doble viaje entre los muertos; primero atraviesan el campo enemigo por entre soldados cristianos que yacen en desorden allí donde los ha sorprendido el sueño y en donde los clavará la muerte que portan los dos jóvenes vengadores; después, por entre los cadáveres del campo de batalla. ¿Cómo harán, en la oscuridad, para reconocer a Dardinello en medio de tantos muertos? Medoro ruega a la Diosa Luna; las nubes se abren; a la luz de la luna toda París se despliega bajo sus ojos, de Montmartre a Montlhéry. (XVIII, 184-185)

«Triforme Dea, que en tus artes diestras
Eres de nuestra raza inspiradora;
Y en cielo y tierra, y en el Orco muestras
Tu hermosura, en tres faces, seductora;
Y de las fieras, en las selvas nuestras
Vas las huellas siguiendo cazadora;
Muéstrate do mi Rey yace entre tantos,
Él, que en vida siguió tus usos santos.»
La nube abrió la luna al dulce ruego,
O fuese por azar, o al ver fe tanta.
Bella como la vez que al dulce fuego
De su pastor desnuda se adelanta.
A esa luz todo el campo se ve luego;
Pues la espesa neblina se levanta;
Se ve París, y el monte más lejano;
Mártir a un lado, y Leri a la otra mano.

Cloridano y Medoro vuelven a su campo al rayar el alba sosteniendo en sus brazos el cadáver de Dardinello, cuando los avista una patrulla de escoceses guiada por Zerbino. Para huir, Cloridano, más sabio, abandona su carga, seguro de que su compañero hará lo propio. Pero el tenaz Medoro no está dispuesto a dejar que el cuerpo de su capitán sea pasto de los cuervos, y sigue andando sosteniéndolo con sus solas fuerzas. (190)

Y la carga soltó, porque creía
Que lo mismo su amigo ejecutase;
Sin pensar que el que en tanto la tenía.
Toda sobre su espalda se la echase.
Cloridano con veloces pies corría,
Creyendo que a Medoro atrás llevase,
Si supiera que queda de esa suerte.
Mil hubiera arrostrado, no una muerte.

En seguida se ve rodeado de enemigos; Zerbino está por pasarlo al filo de la espada, pero conmovido por la juventud del soldado y su fidelidad al comandante caído, le perdona la vida. En ese instante uno de los escoceses, hombre brutal, sin tener en cuenta las órdenes de su capitán, planta su lanza en el pecho de Medoro. Mientras Zerbino persigue a su soldado desleal para castigarlo, Cloridano, que venía en busca de su compañero perdido, viéndolo caer se echa sobre los cristianos y los destripa, hasta que también él cae. Un solo charco de sangre acoge los cuerpos de los dos compañeros y el cuerpo, ya frío, de su señor. ¿Es el deber feudal lo que se celebra en este sacrificio? Quizás algo más antiguo y perdurable; la solidaridad de la juventud. (XIX, 13-15)

Mas de repente un bárbaro villano.
De esos que del honor son el cuchillo,
A atravesar movióse lanza en mano
Al que rogaba con decir sencillo.
Horror causó a Zerbino el golpe insano,
Viendo que al torpe empuje el jovencillo
Caía tan exánime y tan yerto.
Que ni un punto dudó que fuese muerto.
Y de tal modo se irritó y dolióse,
Que gritó; «¡Aleve, la venganza es mía!»
Y con ímpetu fiero disparóse
Contra el jinete de la acción impía;
Mas, tomada ventaja, aquél huyóse,

Y se perdió por la intrincada vía.
Cloridano que a Medoro ve por tierra,
Salta del bosque a descubierta guerra.
El arco arroja, y en furor ardiendo,
Entre todos la espada en rueda gira;
Más por morir, que por pensar que, hiriendo,
Iguale su venganza a su gran ira
Solo, entre espadas ciento, enrojeciendo
Ya los jarales va; y así que mira
Que la vida le falta, consolado
Caer se deja de Medoro al lado.

A Medoro se lo da por muerto, pero su corazón late aún. ¿Quién se inclina sobre su cuerpo herido y se apresura a socorrerlo? Una pastorcilla, se diría, a juzgar por el vestido; pero el aire orgullosamente despectivo de la jovenzuela desde lo alto de su palafrén basta para traernos a la mente un personaje que conocemos bajo otras apariencias; Angélica, princesa del Catay. El único placer para esta mujer siempre ha sido enloquecer de amor a los más gloriosos caballeros para que le corran detrás, sin dejarse atrapar jamás. Y desde que recuperó su anillo mágico y halló refugio en una familia de pastores se muestra más desdeñosa y atrevida que nunca. Y hete aquí que la vista de Medoro herido mueve algo en ese gélido corazón. (20-22)

Cuando Angélica al joven tan maltrecho
Vio yacer, casi en brazos de la muerte,
Y por darle a su Rey el postrer lecho
La vida así perder con alma fuerte,
Insólita piedad le entró en el pecho
Por desusada vía, de tal suerte,
Que el duro corazón le tornó blando,
Mientras le fue sus cuitas escuchando.
Y trayendo a la mente aquella ciencia
Que en la India aprendió, do se acredite
En los nobles el uso y la excelencia
Del que en médicas artes se ejercite;
Que, sin hojear de libros, es herencia
Que de padres a hijos se trasmite.
Se dispuso a probar si con tal hierba,
Que ella sabe, la vida le conserva.
Y recordando que, a su paso, había
Visto una planta, en una valle amena.
Que Panacea o Dítamo sería

U otra, de las virtudes mismas llena,
Que la sangre restaña, y de la impía
Llaga mitiga el mal, calma la pena.
No lejos fue a buscarla; y su tesoro
Recogido, con él volvió a Medoro.

Primero sólo es la piedad, y el placer de alardear de las artes médicas aprendidas en Oriente. Pero después de curar la herida con hierbas, a medida que Medoro, también él albergado por los pastores, recobra color y belleza, Angélica, por primera vez sin necesidad de hechizos, siente que se enamora. La bruja que había mirado de arriba abajo a los capitanes más audaces de los ejércitos opuestos, de Orlando a Sacripante, de Ferraú a Rinaldo, termina por perder la cabeza por un simple soldado de infantería. Quizás lo que le da seguridad es el aspecto sólido y tranquilo de este muchachote moro de cabellos rubios, tan distinto de sus pretendientes habituales, siempre cargados de tensión y agresividad y ansias de descollar.

La verdad es que antes de encontrar a Medoro, Angélica hubiera sido incapaz de imaginar un marido ideal. Y ahora que lo ha encontrado no lo deja escapar. En un dos por tres, allí mismo entre los pastores, se casa con él y decide llevárselo a Oriente y hacerlo coronar emperador del Catay.

Se encaminan hacia los Pirineos para embarcarse en Barcelona. En las playas de Cataluña se les abalanza un loco, desnudo y cubierto de fango. A su debido tiempo se explicará quién es.

El palacio encantado

El poema que estamos recorriendo es un laberinto en el que se abren otros laberintos. En el corazón del poema hay un escotillón, una especie de vórtice que se traga una por uno a los personajes principales; el palacio encantado del Mago Atlante. Ya el Mago nos había puesto, entre las estribaciones pirenaicas, ante un castillo de acero; después lo había hecho desvanecerse en la nada. Ahora, en un prado no muy lejano de las costas de la Mancha, vemos surgir un palacio que es un vórtice de la nada, en el cual se refractan todas las imágenes del poema.

Atravesando un bosque Ruggiero oye un grito; ve a un gigante que lucha con un caballero. El caballero se desploma bajo un mazazo del gigante, del yelmo desatado sale una ola de rubios cabellos; ¡es Bradamante! Ruggiero persigue al gigante que huye arrastrando a la guerrera exánime y desaparece en un palacio de mármol con puertas de oro. Ruggiero entra, recorre salas y soportales y escaleras; se pierde; inspecciona el palacio de arriba abajo varias veces; ni rastro del raptor ni de la raptada.

Como Ceres buscaba a Proserpina raptada por Plutón, así se entrelazan raptos y afanosas búsquedas por las comarcas de Francia. También a Orlando, cuando iba en busca de Angélica, le había sucedido exactamente lo mismo que a Ruggiero; ver cómo raptan a la bienamada, perseguir al raptor, entrar en un misterioso palacio, dar vueltas y más vueltas por atrios y corredores desiertos. Es decir; el palacio está desierto de lo que se busca, y poblado sólo de buscadores. Atlante ha dado forma al reino de la ilusión; si la vida es siempre variada e imprevista y cambiante, la ilusión es monótona, machaca siempre en el mismo clavo.

Los que vagan por atrios y trasteros, que hurgan bajo tapices y baldaquines, son los caballeros cristianos y moros más famosos; todos han sido atraídos al palacio por la visión de una mujer amada, de un enemigo inalcanzable, de un caballo robado, de un objeto perdido. No pueden separarse de esas paredes; cuando uno está por alejarse siente que nuevamente lo llaman, se vuelve y la aparición en vano perseguida reaparece, asomada a una ventana, implorando socorro. (XII, 18-20)

Así que en lo interior la planta posa,
Por el gran patio y por las salas mira,
Y ni al gigante ve, ni ve a la hermosa.
Por más que en derredor la vista gira;
Y arriba, abajo tiéndela afanosa;
Corre, y llegar no puede a lo que aspira;
Ni alcanza a imaginar dónde tan presto

Se hundió con ella el robador funesto.
Así que varias veces, por la insana
Mansión, prolijo a rebuscar se entrega;
Y sube y baja, y con porfía vana,
Toda a medirla sin descanso llega,
Parte, esperando hallarla en la cercana
Selva; mas una voz oye, que juega
Cual la que Orlando oyó, con tal fatiga,
Que a volver al palacio así le obliga.
Una voz sola, y sólo una persona,
Su hermosa Indiana parecióle a Orlando,
Y a Ruggiero la suya de Dordona,
Por la que el infeliz está penando.
Si con Gradasso o Ferraú razona,
O con cualquier de los que están vagando.
Parece a cada cual que aquello sea
Engaño que por él solo se idea.

El mismo grito de auxilio, la misma visión que a Ruggiero le pareció de Bradamante y a Orlando de Angélica, a Bradamante le parecerá de Ruggiero. El deseo es una carrera hacia la nada, el hechizo de Atlante concentra todas las ansias insatisfechas en el encierro de un laberinto, pero no modifica las reglas que gobiernan los movimientos de los hombres en el espacio abierto del poema y del mundo.

También Astolfo cae por ahí. En su rápida vuelta al mundo pasó un momento por su casa, en Inglaterra, y ahora está de regreso en Francia. Mientras bebe de una fuente un campesinillo le roba el caballo Rabicano; o al menos así parece. El hecho es que, persiguiendo al ladronzuelo y al caballo, también Astolfo termina delante del palacio encantado.

Pero con Astolfo no hay hechizo que valga. En el libro mágico que le regaló el hada Logistilla, se explica todo sobre esa clase de palacios. Astolfo se dirige directamente a la losa de mármol del umbral; basta alzarla para que el palacio entero se haga humo. En ese momento es alcanzado por un tropel de caballeros; casi todos son amigos suyos, pero en lugar de darle la bienvenida se le ponen delante como queriendo pasarlo por la espada.

—¡Eh, que soy Astolfo! ¿No me reconocéis?

¡Qué va! Le gritaban;

—¡Ahí está el gigante! ¡Sacúdele al raptor! ¡Al ladrón, al ladrón! —Cada uno tenía una acusación diferente, pero todas estaban cargadas de saña e ira. (XXII, 17-20)

En el libro se hallaba muy cumplido

Relato de los modos con que había
De quedar el hechizo aquel vencido,
Y desatar el nudo que le urdía,
Era que un genio en el umbral metido
Estos fraudes y engaños dirigía,
Y el sillar que le encumbre suspendiendo,
Se iba el palacio en humo disolviendo.
Astolfo, a quien el ansia ya domina
De dar remate a tan insigne empresa,
Sin detenerse un punto, el brazo inclina
A probar lo que el duro mármol pesa.
Cuando Atlante la mano ve vecina
A levantar la mágica compresa,
Al estrago, que urgente le amenaza.
Remedio quiere dar con nueva traza.
Hácele que se muestre diferente
De su ser propio; al uno pareciendo
Un villano pastor a otro valiente
Caballero, y a quién, jayán tremendo.
Cada cual ve la forma en él presente
Con que el Mago fatal le fue atrayendo;
Así que, por cobrar lo que le quita,
Cada cual contra él se precipita.
Brandimarte, Gradasso, Bradamante;
Con Iroldo, y Ruggier, y otros guerreros,
Llevados del error, se echan delante.
Para atacar al Duque los primeros.
Mas éste al cinto recurrió al instante
Para humillar sus bríos altaneros;
Si al formidable cuerno no acudiera.
El sueño eterno aquella vez durmiera.

¿Qué había pasado? Atlante, viéndose en tan mal trance, había recurrido a un último encantamiento; hacer que apareciera Astolfo ante los varios prisioneros del palacio como el adversario en cuya persecución cada uno de ellos había caído ahí dentro. Pero a Astolfo le basta soplar en su cuerno para dispersar mago y magia y víctimas de la magia. El palacio, tela de araña de sueños y deseos y envidias, se deshace; es decir, deja de ser un espacio exterior a nosotros, con puertas, escaleras y paredes, para volver a ocultarse en nuestras mentes, en el laberinto de los pensamientos.

Hay que señalar que si aquí, por facilidad de exposición, hemos narrado la llegada

del liberador Astolfo como inmediatamente subsiguiente a la caída en la trampa de los demás paladines, en realidad el poema sigue otro ritmo, Astolfo llega al cabo de unos diez cantos de intervalo; diez cantos durante los cuales la batalla de París, entre actos de heroísmo, incendios y matanzas, cambia el curso de la guerra entre paganos y cristianos. Ya nos habíamos dado cuenta de que en aquella epopeya faltaban casi todos los campeones más famosos; sólo la robusta presencia de Rodomonte sobresalía en el entrevero. Por fin sabemos en dónde se habían metido todos los demás. Atlante los había secuestrado en su laberinto, y ahora les vuelve a dar libre curso por las vías del poema. ¿Atlante o Ariosto? El papel del encantador que quiere retrasar el cumplimiento del destino y el del poeta que ora agrega personajes a la historia, ora los quita, ora los agrupa, ora los dispersa, se superponen hasta identificarse. El carrusel de las ilusiones es el palacio, es el poema, es el mundo entero.

El duelo por la espada Durindana

Cuando entre mahometanos y cristianos las operaciones militares se estancan, los ejércitos opuestos olvidan de buena gana la guerra, el desinterés caballeresco estampa su sello en cada acción y los campeones de Carlos y de Agramante rivalizan en intercambiarse gestos de cortesía. Pero en el campo cristiano, la contienda entre la casa de Chiaromonte y la casa de Maganza no conoce tregua. Lo cierto es que con los maganceses no hay modo de equivocarse; quien pertenece a esa familia es un mendaz y un traidor. Bien lo sabe Bradamante, que tenía una vieja cuenta pendiente con Pinabello, saldada por fin con la muerte del reo. Pero el malaventurado Zerbino, príncipe de Escocia, que por casualidad se encontraba junto al cadáver, es acusado de ser el asesino de Pinabello, y es condenado a muerte.

Por suerte pasa por ahí Orlando, de viaje con la última muchacha que ha debido salvar; Isabel, princesa de Galicia, caída en manos de una banda de salteadores mientras iba a reunirse con su enamorado, precisamente Zerbino de Escocia.

Nada sabe Orlando de esta circunstancia, sólo se entera de que va un caballero al patíbulo por voluntad de los maganceses y eso le basta para estar seguro de que es inocente. Con lo que no queda más que dejar hacer a Orlando.

—¡Desatad al caballero, canallas! —gritó Orlando a los de Maganza.

—¿Y éste qué quiere? —dijo el más diligente—. ¿Se creerá que somos de estopa? (XXIII, 58)

«Soltad al caballero, gente baja
(Grita Orlando), o a todos doy la muerte.»
«¿Quién es este que así nos corta y raja?
(Responde el que más alto allí se advierte);
Si fuéramos de estopas o de paja,
Y él de fuego, no hiciérase más fuerte.»
Y contra el Paladín de Francia parte.
Que del camino la mitad comparte.

Ciento veinte eran los maganceses; por lo menos ochenta fueron despedazados por la Durindana. Zerbino liberado abraza a Isabel y se prosterna ante su salvador.

En ese momento llega, amenazador, un caballero pagano.

Era Mandricardo de Tartaria que andaba buscando a dos personas por toda Francia; una era el caballero de la sobreveste negra, para vengar a Alzirdo y a Manilardo; la otra era Orlando, para vengar al propio padre Agricane y posesionarse de la espada Durindana, completando así su colección de armas que pertenecieran a

Héctor de Troya. Cuando se entera de que las dos personas que busca son una sola, y que a esa persona la tiene allí delante, no cabe en su pellejo de ganas de batirse en duelo. Dado que Durindana es el objeto de la disputa. Orlando, con un gran gesto de cortesía, renuncia a empuñar en el duelo la espada invencible y la cuelga de un árbol. (81)

»Y aunque la gozo en ley, por cortesía
Su posesión entre ambos se defienda;
No sea, pues, aquí tuya ni mía,
Y entretanto de un árbol se suspenda.
Tómala libremente, si este día
Me vences o das muerte en la contienda.»
Así diciendo, con lealtad galana
Cuelga de un verde mirto a Durindana.

Las lanzas se hacen añicos al primer encuentro; los caballeros quedan con sendos trozos de pértiga en la mano, como dos campesinos que se pelean por un derecho de riego o por el linde de un terreno. Arrojan también los palos y a puño limpio, sin desensillar, terminan por trenzarse en una lucha cuerpo a cuerpo. (83)

Preciso era que fuesen destrozados,
No cediendo al impulso los guerreros,
Y con los trozos vuelven denodados.
Que les quedan de media lanza entero;
Ellos, al fierro tanto acostumbrados,
Cual dos villanos en su encono fieros
Por el reparto de aguas en su tierra,
De dos palos armados, se hacen guerra.

Cada duelo de este poema tiene su particularidad; éste es el duelo de los jaeces mal sujetos.

Mandricardo atrapa a Orlando por el pecho y trata de arrancarlo de la silla, naturalmente, con las manos ocupadas, no puede seguir teniendo la brida. Orlando, astuto, pese a la mala situación en que se halla, consigue soltarse y se las arregla para dar un golpecito al cabestro del caballo adversario y hacer caer al suelo cabestro, brida y freno. Mientras tanto, por más que se mantenga pegado a la silla, termina siendo alzado en vilo por los brazos de hierro de Mandricardo, con montura y estribos. La cinta de la silla se desgarra, Orlando se desploma a los pies de su Brigliadoro, y en ese momento el caballo de Mandricardo, que ya no siente el freno en la boca, emprende una loca carrera. Orlando está en el suelo pero su adversario ha

desaparecido, sobre su caballo desbocado. (87-88)

Él, ciego, en no caer de los arzones
Todas sus fuerzas gasta, ¡que es mancilla!
Orlando inmoble está, que sus tendones
De acero son, y aprieta la rodilla;
Mas del Infiel cediendo a los tirones,
Se revientan las cinchas de la silla.
Cae, y sin que el estribo se destrabe,
Montado está en el suelo, y ni aún lo sabe.
Cual un saco que cae, de armas lleno,
Resuena el Conde cuando a tierra toca.
El caballo del otro, al cual el freno
Quitó Orlando con arte de la boca,
Sin distinguir camino ni terreno
Con ruidosa carrera se desboca;
Y aquí y allí, de espanto poseído,
Con él se lleva al Tártaro perdido.

Doralice, la princesa de Granada que había sido raptada por Mandricardo, corre detrás de su querido raptor que ha sido raptado por el caballo. El rey de Tartaria ha rodado en un foso. ¿Cómo podrá volver a combatir con un caballo sin freno? Doralice le ofrece los jaeces de su palafrén, pero Mandricardo no quiere aceptarlos. En ese momento llega a caballo una viejaza con un vestido de niña lleno de moños, y cintas. Es Gabrina, uno de los personajes más pérfidos que circule por esos lugares. Mandricardo quitará bridas y freno al caballo de Gabrina y lo azuzará para que escape en una enloquecida carrera, con la bruja a cuestas chillando como un macaco.

La locura de Orlando

El duelo entre Orlando y Mandricardo había quedado pendiente. Cuando el caballo del rey de Tartaria, desobedeciendo a su dueño se lo llevó en una carrera desenfrenada, Orlando se había quedado esperando un rato al pie del árbol del que colgaba la espada Durindana, objeto de la disputa.

Pero viendo que el adversario no volvía, Orlando se había vuelto a ceñir la espada invencible y había dejado dicho que merodearía por esos parajes durante tres días y tres noches. Si Mandricardo deseaba reanudar el duelo él estaba a su disposición. Así, hacía ya dos días que el paladín cabalgaba de aquí para allá. De Mandricardo, ni sombra.

Orlando paseaba a orillas de un riachuelo. Ve que los troncos de los árboles están cubiertos de inscripciones e incisiones. «Pero esta letra yo la conozco», piensa y, como hace quien se aburre, se pone distraídamente a descifrar las palabras. Lee; *Angélica*. ¡Es claro; es su firma! ¡Por allí había pasado Angélica!

Alrededor de la firma de Angélica, corazones flechados, nudos atados, palomas. ¿Angélica enamorada? ¿Y de quién puede ser? Orlando no lo duda; «¡Si se enamora no puede enamorarse sino de mí!»

Pero en esos corazones, en esos nudos, hay otro nombre junto al de Angélica, un nombre desconocido; Medoro. ¿Por qué escribió Angélica ese nombre? ¿Por qué escribió el nombre de alguien que nadie sabe quién es, de alguien que no existe? «Quizás —piensa Orlando—, en sus desvarios amorosos Angélica me ha dado el sobrenombre de Medoro, y escribe Medoro por todas partes porque no se atreve a escribir Orlando.» (XXIII, 102-4)

Examinando todo, ve infinitos
Letreros en las plantas de la riba;
Y en cuanto miró fijo los escritos,
Vio que eran de la mano de su diva;
Que estos son los lugares ya descritos,
Do con Meodoro tantas veces iba.
Desde la estancia del pastor, dichosa.
Del Catay la anhelada Reina hermosa.
De Angélica y Medoro en nudos ciento,
El uno y otro nombre ve enlazado.
Cada letra es un clavo del tormento
Con que amor le destroza despiadado.
Busca de modos mil su pensamiento

Cómo no crea lo que cree, ¡cuitado!;
Y se esfuerza en pensar que otra belleza,
Otra Angélica ha escrito en la corteza.
Y dice luego; «¿Mas no sé bastante
Su letra, yo que tantas cartas viera?
¿Fingir no puede ese Medoro amante
Como si así conmigo se entendiera?»
Con juicio de lo cierto tan distante,
Y, con engaño de sí mismo, espera,
Y hasta desea el malhadado Orlando,
Que se sabrá a sí propio ir engañando.

Entra en una gruta. Las paredes de roca están historiadas de graffiti y frases trazados con carbón o con tiza de colores o grabados con un cortaplumas. Todos en alfabeto árabe, desde luego. Orlando era experto en esa lengua, que muchas veces lo había sacado de apuros en sus expediciones más allá de las líneas enemigas. Lo escrito, por lo tanto, está claro para él; y sin embargo querría dudar de lo que lee. Con una caligrafía distinta de la de Angélica, dice; «Oh, estar aquí abrazado mañana y tarde con la princesa Angélica, oh, qué bueno». Firmado; «Medoro».

Orlando reflexiona; «Entonces si Medoro soy yo, y no soy yo quien escribió esto, debe de haber sido Angélica que, fantaseando que estaba aquí abrazada a mí, se puso a escribir estas cosas con caligrafía masculina para representarse lo que yo habría experimentado». La explicación era ingeniosa, pero no se sostenía. La hipótesis de que Medoro fuera su rival, Orlando ya no lograba descartarla. Un rival desafortunado, claro, que para desahogar su imaginación y para calumniar a la mujer que lo había rechazado agregaba su propio nombre en donde Angélica había firmado sus mensajes de amor para Orlando. De nuevo iba demasiado lejos; cualquiera que fuese la explicación escogida, en cierto momento el razonamiento de Orlando se negaba a seguir el camino más simple, y el llanto que ya le anudaba la garganta se detenía allí.

Orlando cabalga absorto; anochece; al fondo del valle ve el humo que sube de lo alto de un tejado; los perros ladran; responden el mugido de un rebaño. Allí abajo hay una dehesa de pastores. Maquinalmente Orlando se acerca, pide asilo por la noche.

Los pastores se desviven por recibir dignamente al paladín; uno le desatornilla la armadura para quitársela, otro le saca las espuelas, un tercero le lustra la coraza o le cuida el caballo. Orlando como un sonámbulo, les deja hacer; luego se acuesta y se queda con los ojos abiertos. ¿Será una alucinación? Aquellas frases escritas lo persiguen. Alrededor del lecho, en las paredes, hasta en el cielorraso, donde sea que pose la mirada las está viendo. Alza la mano para alejarlas; no, ahí siguen, toda la casa está cubierta de ellas.

—¿No puedes dormir, caballero? —y el pastor, que lo oye agitarse, se sienta a su cabecera—. Si quieres te cuento una historia, la más bonita que puedas imaginarte. Es

una historia verdadera. Imagínate que en esta pobre casa había venido a refugiarse una princesa de Oriente…

Orlando para la oreja.

—Y esta princesa había recogido en el campo de batalla a un pobre soldado herido, un chico rubio…

Y el pastor le cuenta a Orlando, que lo escucha aterrado, toda la historia de los amores de Angélica y Medoro, y de sus bodas.

—¡En la misma cama donde estás tendido, caballero, la princesa y el soldadito pasaron la noche de bodas!

Orlando pega un salto como si lo hubiera picado una avispa.

—¿No me crees, caballero? ¡Mira lo que la princesa nos ha regalado a nosotros, los pobres, al marchar al Catay con su esposo! —y le muestra una pulsera tachonada de gemas. Era la pulsera que Orlando había regalado a Angélica en prenda de amor —. ¡Eh, detente, caballero, adonde vas!

Orlando había saltado a su caballo y cabalgaba en la noche gritando.

Lloró tanto que se dijo; «Éstas ya no pueden ser lágrimas pues debo de haberlas derramado ya todas; lo que me sale de los ojos es la esencia vital que me está abandonando.»

Suspiró tanto que se dijo; «Estos no pueden ser suspiros, porque no cesan nunca; seguramente es mi corazón que se está quemando y exhala este viento como por la campana de una chimenea.»

Sufrió tanto que se dijo; «Éste ya no puedo ser yo porque Orlando está muerto, lo mató Angélica. Yo soy el fantasma de mí mismo que nunca más hallará la paz». (126-128)

«No son lágrimas éstas que hora envío
Por mis ojos al pecho en larga vena;
Que no dan desahogo al dolor mío,
Ni menos fin a mi insufrible pena;
Es el vital humor del fuego impío,
Que los ojos de líquidos me llena,
¡Ay! Ese vierto; y el dolor, la vida
Con él se irán, a la postrer partida.
»No es suspiro este indicio de tormento,
Que el suspiro su impulso desiguala
Dando tregua al dolor; y yo no siento
Que éste descanse, antes sin fin se exhala.
Amor, que me arde el pecho, hace ese viento.
Cuando alredor del fuego bate el ala.
¿Con qué milagro, Amor, así le tienes,
Que, sin que se consuma, lo mantienes?

»No soy ya el que parezco, no, de cierto,
Al que era Orlando ayer, la tierra hoy traga;
Que su dama ingratísima le ha muerto,
Tanto con serle infiel le ha sido aciaga.
Yo sólo soy su espíritu, que incierto,
En crudo infierno entre tormentos vaga;
Y si mi sombra existe, es porque sea
Ejemplo a quien de amor mentiras crea.»

Al alba se encontró en la gruta donde Medoro había grabado su confesión; a golpes de Durindana deshizo la roca en las aguas de la fuente, que se enturbió para siempre. Después se acostó en el pasto, desencajó los ojos mirando el cielo y durante tres días y tres noches permaneció inmóvil sin comer ni dormir. (130-132)

Rompió losa y escrito, y hasta el cielo
Saltó en pedazos mil la piedra impía.
¡Triste gruta! ¡Infeliz muro y señuelo
Do Angélica y Medoro se leía!
Todo yermo quedó; ¡ya en ese suelo
Ganado ni pastor pasará el día!
¡Ay! Ni la fuente que corrió tan pura.
De ese ciego rencor quedó segura.
Con troncos, piedras, césped arrancado,
No cesó de agitar la linfa clara;
Y tanto de alto a bajo la ha azotado,
Que, de vivo cristal, en charco para.
Cansado al fin, y de sudor bañado.
Cuando al furor la fuerza desampara,
Y al odio, y al encono, y a la ira,
Cae a tierra, y al cielo alto suspira.
Es ronco su anhelar; sobre la hierba,
Inmóvil mira al cielo allí tendido.
Sin dormir, sin comer, así se enerva;
Y tres veces el sol nublo ha salido.
No cesa de crecer su pena acerba;
Que al fin le quita el juicio y el sentido;
Y al cuarto día el frenesí ya estalla,
Y se arranca del cuerpo plancha y malla.

Al cuarto día se alzó, empezó a desvestirse y a arrojar trozos de armadura a los

cuatro vientos. Quedó desnudo y sin armas. Comenzó a descuajar un pino, después un roble, después un olmo. Desde ese momento la locura de Orlando empezó a crecer, a desatarse y arreciar y ensañarse por campos y poblados. (133-135)

Aquí el yelmo quedó, y allí el escudo,
Y sueltas piezas del arnés deshecho;
Y, en fin, todas las armas del membrudo,
Esparcidas se ven de trecho en trecho.
Rasgó sus ropas, y enseñó desnudo
El vientre híspido y recio, espalda y pecho;
Y su locura entró con rasgos tales,
Que otra igual no vio el mundo en sus anales.
A tanta saña, a tanta furia vino,
Que en él quedó ofuscado todo senso.
No la espada empuñar se le previno,
Con que asombros haría, a lo que pienso;
Mas ni aquella, ni alfanje diamantino.
Era preciso a su vigor inmenso;
Prueba hizo, sí, de fuerza omnipotente,
Que arrancó un alto pino fácilmente;
Y otro, y otro después, todos parejos.
Cual si fueran de eneldos o de pita,
Y encinas de alta copa, y olmos viejos,
Y de cedro y laurel copia infinita.
Cual pajarero armar sus aparejos.
Limpiando el campo, en torno facilita
De ortiga, y juncias y de hierbas varias,
Así hace aquel de plantas centenarias.

Fiordispina y Ricciardetto

Desbaratados los sortilegios del mago Atlante, Ruggiero y Bradamante se reúnen pero también esta vez por poco tiempo. Bradamente quisiera llevar en seguida a Ruggiero al castillo de Montalbano para que pida su mano y reciba el bautismo. Ruggiero está de acuerdo, pero aparece una damisela bañada en lágrimas implorando ayuda para un joven condenado a morir en la hoguera. Se le acusaba de haberse introducido, vestido de mujer, en la corte de una princesa de España, convirtiéndose en su secreto amante. Descubierto el engaño, debía ir al patíbulo. Al oír la noticia, Bradamante palideció como si sospechara que la historia de alguna manera tenía que ver con ella.

Los dos aceptan que la damisela los guíe; galopan rápido porque apenas concluida esta empresa, han de ir a Montalbano para no retardar más las bodas. Pero cada vez que nuestros héroes tienen prisa, se les cruza inevitablemente alguna complicación. Al pasar delante del castillo de Pontiero deben aceptar el desafío de cuatro caballeros. Allí Bradamente se va por un lado y Ruggiero por otro.

En cierto momento lo alcanza un mensajero; el rey Agramante se ve en dificultades y ordena a sus caballeros dispersos por el mundo que vuelvan cuanto antes en ayuda del campo sarraceno. Ruggiero está a punto de obedecer la llamada del deber, pero recuerda que se ha comprometido a salvar al joven condenado. Así que lo primero será salvar al condenado, después cumplirá con su deber de buen sarraceno y finalmente se convertirá al cristianismo y se casará con Bradamante. Cuando se lo sigue paso a paso, da la impresión de que Ruggiero fuese presa de constante incertidumbre, pero no es más que una impresión. Leal capitán, caballero andante, prometido, predestinado por los astros, futuro fundador de la casa de Este, Ruggiero es sobre todo un hombre que tiene mucho que hacer; sus compromisos se acumulan y sus programas para el futuro están siempre sobrecargados.

Ruggiero llega a la plaza en el momento mismo en que el condenado llega al patíbulo. El verdugo le quita la venda y Ruggiero con el corazón en la boca reconoce a su Bradamante. Bendita muchacha, habrá llegado antes que él y ya está metida en un lío. Ruggiero se abre paso entre la multitud, llega hasta los esbirros y los despanzurra.

La supuesta Bradamante, liberada, le dice;

—Gracias, caballero, dime tu nombre para que pueda guardarte eterno agradecimiento.

—¡Cómo! —exclama Ruggiero—. ¡Nosotros nos conocemos!

—¡La historia de siempre! —le responde ella—. Tú también me confundes con mi hermana. Soy Ricciardetto de Montalbano, hermano gemelo de Bradamante. (XXV, 22-23)

«Fácil que me hayáis visto ser podría
(Responde aquél); mas no sé dónde o cuándo;
Que aventuras también, en demasía,
Yo en años juveniles voy buscando.
Quizá habréis visto a cierta hermana mía,
Que armas ciñe, y es célebre lidiando.
Es mi gemela; y somos tan iguales,
Que nos cambian los ojos maternales.
»No el tercero seríais vos, ni el cuarto,
Que entre los dos pudiera equivocarse;
Ni hermanos, padres, ni aun la que de un parto
Nos dio al mundo, nos ven sin engañarse.
Este cabello, cuyo usar comparo
Con mi sexo, sirvió a diferenciarse,
Un tiempo en que la cara hermana mía
El pelo en largas trenzas recogía.»

Si Ruggiero tiene un aura de incertidumbre, Bradamante, que es la decisión personificada, emana una incertidumbre diferente; es una mujer vestida de hombre y quien la ve por primera vez la toma regularmente por un caballero. Con este hermano gemelo, la cosa se complica todavía más. Ricciardetto es un caballero a quien toman por una amazona, amazona que es tomada por un caballero. En la patética historia que Ricciardetto cuenta a Ruggiero, los límites entre los sexos están siempre a punto de borrarse. Y sin embargo, Bradamante es más mujer que nunca, pero es una mujer diferente de las de su mundo y de su tiempo, una mujer de una civilización de amazonas y los equívocos que se producen a su alrededor no la afectan, casi ni la rozan.

Fiordispina, hija del sarraceno Marsilio, rey de España, durante una cacería había visto a Bradamante durmiendo en un prado. En aquel momento la guerrera, para curarse de un lanzazo recibido en una batalla, se había hecho cortar la larga cabellera. Fiordispina la toma por un caballero y se enamora de ella. Cuando Bradamante le aclara el equívoco, la princesa se desespera. (35-36)

»Lamentábase así, que fácilmente
No se puede aquietar la desdichada,
Se arranca el pelo, hiérese la frente,
Y de sí contra sí se venga airada.
Sumo dolor, piedad extrema siente
Mi hermana, que a sufrir se ve obligada.
Quiere apartarla del deseo insano;
Y cuanto piensa y cuanto dice es vano.

»Ella, que ayuda busca y no conforto,
Más aumenta su queja lastimera.
El término del día era ya corto;
El sol rojeaba el Occidente, y era
Tiempo de retirarse, a quien el Orto
Nuevo aguardar al raso no quisiera,
Cuando invitó la dama a Bradamante
Al castillo en que mora no distante.

De todas maneras quiere alojarla en su castillo y para disipar cualquier duda en la corte, viste a la guerrera con ropas femeninas.

Esa noche Fiordispina no puede dormir; ruega al Dios de los sarracenos que con un milagro transforme a Bradamante en un hombre. Se duerme y sueña; le parece que el milagro se ha cumplido, pero en seguida se despierta y llora. (42-43)

»Y al salir juntas de su lecho ocioso,
El fuego Fiordispina cambia en nieve;
Que a Bradamante es ya partir forzoso,
Y salir del empacho quiere en breve.
La gentil dama un alazán brioso,
Como don de su amor, quiere que lleve.
Guarnecido de arreos soberanos,
Y una veste tejida por sus manos.
»La acompaña un espacio la ardorosa,
Y luego a su mansión vuelve llorando.
Mi hermana en tanto va tan presurosa.
Que el día en Montalbán la está alumbrando,
Sus hermanos, su madre cariñosa,
Todos vámosla en torno festejando;
Que no sabiendo nada de su suerte,
Duda y temor tuvimos de su muerte.»

A la mañana Bradamante no ve la hora de vestir nuevamente la armadura y de abandonar el castillo. Fiordispina la saluda tristemente y le regala una sobraveste bordada por sus propias manos y un caballito español.

En el castillo de Montalbano la madre y los hermanos de Bradamante empezaban a afligirse cuando la ven regresar. —Bradamante, ¿qué has hecho? ¿Y tus cabellos? ¿Y esa chaquetilla toda llena de perifollos?—. La guerrera empezó a contar.

El que escuchaba sin pestañear era su hermano Ricciardetto, que ya había tenido oportunidad de ver a Fiordispina en fiestas y misiones de embajada, y sabía que era

una hermosísima muchacha. En seguida urdió la maquinación. Chito chito, esa noche roba la armadura de su hermana, la sobraveste y el caballo y se pone en marcha hacia el castillo de Fiordispina. Al verlo, toda la corte se regocija.

—¡Ha vuelto! ¡Ha vuelto Bradamante!

Ricciardetto recibe los abrazos, los besos, las caricias de la princesa española, se siente más hombre que nunca, aun bajo las ropas femeninas que Fiordispina le ha hecho poner en seguida (54-56).

»Cuando entró ya la noche más entera,
Y una mesa opulenta se ha servido,
Donde abundó cuanto halagar pudiera,
Propio de la estación, vista y sentido,
No la dama esperó que la dijera
Por qué causa tan súbito he venido;
Que me invitó a su estancia y que a su lado
Descanso diera al cuerpo fatigado.
»Cuando dueñas y ancelas, con sencilla
Despedida dejaron franco el puesto,
Al fulgor de un blandón que ardiente brilla,
Libres del atavío ya molesto,
»Señora, si tornar me ves tan presto;
»Que estarías ya acaso imaginando
»No ver mi rostro hasta Dios sabe cuándo.
»Tendrás primero de la causa indicio
»De mi partida, y de mi vuelta ahora.
»Si prestar a tu ardor un beneficio
»Podido hubiera yo con mi demora,
»De vivir y morir en tu servicio
»No habría perdonado ni una hora;
»Mas cuando vi que sólo más dolencia
»Te ocasionaba, decreté mi ausencia.»

Apenas Ricciardetto, vestido con las ropas de Bradamante, se encuentra a solas con Fiordispina, le explica la razón de su rápido regreso. —Apenas salí de tu castillo, llena de tristeza por haber nacido mujer, oí un grito. Allí cerca, en un laguito, un fauno que pescaba con anzuelo, había sacado una ninfa y estaba por comérsela. De un mandoble maté al fauno; la ninfa saltó al agua y dijo que para recompensarme satisfaría cualquier deseo que yo tuviera. (60-62)

»No a su oferta la exijo, ni trofeo,

»Ni pueblos dominar, ni ganar tierra,
Ni esfuerzo tal, que en el marcial empleo
»Me saque vencedor de toda guerra.
»Sólo alcanzar le pido tu deseo
Por cuantos medios su saber encierra;
»Ni este modo mejor que aquél demando,
Que ella sabrá mejor irlo amañando.
Apenas mi demanda fuele expuesta,
La vi calarse al fondo apresurada,
Y de nuevo salir, y por respuesta,
Echarme una porción de agua encantada;
Y no bien en mi frente tocó de ésta
La milagrosa súbita rociada,
Sin poder cuenta de mi asombro darme,
De mujer en varón sentí cambiarme.»
»Como quien la esperanza ya ha perdido
De cosa que su espíritu enajena;
Que, al recuerdo del bien desparecido,
Más se irrita y más crece en él la pena;
Si la encuentra después, el mal vertido
Tiempo lamenta que sembró en arena,
Y del despecho continuado el uso
Le hace sí dudar, y está confuso.»

«Transformarme en hombre —exclamé—. La ninfa me roció con agua del laguito. Y ahora, ¡heme aquí de vuelta!» (64-65)

»Nuestro amor se mantuvo ocultamente,
Y un mes duró la vida placentera;
Mas aquel trato al fin se hizo patente,
Tanto, que la noticia hasta el Rey fuera.
Vos que me libertasteis de su gente,
Que en la plaza aprestábame la hoguera.
Si me queda veréis triste memoria
Del bien perdido, pues sabéis mi historia.»
Ricciardetto a Ruggier esto narraba,
Alivio dando a la nocturna vía.
Mientras hacia una loma caminaba
La gallarda pareja, y proseguía
Por estrecha cañada, que acababa
En riscoso breñal, de do se vía

El castillo llamado de Agriomonte,
Que guardaba Aldigier de Claramonte.

Fiordispina cree soñar, pero si era un sueño, ¡razón de más para soñarlo hasta el final! (66-68)

Este de Buevo hijo bastardo era,
Y de Malguigio y de Vivián hermano;
Quien de Gerardo dice que naciera.
Da testimonio temerario y vano.
Era, en fin, digno, de quien quier que fuera;
Prudente, liberal, cortés, humano;
Y día y noche los fraternos muros
Guardar sabía y conservar seguros.
Acogió el Aldigiero cortésmente.
Cual debía, a su primo Ricciardetto,
Porque hermano le llama, y juntamente
Porque le inspira el buen Ruggier respeto.
Mas no salió a su encuentro alegremente
Cual solía, y sí triste y absoluto.
Porque tuvo un aviso en aquel día,
Que el alma le inquietaba y afligía.
Y dijo a Ricciardetto; «Bien venido,
Hermano; mi tristeza hoy ocasiona,
Que por medio ciertísimo he sabido
Que el traidor Bertolagio de Bayona,
Y la infame Lanfusa, han convenido,
Que si ricos despojos él la dona,
Ella a nuestros hermanos en su mano
Le pondrá; tu Malguigio y tu Viviano.

A partir de ese momento, Ricciardetto empezó a vivir una doble vida en el castillo de Fiordispina. De día vestía ropas femeninas y respondía al nombre de Bradamante; de noche, convertido en Ricciardetto, volvía a la intimidad con la princesa. (69)

»Desde que Ferraú los prendió,
aquella Los ha tenido en soterráneo oscuro.
Hasta que ese contrato inicuo sella
Su perversa ambición de lucro impuro.
Mañana al Magancés los manda ella,

De Bayona al confín, a un alto muro,
Do llevarale él mismo la ganancia
De vender la mejor sangre de Francia.

Hasta ser descubierto y encarcelado, y hubiera muerto la hoguera si Ruggiero, confundiéndolo nuevamente con hermana, no lo hubiese liberado.

La discordia en el campo de Agramante

El rey Agramante está sitiado en sus cuarteles por los ejércitos de Carlomagno. ¿Cómo podrá resistir si sus mejores campeones se han dispersado por toda Francia? Envía mensajeros a buscarlos, ordenándoles que regresen cuanto antes. Pero no ha tenido en cuenta a la Discordia ni a su hermana, la Soberbia, que el Arcángel Miguel ha azuzado precisamente con la intención de sembrar cizaña en las filas sarracenas.

El primer motivo de disputa es Doralice, la prometida de Rodomonte raptada por Mandricardo. Cada vez que el rey de Tartaria quería algo, terminaba lográndolo, hasta se había adueñado de la Durindana, desechada por Orlando enloquecido. (Ya veremos cómo esta conquista le había costado la vida al buen Zerbino). Y he aquí que Rodomonte se le planta delante. La lucha entre el rey de Argelia y el rey de Tartaria consiste en una granizada de golpes de una violencia y una intensidad imaginables sólo entre esos dos campeones de la fuerza bruta; y sin embargo se desarrolla con una exactitud técnica perfecta, con los dos caballos frente a frente, caracoleando en un círculo de radio exiguo como si el área de combate tuvieran que pagarla a tanto el palmo.

Mandricardo recibe en la cabeza un mandoble asestado con las dos manos que le hace ver las estrellas, pero vuelve al asalto con la elasticidad de una ballesta y devuelve el golpe a Rodomonte, hasta que un sablazo decapita por error a su caballo. (XXIV. 100)

De ese par de Paganos, de invencible
Audacia, cual no vio jamás la gente,
Surgen golpes sin fin y estrago horrible,
Fruto a semilla tal correspondiente.
La tierra tiembla con el son terrible,
Y al chocar las espadas juntamente.
Suben chispas al cielo, y reverberan
Cual si miles de luces se encendieran.

Un mensajero del rey Agramante, que ha ido a ordenar a los dos contendientes que regresen al campo, no se anima a separarlos, no vaya a ser que pague él. Prefiere recurrir a Doralice, que es quien consigue que posterguen la contienda. Mandricardo, que se quedó sin cabalgadura, en un prado ve a Brigliadoro, el corcel de Orlando que, abandonado por su dueño loco, andaba mordisqueando la hierba por su cuenta. Monta en la silla y junto con su rival y la mujer disputada cabalgan hacia el campo de Agramante.

En el camino encuentran una mujer bella y robusta acompañada de cuatro caballeros cristianos. Mandricardo decide abatir a los caballeros, conquistar a la mujer y ofrecerla a Rodomonte a cambio de Doralice, para pagar así la deuda. Logra poner fuera de combate a los cuatro.

—Ahora estás en mis manos —le dice a la mujer.

—Eso lo veremos —le responde ella—. Has de saber que soy la guerrera Marfisa, y sé defenderme sola, con las armas en la mano.

Marfisa se pone la armadura, sube a la silla y cruza lanzas con Mandricardo; éste cree que liquidará el caso en un dos por tres, y se topa en cambio con lo que se dice un hueso duro de roer.

Pero Rodomonte, que hasta ese momento se mantuvo apartado como si la cosa no le incumbiera, pega un salto;

—¡Ah no, no vale! ¡Habíamos interrumpido nuestro duelo para acudir en auxilio de Agramante! ¡Si hemos de volver a batirnos, nuestro duelo ha de ser el primero que concluyamos!

—¿En auxilio de Agramante? —exclama Marfisa—. ¿Vosotros dos sois del ejército sarraceno? ¡Entonces somos compañeros de armas! ¡Vamos todos juntos a dar ayuda a nuestro rey!

Se ponen en marcha. Pero les sale al paso Ruggiero, que buscaba a Rodomonte, porque éste se había apoderado de su caballo Frontino. También Mandricardo tenía una cuenta pendiente con Ruggiero, acerca del derecho de llevar el águila blanca de Héctor de Troya como insignia. Nace un embrollo de reyertas difícil de desenmarañar. Es como cuando se inunda el valle del Po; se cierra un dique de contención y la creciente desborda por otros diez desagües. Los cuatro sarracenos comienzan a pelear entre ellos para decidir quién debe o no debe pelear con los demás. (XXVI, 111-113)

Cual labrador, cuando del riego cunde
Rebosando la linfa, la encamina
Presuroso a evitar que no le inunde
El sembrado y cosecha ya vecina,
Cierra esta vía, y esa, y se confunde,
Y si el agua aquí ataja, allí domina,
Y salta el leve dique, y, borbollante,
Caña, hierba y raíz lleva flotante,
Así, cuando a Ruggiero y Mandricardo,
Y al de Argel, quema la infernal zozobra,
Y quiere cada cual ser más gallardo,
Y el orgullo su ardor todo recobra,
Marfisa en aquietar y dar retardo
A sus furores pierde tiempo y obra¡

Que mientras ase al uno y le retira,
Los otros dos avanzan con más ira.
Y hacer queriendo a su deber recuerdo;
«Señores (les decía), no es sonrojo
Diferir esta lid; y es noble acuerdo
Librar al Rey del enemigo enojo;
Si en saciar persistís orgullo lerdo,
Yo también contra el Tártaro me arrojo;
Y he de probar si, como ha dicho, es bueno
Para ganarme en el marcial terreno.»

En la reyerta se mezclan también los cuatro caballeros cristianos que habían sido desarzonados por Rodomonte. Uno de ellos era un gran mago, Malagigi. Con un hechizo encabrita al caballito de Doralice, que sale disparado llevando en la grupa a la princesa de Granada. Al ver desaparecer el objeto de la disputa, el rey de Argel y el rey de Tartaria le corren detrás seguidos a su vez por Ruggiero y Marfisa. De ese modo se encaminan todos hacia el campo de Agramante.

Demasiado pronto creyó la Discordia que había cumplido su obra. Apenas se había alejado, frotándose las manos satisfecha, las reyertas entre sarracenos quedaban en suspenso y el caballo desbocado de Doralice llevaba a los campeones de regreso al cuartel general, permitiendo una gran victoria mahometana sobre el ejército de Carlos.

El Arcángel Miguel, frente a tal desastre, comprende que la Discordia no ha cumplido con su deber hasta el final. Vuela en su búsqueda y la encuentra en el convento de siempre, absorbida por la disputada elección de los dignatarios de la orden. El Arcángel Miguel la coge por los cabellos, la arroja al suelo a puñetazos y patadas, le rompe sobre las espaldas cuanto turíbulo y candelabro tiene a mano. La Discordia pide clemencia y promete no abandonar más el campo sarraceno.

En seguida se arremolinan en torno al rey Agramante los guerreros con sus querellas; Rodomonte tiene entre ceja y ceja a Mandricardo por culpa de Doralice; Mandricardo a Ruggiero, por las insignias troyanas; Ruggiero a Rodomonte, por Frontino; Marfisa a Mandricardo por querer usarla como moneda de cambio.

Agramante es un rey ordenado; hace escribir el nombre de las parejas de contendientes en igual número de billetes y tira a suerte el orden de los duelos. Luego manda preparar una pista reglamentaria de torneo, y convoca la justa en presencia de los soberanos y damas de los alrededores. Todo parece ajustarse a las normas previstas por los reglamentos, pero la Discordia sigue haciendo resoplar sus fuelles. Gradasso, que ayuda a Mandricardo a ponerse las armas, ve que en la espada dice «Durindana». Hacía tiempo que él se afanaba por apoderarse de la espada de Orlando; que ahora esté en manos de otro le cae mal, y lo desafía a duelo, perturbando el orden de las precedencias y desencadenando riñas suplementarias.

Mientras tanto Sacripante, que ayudaba a Rodomonte a montar su cabalgadura, reconoce el caballo Frontalatte, alias Frontino, que le había sido robado por Brunello. Surge otro litigio, más bien dos, porque contra Brunello también está Marfisa, que quiere vengarse.

Estamos en un mundo donde nunca se pierde nada pero donde nadie es jamás el único dueño de una cosa. En la confusión de la guerra, armas, caballos, arneses pasan continuamente de mano en mano, cada uno con su nombre y su historia y sus características inconfundibles, y va arrastrando una cola interminable de disputas. La Discordia puede lanzar por fin su grito de triunfo, un grito tan alto que hace temblar a toda París, enturbiar el Sena y retumbar la selva de las Ardenas. (XXVII, 99-100)

En tanto a la Discordia nada falta,
Pues ya acomodo y treguas teme poco.
De su victoria el gran placer la exalta,
Y el campo corre con deleite loco.
Con ella la Soberbia trisca y salta,
Echando leña en el ardiente foco;
Y tanto gritan, que el clamor maligno
Sube al cielo a Miguel, de triunfo en signo.
Tembló París y revolvióse el Sena
Al aullido tremendo que lanzaron;
Recorrió el eco hasta la selva Ardena,
Y las fieras su cueva abandonaron;
Retumbó hasta en los Alpes y el Gebena;
Rúan, Arles y Blois le escucharon;
Le oyó el Garona, el Son, Adur, el Reno
Y toda madre el hijo estrechó al seno.

Muerte de Zerbino e Isabel

Una desigualdad fundamental divide a los héroes de Ariosto. Unos están hechos de materia encantada, y cuantos más lanzazos y mandobles les llueven encima, más se templan, como si tanto hierro les hiciera bien a la salud; otros, no menos nobles ni menos valerosos, hechos de materia humana, reciben heridas que son heridas verdaderas, de las que pueden morir. Este linaje de héroes humanos resulta particularmente vulnerable a la ofensa no sólo de las armas sino también de las desventuras; breves son los momentos de felicidad y de paz que les tocan a ellos y a sus jadeantes enamoradas.

Zerbino es uno de éstos. Hace poco que se ha reunido con su Isabel, después de tantos obstáculos y vicisitudes que los habían separado, y ahora van siguiendo las huellas de Orlando, a quien ambos deben la libertad y la vida. Por signos y testimonios sueltos se enteran de que Orlando ha enloquecido, y van recogiendo sus armas sembradas a granel por los prados.

Pero Mandricardo, que buscaba a Orlando para proseguir el duelo interrumpido, no cree en la locura de su adversario; y se declara legítimo dueño de la espada Durindana. Zerbino desenvaina su espada en defensa de la de su amigo. Es herido. Isabel, unida a Doralice, logra que se interrumpa el enfrentamiento. (XXIV, 80-82)

Al oírle la mísera doncella,
Inclinando la frente lacrimosa,
Y su boca juntando con aquella
Del que ama tanto, lánguida cual rosa
Que por lograda en tiempo que no es de ella,
Empalidece entre maleza herbosa,
Le dice así; «No pienses, no, mi vida,
Que harás sin mí la postrimer partida.
»No sientas de mi estado los enojos;
Que he de ir contigo al cielo o al infierno
Juntos aquí estarán nuestros despojos;
Juntas las almas en el gremio eterno.
No bien te mire aquí cerrar los ojos,
Me dará muerte mi dolor interno;
Y si el dolor no puede muerte darme,
Podré con esta espada atravesarme.
»No creo que estos cuerpos desunidos
Habrían de tener jamás ventura;

Quizá vendrá quien, por piedad, unidos
Les dará en este sitio sepultura.»
Diciendo así, los últimos gemidos
De un aliento, que ya muy poco dura,
Con sus helados labios va sintiendo,
Y hasta el último soplo recogiendo.

La herida de Zerbino es de esas que hubieran hecho sonreír a Orlando, o a Ruggiero, o a Rodomonte, pero Zerbino está hecho de carne y hueso y venas humanas, y para él la guerra es riesgo de muerte, no juego. Ello no basta, sin embargo, para decir que personajes como Zerbino e Isabel sean más verdaderos que los gigantescos matasietes. Simplemente siguen otra lógica; son héroes de una historia lacrimosa, y en medio de las aventuras grotescas y truculentas abren, con su vida y su muerte, un espacio poético de dimensiones y sensibilidad diferentes; Zerbino herido, que yace junto a una fuente; su amorosa despedida de Isabel; y el llanto de ella sobre el cuerpo que se va enfriando. Isabel está por matarse cuando la salva un ermitaño, a quien sigue, llevando el cuerpo de Zerbino, hacia Provenza, en donde espera enterrar a su amado y encerrarse en un convento.

Y ahora la historia lacrimosa y la historia grotesca vuelven a reunirse; Isabel encuentra un prepotente que le sale al camino y la ultraja. Es Rodomonte; despechado contra las mujeres por la traición de su Doralice y contra Agramante porque no ha sabido hacerle justicia, el rey de Argel se ha retirado a la desembocadura del Ródano cerca de una pequeña iglesia abandonada. Decidido a disuadir a Isabel de que se haga monja, Rodomonte arroja al ermitaño al río y se arroja sobre la joven.

Pareciera que la historia grotesca está por triunfar sobre la historia lacrimosa; en cambio es Isabel la que vence. Vence haciéndose matar, obligando, mediante una estratagema, a que el guerrero tonto y brutal opte por una solución trágica alejada de sus intenciones. Isabel dice a Rodomonte que conoce el secreto de una poción de hierbas que da la invulnerabilidad, y prueba ella misma la poción, invitando a Rodomonte a que la decapite de un mandoble. Rodomonte le cree y la mata. Así, mediante lo grotesco, la historia lacrimosa vuelve a imponer su lógica y al desjuiciado Rodomonte no le queda más que llorar a la desventurada heroína y hacerse guardián de su tumba. (XXIX, 25-27)

Cual dijo se bañó; y el cuello erguido
Al incauto del Rey puso, desnudo;
Incauto, y aun del vino ya vencido,
Contra el que vanos son yelmo y escudo.
Y el bárbaro bestial, que lo ha creído.
Descarga tan feroz el yerro crudo,
Que de aquel tipo insigne de belleza

Hizo torso, segando la cabeza.
Dio tres saltos, y voz oyóse clara
Que pronunciaba el nombre de ¡Zerbino!
Por quien ella la vía encontró rara
De escapar al baldón del Argelino.
¡Alma, que en más tuviste la fe cara,
Y el hoy ignoto nombre peregrino.
De castidad, que no tu edad tan verde,
No la tierra tu santo ejemplo pierde!
¡Vete en paz, alma pura, casta y bella!
¡A Dios pluguiera que esta vez mi canto
Tuviese el dulce son, la gracia aquella
Que al sentido decir adorna tanto;
Porque mil y mil años, como estrella,
Brillase en nuestra edad tu nombre santo!
¡Sube al cielo, y ejemplo sin segundo,
Do aprendan las demás, deje en el mundo!

Rodomonte, Orlando loco, Angélica

Rodomonte es un coloso de alma sensible. No tiene miedo de nadie en el mundo, su fuerza y petulancia lo vuelven invencible, pero las mujeres se burlan de él, y su mortificación no tiene límites. Doralice, que prefiere a Mandricardo, le ha abierto una incurable herida en el corazón; e Isabel, que lo engaña para hacerse matar, sacude tanto su escala de valores que desde ese momento su vida queda dedicada a un deber absurdo y sublime; honrar la tumba de la joven que tan neciamente ha asesinado.

A orillas de un río profundo construye un mausoleo, del otro lado de un estrecho puente. Se batirá contra todo caballero que quiera atravesar el puente, lo vencerá y colgará sus armas en la tumba de Isabel. (XXIX, 39)

Del que era de su ley, el Argelino
Con las armas no más se contentaba,
Y, sobrepuesto el nombre del mezquino,
Del recinto en los muros las colgaba;
Mas al que de la Cruz adora el sino,
Guarda preso, si a Argel no le mandaba.
Aún no era todo terminado, cuando
Allí vino parar el loco Orlando.

Un día se presenta en el puente, no un guerrero a caballo sino un hombre desnudo, desgreñado, poseso. Es Orlando. Ese campeón de todas las virtudes, trastornado ahora por la más negra de las locuras, se encuentra cara a cara con el campeón de todas las arrogancias, exaltado ahora por las ansias de lo sublime. Una cualidad les ha quedado intacta a ambos; la fuerza. Se trenzan en el puente y los dos caen al agua; a Rodomonte, cargado con su armadura, le cuesta mantenerse a flote; Orlando, desnudo, nada hasta la orilla y reanuda su camino como si no se hubiera percatado de nada. (47-48)

El Conde que, vagando peregrino
Tiene el ingenio, y sólo fuerza brava
Usa, esa fuerza que el asombro vino
Del mundo a ser, que igual no la contaba.
Del puente se dejó caer supino,
Abrazado al Pagano como estaba.
Caen juntos del río a lo más hondo;
Salta el agua; retiembla el mismo fondo.

La corriente rompió sus fuertes lazos.
Desnudo Orlando está; como un pez nada;
De aquí los pies, de allí mueve los brazos;
Llega a la orilla; sigue a la estacada,
Y salta, y corre, y no le da embarazos
Que juzguen bien o mal de su escapada.
Mas el Pagano, armado, en esa brega,
Tarde y con gran trabajo al margen llega.

La vida de Orlando ya no es sino una sucesión de fragmentarias sensaciones, sin un hilo que las una. Si estuviese solo se perdería en el caos de la naturaleza bruta. Pero su ausencia del campo de Carlomagno no es un hecho que pueda pasar desapercibido. Ya se difunde la alarma por su desaparición y, antes que nadie, su fiel amigo Brandimarte se lanza tras él. La fidelidad llama a la fidelidad; en busca de Brandimarte parte a su vez su amada esposa, Flor de Lis, como presa de un triste presentimiento. Flor de Lis es precisamente la inquieta figura femenina que cada tanto aparece en las huellas del loco. Es ella la única que, habiéndolo visto enloquecer, puede garantizar que el irreconocible cuerpo presa de impulsos insensatos es el mismo en el que se alojaba en otro tiempo el juicio de Orlando.

El loco va zigzagueando por ríos y selvas, del Ródano a los Pirineos, y si se le cruza un asno en el camino lo lanza al aire remolineándolo por una pata, y si atrapa a un leñador lo desgarra en dos como si fuera de papel. Al llegar a la playa de Tarragona excava una madriguera en la arena para protegerse del sol y mete la cabeza dentro, como un avestruz.

Una bella mujer ricamente vestida se acercaba al trote por la orilla del mar. Su caballo, una potrilla, tropieza con el hombre desnudo y horrendo que salta de la arena. El caballo se encabrita. ¡La bella amazona da un grito! Ya está, el encuentro que esperábamos desde el comienzo del poema se ha producido. Orlando se halla frente a Angélica.

Es el momento fatal, pero los protagonistas no se dan cuenta. No se reconocen. ¿Y cómo podría Angélica reconocer en ese energúmeno de piel negra, en esa cara de calavera, en esa barba y esa melena llenas de hojas secas y algas marinas, al capitán de la armadura esplendorosa que Orlando siempre ha sido para ella? Y en cuanto a Orlando, la aparición de Angélica sólo es un columbrar de colores en movimiento, seductor, sí, pero como un reflejo del sol en un arroyo o el desplegarse de la cola de un pavo real. (59-61)

Iba a pasar, pues nada le previene
Que fuese Orlando aquel, su antiguo amante;
Tal, desde entonces su furor le tiene,
A sombra y sol desnudo caminante.

Aunque naciera en la árida Sirene,
O donde a Amón da culto el Garamante,
O do el Nilo, al crecer, a Egipto alegra,
No pudiera tener la piel más negra.
Con el oso su aguda faz confronta;
Sus ojos, como en cueva están profunda;
Híspido pelo la cerviz remonta,
Y espesa y fosca barba el pecho inunda.
No bien ella le observa, vuelve pronta,
De la visión temblando, furibunda;
Gritos al aire desolada envía,
Y socorro y favor pide a su guía.
En cuanto Orlando en ella ha reparado,
A fin de detenerla, en pie se ha erguido,
Y tal le place el rostro delicado,
Que de pronto su antojo le ha venido,
De tanto en su servicio haber pasado,
Todo recuerdo en él era extinguido,
Y echa a correr detrás, de la manera
Que corre el can al perseguir la fiera.

Medoro, que seguía a Angélica de cerca, al ver al salvaje que persigue a su esposa, espolea el caballo contra éste tratando de pisotearlo y derribarlo a golpes de espada. Pero loco. Orlando tenía la piel aún más dura que cuando era cuerdo. Se vuelve como quien siente que le tocan el hombro con dos dedos, y al girar da un puñetazo en el hocico del caballo de Medoro; el caballo cae como si tuviera el espinazo de vidrio.

Angélica corre por la playa perseguida por el loco, ella montada en la potrilla, él a pie pero con su paso de caballo. Orlando pega un salto, está por aferrar la potrilla por la cola; Angélica se acuerda en ese momento del anillo mágico que lleva puesto, se lo mete bajo la lengua y se vuelve invisible.

Un momento antes de que la princesa del Catay desaparezca definitivamente de nuestra vista, la potrilla, retenida por la cola, tropieza. Angélica vuela de la silla y termina patas arriba en el arenal. Es ésta la última imagen que nos queda de la irresistible seductora. (63-65)

Cuando Orlando el granizo que en él llueve
Llega a sentir, el puño aprieta cierto,
Y con la fuerza que pensar se debe,
Al caballo, que el moro rige experto,
Da en la cabeza, y como a vidrio leve

Se la rompe, y al bruto deja muerto;
Y tras de la beldad que va delante
Otra vez a correr se echa al instante.
La dama, porque el ímpetu no pierda,
A la yegua el ijar toca y retoca,
Que en tal aprieto aún le parece lerda,
Aunque sale cual flecha de la coca.
Del anillo que lleva aquí se acuerda,
Para salvarse, y mételo en la boca;
Y con su usado oficio la tumbaga,
Como el soplo a la luz, su vista apaga.
O fuese el miedo, o bien que apresuróse
Al sacar el anillo y escondello,
O que veloz la yegua revolvióse
(Que no puedo afirmar esto ni aquello).
En el instante que en su boca hundióse
La sortija, celando el rostro bello,
Pierde el arzón, los pies van por el aire,
Y a la arena va a dar con gran donaire.

Orlando ha cogido a la potrilla por la cola; para él potrilla o princesa son ahora la misma cosa. La monta de un salto y galopa por las playas de España; tanto la hace correr y ayunar y precipitarse en hondonadas que termina matándola. Pero no la abandona; sigue arrastrando tras de sí la carroña por las riendas, diciéndole; «¡Anda, camina!»

En la ciega locura de Orlando asoma algo como una obstinación de venganza contra la mujer que lo ha conducido a ese estado. ¿O será una oleada de rencor de Ariosto hacia el sexo débil? El poeta se da cuenta en seguida y se disculpa con las amigas; sus ataques de misoginia siempre son pasajeros. Desvanecida Angélica, terminado el maltrato de la potrilla expiatoria, Orlando obliga a un pastor a que le entregue su rocín a cambio de la carroña, cabalga hasta Málaga y hace estragos; luego se abisma al galope en el estrecho de Gibraltar y nada hasta emerger en la costa de Marruecos. (XXX, 15)

Mas la fortuna, que a los locos cuida,
Llevóle junto a Ceuta, a una valeta
Que en la riscosa playa está metida.
De la plaza a dos tiros de saeta.
Por la costa algún tiempo fue su vida,
Que el hambre a veces con rigor aprieta;
Hasta que halló, en su curso por el lito,

De negra gente ejército infinito.

Magnanimidad de Bradamante

Bradamante sale del castillo de Montalbano con el corazón atenazado por los celos; Ruggiero, que debía venir a pedir su mano, no llega, y rumores insistentes aseguran que le han visto junto a la hermosa y fiera Marfisa.

Montada en Rabicano, el velocísimo corcel que le había confiado su primo Astolfo, armada de la lanza de oro perteneciente también al duque inglés, Bradamante recorre las rutas de Alvernia.

En el camino se topa con un cortejo encabezado por una mujer de apariencia principesca y por tres caballeros; son el rey de Suecia, el rey de Noruega y el rey de Dinamarca que escoltan a Ullania, embajadora de la reina de Islandia. La soberana islandesa, mujer nada fácil, había decidido que sólo concedería su mano al mejor caballero de la cristiandad; por eso enviaba a su damisela Ullania al campamento del emperador Carlos, con un rico escudo que sería el galardón del torneo. El vencedor se presentaría con el escudo a la corte de Islandia y desposaría a la reina. Los tres reyes escandinavos eran pretendientes rechazados a quienes no les quedaba otra esperanza que probar suerte en el torneo. (XXXII, 52)

»Unos llámanla así, y otros Islandia;
Y la gran Reina de la isla esa.
De beldad tan suprema y veneranda,
Que otra igual a mujer no fue concesa.
El escudo que veis a Carlos manda;
Si bien con pacto y condición expresa,
Que al mejor Caballero se lo entregue
Que en el mundo, a su juicio, a encontrar llegue.

Aún no ha terminado el día cuando Bradamante escucha otra historia complicada; en el castillo llamado la fortaleza de Tristán impera una extraña ley en virtud de la cual el caballero que en él quiera pernoctar, deberá vencer con las armas al huésped que le ha precedido, o a los huéspedes, si son varios; pero no porque los venza y consiga entrar es seguro que la paz vaya a durarle mucho; basta que llame a la puerta otro, para que tenga que batirse de nuevo y correr el riesgo de verse expulsado a mandobles. Para las mujeres, en cambio, hay un concurso de belleza; sólo la más hermosa será recibida, y la más fea quedará afuera.

«No saben qué inventar —piensa Bradamante—. La caballería se pone cada vez más bizantina.» Está dispuesta a seguir de largo, pero ha refrescado y amenaza lluvia; y en cuatro o cinco leguas no hay otro castillo ni posada. (XXXII, 69)

Aunque es fuerte el corcel, la dama hermosa
No le quiere apretar, ni dar quebranto,
Porque la vía está blanda y fangosa,
De la nueva estación, pluviosa un tanto;
Y no llega hasta haber la noche umbrosa
Cubierto el mundo con su negro manto.
Cerrada halló la puerta, y a su guarda
Le gritó que alojarse dentro aguarda.

La guerrera llama a la puerta de la fortaleza de Tristán y anuncia que está dispuesta a batirse con quien sea, con tal de que vayan de prisa. Es evidente que de la regla del castillo sólo ha retenido lo que se refiere a los caballeros, porque por tal se tiene, y no se equivoca.

¿Quiénes eran los huéspedes del castillo? La embajadora de Islandia con su cortejo. Los tres reyes se habían arrimado a la chimenea donde se asaban unos pollos y la idea de salir al exterior les caía muy mal. (71)

Parte el custodio, y lleva la embajada
A do se están los nobles regodeando;
La cual no ciertamente les agrada.
Que la noche es cruel y está nevando.
Se alzan con todo en guisa destemplada,
Y rehacios las armas van tomando.
Quedan unos, y van otros delante
Do los llama la altiva Bradamante.

En el puente levadizo se detuvieron; una llovizna muy tupida estaba cayendo sobre los prados. A los tres, que habían llegado hasta allí pensando en el dulce cielo de Francia, les parecía que se habían traído consigo el aire húmedo del Báltico. Pero quizás el mal tiempo les ayudara en la pelea; con esta idea reconfortante, avanzaron. Antes de cruzar lanzas con Bradamante, el rey de Suecia se encontró sentado en el lodazal. Desde las ventanas iluminadas, el castellano con sus gentes y la bella Ullania veían cuatro sombras que se batían bajo la lluvia, montados en caballos empapados. La guerrera venció a los tres. (73)

Pocos, como ya os dije, eran mejores,
Mas de esos pocos la guerrera es una;
Que no entiende de pasarse los rigores
Del temporal allí, lasa y ayuna.
Ventanas los de dentro y corredores,

Por ver la lid ocupan, a la luna.
Que espacio a veces de los cielos toma,
Y entre las nubes y la lluvia asoma.

Bradamante no ve la hora de sentarse a la mesa para irse después a dormir, pero primero tiene que escuchar la historia del castillo y del antiguo origen de su insólita regla de hospitalidad. El caballero Tristán había castigado al celoso señor de la fortaleza, Clodión, por haberle negado el asilo. Tristán se había batido contra él y contra diez de sus bravucones; vencedor, había dormido en el castillo con la mujer de Clodión, que había quedado afuera con una compañera menos complaciente. Naturalmente, Tristán, fiel a su Isolda, no había tocado a la castellana; sólo había querido dar una lección al inhospitalario dueño de la casa. Clodión instituyó entonces la regla que debían observar sus sucesores.

Bradamante escucha con una sola oreja. En cierto momento el castellano se golpea la frente con la mano.

—¡Pero aquí hay dos mujeres! ¿Cómo hacer? ¡Hay que decidir cuál es la más bella y expulsar a la otra! (97)

Siéntanse, y antes de que el néctar ande,
De pronto el Castellano se conmueve;
Que es alojar dos damas error grande;
Pues sólo la más bella estarse debe,
Y a la otra es forzoso se la mande
A sufrir en el campo lluvia y nieve,
Porque juntas entrambas no han venido,
Y la funesta ley las ha cogido.

Tanto la guerrera como la islandesa eran bellas. Se formó un jurado con gente del lugar. El veredicto es claro; la más bella es Bradamante. Ullania debe salir a la lluvia, a reunirse con los tres reyes desarzonados.

Pero Bradamante dará prueba de tanta grandeza de ánimo como de habilidad dialéctica. —Yo he entrado aquí como caballero, no como mujer, y como caballero me quedo, sin menoscabo de los derechos de esta señora. Pongamos que yo hubiese perdido el concurso de belleza, ¿cómo hubiera podido ella expulsarme a mí, que me gané con las armas el derecho de asilo? (101-103)

Como se ve de pronto nube oscura
Desde el húmido val subir al cielo,
Que la faz, que primero era tan pura,
Cubre del sol con tenebroso velo.

Así a la dama, a la sentencia dura
Que la envía al rigor del aire y hielo,
Mudar se la ve el rostro; y no es ya aquella
Que antes lucía tan jocunda y bella.
Y ahora se torna pálida y adusta,
Viendo a qué dura pena se la lleve.
Mas Bradamante, con razón robusta,
Porque la dama a compasión la mueve,
Exclamó; «Pues no tengo yo por justa,
Ni creo que sentencia darse debe,
Si primero no se oye lo que alega
El acusado, y lo que afirma o niega;
»Yo que su parte defender espero,
Digo que sea, o no, más grata o bella,
No vine aquí como mujer, ni quiero
Ganarme glorias de gentil doncella.
¿Ni quien dirá, no viendo el cuerpo entero,
Si soy, o si no soy del sexo de ella?
¿Y lo que no se sabe es bien decirse,
Mucho más, cuando a otro ha de afligirse?
»De muchos hombres sé que aventajarme
Pueden por largo pelo, de este modo
Y que, cual paladín, supe ganarme,
Sabéis, la posesión de este acomodo.
¿Por qué, pues, de mujer queréis tratarme,
Si son mis actos de varón en todo?
Luchar, dama con dama la ley pide,
Y aquí con un guerrero se la mide.»

La embajadora de Islandia se siente revivir como una flor sedienta bajo las gotas de la lluvia. Y el fondo lluvioso que ha dominado todo el episodio, tal vez evocado por la llegada de esos personajes y por la nórdica sombra de Tristán, envuelve con su velo la melancolía de Bradamante.

Astolfo en la Luna

En el corazón de África, no lejos de las inalcanzables fuentes del Nilo, hay una ciudad toda de oro, Nubia, capital del legendario reino cristiano de Etiopía donde el viajero jamás puede poner el pie, porque está circundado por feroces pueblos paganos. El rey de Etiopía es Senapo, también llamado Pretejanni, el soberano más rico del mundo, y el más infeliz. Por haber osado marchar a la conquista del Paraíso Terrestre con su ejército montado en camellos y elefantes, Senapo ha sido privado, por maldición divina, de la vista y es perseguido por las Arpías. No puede llevarse alimento a la boca sin que estos pajarracos caigan del cielo y vuelquen y arrebaten los manjares con uñas y dientes, y embadurnen los restos con hediondas porquerías. La maldición durará —dice una profecía— hasta que llegue a Nubia un caballero volando sobre un corcel alado.

Así fue cómo, el día en que apareció en el cielo de Etiopía Astolfo cabalgando el Hipogrifo lo recibieron como un ángel del cielo.

—No soy un ángel ni un santo —dijo Astolfo—, pero estoy dispuesto a hacer lo que pueda.

Es sabido que nadie tiene más desenvoltura que Astolfo en el manejo de objetos mágicos y seres sobrenaturales. Y es inevitable que, de tanto pasar de mano en mano, cada cosa termine por hallar la persona más adecuada para poseerla. Así, el Hipogrifo y el cuerpo mágico habían quedado en manos de Astolfo, que se servía de ellos para viajar incólume a través del África impracticable y encantada, buscando aliados para la santa causa de Carlomagno.

Persuadido de que con la llegada del caballo volador las Arpías no volverían a aparecer, el rey Senapo ordena preparar un banquete como Dios manda, en honor del huésped. Aún no se habían llevado a la boca la primera cucharada de sopa cuando se oye un «Coac, coac…». Los convidados alzan la cabeza. En el respaldo de cada silla se había posado un pajarraco con cara de Arpía. Con improviso estrépito todas las Arpías abrieron las alas y se arrojaron sobre la comida, despedazándola y embadurnándola.

Astolfo corre a desatar el Hipogrifo y alza el vuelo. En seguida el cielo se volvió un revoltijo de plumas, negro y sucio plumazón de rapaces, y plumillas candidas que caían del caballo alado. Astolfo asestaba la espada contra aquellos vientres hinchados, contra las garras curvas que todavía aferraban jamones y polvorones. Pero el aire que desplazaban los mandobles ayudaba a las Arpías. Abajo, en tierra, se veía al rey Senapo pequeñito pequeñito que se arrancaba de la cabeza los cabellos y la suciedad de pájaro; ni siquiera el caballo alado podía nada contra su maldición.

En ese momento Astolfo se acuerda del cuerno mágico que tiene colgado al cuello. Lo lleva a los labios y sopla; al oír el tremendo sonido los pájaros vuelven la

cola y huyen a ala batiente. Astolfo, detrás, soplando hasta perder el aliento.

En el horizonte se perfila una inmensa montaña en cuya cima escondida entre las nubes están las fuentes del Nilo y el Paraíso Terrestre de Adán y Eva. Al pie de la montaña se abre una gruta que lleva a las vísceras de la tierra. Es la boca del Infierno. Allí dentro se refugian las Arpías.

Astolfo se interna entre humo de pez y en seguida se topa con dos pies femeninos que cuelgan a media altura. En el umbral del Infierno está la sombra de una mujer ahorcada, Lidia, hija del rey de Lidia, condenada por su ingratitud hacia quien la amaba.

De todos los peregrinos que alguna vez bajaron vivos a Ultratumba, Astolfo es el menos propenso a profundizar investigaciones. Mientras se trate de constatar que en las puertas del Infierno están los amantes ingratos y fatuos y fementidos, el tema es de su competencia; escucha la confesión de Lidia, hija del rey de Lidia, pero más allá no se aventura. Se apresura a salir y a tapiar la boca del Infierno con piedras y troncos de árbol; para que las Arpías queden encerradas, sin duda, pero quizás también con la secreta intención de no dejar que nadie más entre.

Después de quitarse el hollín infernal, Astolfo vuelve a montar su cabalgadura. El Hipogrifo vuela más allá de las nubes, más allá de la esfera terrestre, y llega a la cima de la montaña, que se alza en el cielo de la Luna. En el umbral del Paraíso Terrestre Astolfo es recibido por un santo poeta, Juan Evangelista. Con tranquila cortesía pero sin rodeos, Juan le dice a Astolfo que si cree haber subido hasta allí por algún mérito especial suyo, se equivoca de medio a medio; que sepa que sólo es un instrumento de la voluntad divina para auxiliar al Emperador Carlos y a su ejército. La situación se plantea en los siguientes términos; Orlando, que había obtenido de Dios fuerza e invulnerabilidad para usarlas en defensa de la santa fe, se ha pervertido, enamorándose de una frívola pagana. Dios lo ha castigado quitándole el juicio, como hiciera con Nabucodonosor, pero sólo por tres meses. Cumplidos los tres meses Astolfo ha sido llamado precisamente para que venga a recoger el juicio de Orlando.

En el universo jamás se pierde nada. Las cosas que se pierden en la Tierra, ¿dónde van a parar? A la Luna. En sus blancos valles se encuentran la fama que no resiste al tiempo, las plegarias de mala fe, las lágrimas y los suspiros de los amantes, el tiempo perdido por los jugadores. Y allí, en unas ampollas selladas, se conserva el juicio de quien ha perdido el juicio, del todo o en parte. (XXXIV, 75)

Lloro, suspiros férvidos de amantes;
Las horas que en los vicios se enajenan;
El tiempo inútil de hombres ignorantes;
Locos designios que la mente apenan,
Y los vanos deseos pululantes,
La mayor parte de aquel sitio llenan;
En suma, todo cuanto aquí perdimos,

Lo podremos hallar, si allá subimos.

Esa noche la Luna pasaba muy cerca de la montaña. Astolfo y San Juan Evangelista, subidos al carro de Elias, ven cómo se va haciendo enorme el cuerno lunar y, allí abajo, la Tierra que se achica convirtiéndose en una bolita. Para distinguir continentes y océanos Astolfo debe aguzar la mirada. (70-72)

Cruzan de esa región todos los senos,
Y de allí van al reino de la luna,
Y ven que gran porción de sus terrenos
Como de acero son, sin tacha alguna;
Y le hallan casi igual, o poco menos,
Y con todo lo que este mundo aduna,
Contando dentro del y en su contorno
El vasto mar que le circunda en torno.
Aquí maravillado al Duque deja
Ver cuan grande es el reino de que hablamos,
Cuando a una rodajilla se asemeja
A los que desde el mundo le miramos;
Y que aguzar la vista, arquear la ceja
Le es bien, si quiere el suelo que habitamos
Distinguir de la mar; que mal informa.
Sin luz propia, este cuerpo de su forma.
Otros ríos y lagos y campañas,
Distintos de los nuestros, y heredades
Hay allí, y otros valles y montañas,
Y castillos, y pueblos y ciudades,
Con casas tan magníficas y extrañas.
Cual no vieron jamás nuestras edades;
Y se ven grandes, solitarias selvas,
Do corren ninfas mil cazando belvas.

Pasan la esfera de fuego sin quemarse, entran en la esfera de la Luna, de acero inmaculado. La Luna es un mundo grande como el nuestro, con mares y todo. Hay ríos, lagos, llanuras, ciudades, castillos, como entre nosotros; y sin embargo, diferentes de los nuestros. Tierra y Luna, tal como intercambian dimensiones e imágenes, también invierten sus funciones; vista de aquí arriba, es la Tierra la que puede decirse el mundo de la Luna; si la razón de los hombres se conserva aquí arriba, quiere decir que en la Tierra no queda sino la locura. (XXXIV, 83-84)

Era como un licor que espeso ha sido,
Y se exhala veloz, si no es bien cluso,
Que está en unas redomas recogido,
Grandes o chicas, y aptas a aquel uso.
En la mayor de todas, el sentido
Del buen Señor de Anglante estaba infuso;
Y el inglés Duque la distingue, cuando
En ella escrito ve; Juicio de Orlando.
Y así en todas el nombre se leía
De quien el juicio contenido era.
Gran cantidad del suyo el Duque vía;
Mas lo que causa en él sorpresa entera,
Es que de muchos de quien él creía
No faltarles ni un dracma de sesera,
Que les faltaba asaz vio claramente,
Pues de ella había allí porción ingente.

Es natural que el depósito donde se conservan las razones perdidas sea un lugar muy ordenado. Cada ampolla lleva un rótulo con un nombre. Astolfo ve con maravilla que allí arriba, a la Luna, ha ido a parar la razón de muchas personas que en la Tierra gozan de gran predicamento. Al recorrer los nombres de las ampollas (probablemente en orden alfabético), Astolfo descubre también el suyo. San Juan le da permiso para que, inhalando profundamente, recupere la cantidad de razón que le baste para hacer otras locuras.

¡Y entonces aparece el rótulo «Juicio de Orlando»! Astolfo toma la ampolla, que es más grande y pesada que las otras; ahora no tiene más que llevarla a su legítimo propietario y, quieras que no, verterle el contenido por la nariz.

Bradamante y Marfisa

Que Bradamante y Ruggiero se aman es indudable, que están predestinados a casarse es seguro. Pero también es cierto que hasta ahora mucho tiempo de estar juntos no han tenido. Cada vez que se reencuentran, salvando cien peripecias, siempre sucede algo por lo que deben volver a separarse; o recogen un desafío que no se puede no aceptar, o el rey Agramante, en un mal trance, ordena a sus caballeros dispersos por el mundo que acorran al campo sarraceno, en peligro. ¿Cómo hará Ruggiero, que prometió a su Bradamante reunirse con ella lo antes posible para hacerse cristiano y pedir su mano al padre, el duque Amone de Montalbano?

Ruggiero no ve la hora de convertirse al cristianismo y casarse, pero primero quiere tener la conciencia tranquila como militar mahometano, si no podría parecer que cambia de religión para sustraerse a su deber. Escribe una carta a Bradamante explicándole el caso, y parte al campo sarraceno. Allí se encuentra con que la discordia se encarniza con los más ilustres compañeros de armas, y él mismo se ve envuelto en esas luchas intestinas; en particular tiene un duelo tan violento con Mandricardo que parece que ambos perderán la vida. Pero sólo será el rey de los Tártaros quien muera; Ruggiero se salva, si bien por un tiempo quedará maltrecho. Mientras tanto Bradamante lo espera en el castillo de Montalbano.

Si se lo sigue paso a paso, se tiene la impresión de que Ruggiero es presa de una incertidumbre permanente, pero es sólo una impresión. Capitán leal, caballero errante, prometido, predestinado por los astros, futuro fundador de la estirpe de los Estenses, Ruggiero es sobre todo un hombre con mucho que hacer; sus compromisos se acumulan y su agenda siempre está recargada.

Bradamante sabe lo que son los imprevistos de la vida militar, y aunque tiembla de impaciencia no perdería la fe en Ruggiero por un retraso, aunque fuera prolongado. Lo malo es que las noticias que llegan cada tanto, traídas por caballeros de paso, siempre indican la presencia, al flanco de Ruggiero, de otra guerrera, la sarracena Marfisa. Con Marfisa Ruggiero ha partido hacia el campo, con ella ha combatido, fue ella quien le curó las heridas de Mandricardo. Las habladurías de los campamentos corren muy rápido por toda Francia y no tardan en abrir una brecha en el corazón de Bradamante, desgarrándola de celos y de rabia. ¡Traicionarla, y por si fuera poco con una guerrera como ella, con su emula y adversaria más directa! De la rabia, Bradamante pasa a la desesperación y llega al punto de volver la espada contra sí misma, pero el Ángel custodio le para la mano y la exhorta a que desahogue su resentimiento en el combate, desafiando al perjuro de Ruggiero y a la rival Marfisa.

Bradamante se pone en camino hacia el campo de Agramante. Cerca de París los sarracenos han sufrido una gran derrota y ahora se han retirado a Arles, en la Provenza. Durante el viaje, como siempre, Bradamante tiene ocasión de cumplir

valientes y magnánimas acciones, pero lo hace con melancolía y desapego, con la mente en otra parte.

Una de esas acciones es nada menos que el duelo ritual que Rodomonte impone a todos los caballeros sobre el puente que custodia. Quien la ha llamado es la temblorosa Flor de Lis, para que libere a su esposo Brandimarte que, en el duelo con Rodomonte, ha sido derrotado y hecho prisionero. £1 rey de Argel nunca tuvo suerte con las mujeres; Bradamante lo vence y él tanto se enfada que se arranca la armadura y la pisotea y se va a esconder para siempre en una gruta.

Bradamante recupera a Frontino, el caballo de Ruggiero, pero no logra liberar a Brandimarte; Rodomonte ya había hecho transportar a sus prisioneros a Argel. La desconsolada Flor de Lis quiere embarcarse en Arles y seguir a su esposo; ya que pasaba por allí, Bradamante le ruega que restituya el caballo a Ruggiero y le entregue, al mismo tiempo, un anónimo desafío a duelo.

Flor de Lis entra en el campamento de Arles, Bradamante se queda afuera. Ruggiero, convaleciente, recibe caballo y desafío; una cortesía y un ultraje al mismo tiempo; ¿quién puede ser ese desconocido enemigo suyo? La curiosidad despierta entre los caballeros mahometanos; uno de ellos, Serpentino, pide al rey, y lo obtiene, ser el primero en recoger el desafío. Bradamante lo desmonta al primer encuentro; luego le devuelve el caballo y pide un adversario más valiente. La misma suerte sin embargo sigue también el segundo, Grandonio di Volterna. El tercero es Ferraú.

—Tú eres un adversario digno —le dice Bradamante—, pero es otro el que yo quiero. —¿Quién, pues?

—Ruggiero —dice Bradamante sonrojándose. Luego avanza con la lanza en ristre. Ferraú la ha reconocido; no aguanta en la silla ni un minuto. Ahora le toca a Ruggiero, no hay vuelta que darle.

Ruggiero se está poniendo la armadura. Llega corriendo el vencido Ferraú;

—Oye, ¿pero tú sabes contra quién estás por batirte? ¡Es Bradamante!

Esta vez quien se sonroja es Ruggiero.

En ese momento, adelantándosele a Ruggiero, Marfisa sale al campo contra Bradamante. Las dos guerreras rivales están cara a cara, Marfisa con un fénix en el yelmo, Bradamante con su cándido penacho. Se abalanzan la una sobre la otra como bestias. Bradamante, armada de su lanza mágica, desmonta a Marfisa; pero ésta sigue batiéndose a pie. Los demás sarracenos invaden el campo; Ruggiero está entre ellos, y su ánimo ya está dividido. Bradamante, no bien lo ve, sólo tiene ojos para él; en medio de los golpes encuentran modo de murmurarse frases de celos y de amor. (XXXVI 44-45)

Pica el caballo, y parte en el instante,
Tan veloz, que a la par de ellos arriba;
¡Cuánto enfade a los dos la importunante.
Sabe quien ama, sin que yo lo escriba;

Pero más ofendida es Bradamante,
Que a aquella ve de quien su mal deriva.
¿Quién de tener por cierto la retrae
Que el amor de Ruggiero es quien la trae?
Y pérfido, de nuevo al joven llama;
Y «¿No te basta (grita la doncella)
Que tu maldad supiese por la fama,
Que tú mismo me traes a tu bella?
Así echarme de ti tu astucia trama;
Pues bien; por daros gusto a ti y a ella.
Quiero morir; mas la daré el castigo;
Y pues me mata, morirá conmigo.»

Pero Bradamante no soporta el batirse contra su amado; se retira a un bosquecillo de cipreses, junto a una tumba de mármol. Marfisa la alcanza; reanudan el duelo; Ruggiero se entromete para separarlas; Marfisa se amostaza y se bate contra él. Le descarga un tremendo mandoble que, por suerte, se clava en un ciprés. La tierra tiembla; de la tumba sale una voz.

—¡Que no haya lid entre vosotros! ¡Tú, Ruggiero, y tú, Marfisa, sabed que sois hermano y hermana, y es más; gemelo y gemela! (59)

«Parad (dice la voz), no furia impía
Combate entre los dos sostenga insano,
Y os cueste llanto la fatal porfía,
Y la muerte a una hermana dé un hermano,
Tú, mi Ruggiero, y tú, Marfisa mía,
Oíd; que no mi aviso oiréis en vano.
Sabed que un mismo vientre os ha tenido,
Y juntos a la luz habéis venido.

La voz de ultratumba es la del mago Atlante, enterrado precisamente allí. El viejo mago, incapaz de retener por más tiempo a su pupilo, se había muerto de dolor. Desde su sepulcro revela el origen de Ruggiero y Marfisa; cómo su padre, el rey Risa, había sido muerto a traición por los cuñados, que se pasaron al lado mahometano; y cómo la madre los había dado a luz a ambos muriendo náufraga en las orillas de las Sirtes. El mago Atlante había criado junto a los gemelos, hasta que una gavilla de árabes raptó a Marfisa.

Los celos de Bradamante, que habían provocado la espléndida riña entre las dos guerreras, ya no tienen razón de ser. Marfisa será una cuñada; ya ha decidido convertirse de inmediato al cristianismo y combatir al lado de los paladines para

vengar el asesinato de su padre. Bradamante espera que Ruggiero haga otro tanto. Pero Ruggiero sigue estando obligado por el programa de prioridades que se ha fijado; antes de despedirse del rey Agramante quiere cumplir un acto de valor batallando a su servicio, para saldar su deuda con él. La insensata lucha con Mandricardo y las heridas recibidas hasta ahora le habían impedido hacerlo. Bradamante y el destino deben tener un poco más de paciencia.

El duelo de Rinaldo y de Ruggiero

En mal momento regresa Ruggiero al campo de Agramante, en Arles. Como si no bastaran los huecos abiertos en las filas mahometanas, llegan de África malas noticias que nadie esperaba; Astolfo ha conducido un ejército de nubios a través del desierto y ha conquistado Biserta. Agramante reúne un consejo de guerra; ¿conviene que el ejército sarraceno abandone Francia para salvar África, o que resista y, aprovechando la ausencia de Orlando, trate de derrotar a Carlos en su territorio? Marsilio, rey de España, es de este último parecer, pero el viejo y sabio Sobrino, seguro de que a campo abierto los moros llevaran la peor parte, hace otra proposición; que la guerra se defina mediante el enfrentamiento de dos campeones, poniéndose de acuerdo con Carlos de manera que el rey del campeón que sucumba quede como tributario del otro. A la valentía de Ruggiero puede confiar su suerte el rey Agramante; por su parte Carlomagno acepta las reglas del desafío y elige a Rinaldo como campeón.

Aquí es, en definitiva, adonde las cosas han llevado paso a paso a Ruggiero y Bradamante; todo estaba calculado para promoverlos, de héroes de epopeya y aventuras que eran, al rango de héroes de tragedia clásica, desgarrados por un conflicto interior. Ruggiero, para ser digno del honor que le confiere su rey eligiéndolo campeón, debe tratar de matar al hermano de la mujer que ama; no puede desear la victoria ni resignarse a la cobardía. Bradamante debe asistir muda e inmóvil a un duelo mortal entre prometido y hermano, un duelo que como quiera que sea terminará con un luto cruel y hará imposible la boda. (XXXVIII, 71-72)

Que sólo ha de sacar tormentos piensa,
Cualquier que sea el fin del trance fuerte.
Que sucumba Ruggiero en la defensa,
No quiere ni aun soñar ¡que eso es su muerte!
Y si, por castigar más de una ofensa.
De Francia quiere Dios postrar la suerte,
Y el que haya de morir fuere su hermano,
Será el dolor que sufra aún más insano.
Que no podrá sino con saña impía,
Y desprecio común y de su raza,
De su amado gozar la compañía,
Su legítima unión, sacando a plaza,
Cual pensado lo tuvo noche y día
Y allá en su mente veces mil lo traza;
¡Ni cómo hundir promesa tan estable,

Que ni romperla ni olvidarla es dable!

Afortunadamente la Maga Melissa le está cerca, y le promete recurrir a sus artes necrománticas para conjurar la tragedia. Los dos campeones combaten a pie, armados de hacha de armas, que vendría a ser un palo con una cabeza de martillo en el extremo. Ruggiero sólo cuida de defenderse, aterrorizado ante la posibilidad de mancharse con la sangre de su futuro cuñado; mientras que Rinaldo, que nada sabe del enamoramiento de su hermana, ataca con saña. La inferioridad de su campeón desespera a los sarracenos; en ese momento un guerrero gigantesco acude a la tribuna de Agramante. Es Rodomonte, de vuelta de su desdeñoso retiro, que exhorta al rey a que se olvide de lo pactado e invada el campo con sus huestes; no tienen otra vía de salida; él, Rodomonte, está dispuesto a asumir toda la responsabilidad de haber violado los acuerdos. «Si Rodomonte está con nosotros, la relación de fuerzas cambia a nuestro favor», piensa Agramante, e irrumpe con el ejército desplegado. Decisión precipitada además de incorrecta; porque quien le había parecido ser Rodomonte en carne y hueso no era sino una aparición evocada por la magia de Melissa para engañarlo y librar a Ruggiero y Bradamante de su conflicto interior.

En la reyerta los cristianos contraatacan con furor a los enemigos desleales, y en lo más recio de la batalla arremeten, apareadas, las lanzas de las dos mortíferas cuñadas; Bradamante y Marfisa. (XXXIX, 10-12)

Como el lebrel, que a fugitiva fiera
Correr, girar en torno suyo mira,
Y al ver los canes irle en delantera,
Sujeto al cazador, él arde en ira,
Se aflige y atormenta y desespera,
Y, dando saltos, de la cuerda tira;
Así hasta entonces inquietas, afanosas
Estuvieron las vírgenes famosas;
Hasta entonces miraban cual perdidas
Las ricas presas en tan vasto llano,
Al verse por el pacto retenidas
De entrar en él y de ponerlas mano.
Por demás pesarosas y afligidas,
Todo ese tiempo han suspirado en vano;
Y ahora que rotos ven el pacto y paces,
Saltan con gozo a las paganas haces.
Marfisa toda el asta al enemigo
Que primero topó le hunde en la panza;
La espada asió, y en menos que lo digo.
Seis yelmos a romper cual vidrio alcanza.

No menor Bradamante da castigo,
Si diverso en la acción del áurea lanza,
Pues lanzó doble número en el suelo,
Y a alguno de la boca le heló el cielo.

Entre los africanos, el rey Marsilio y el rey Sobrino no quieren tener nada que ver con un rey falto de palabra, y abandonan a Agramante. Solo en la derrota, perseguido por las dos agilísimas y despiadadas tigresas que son Marfisa y Bradamante en el campo de batalla, le queda una única escapatoria, la flota; el rey vencido zarpa hacia África. (69-72)

Cual dos bellas y bravas leopardas,
Que, a la par, de sus cuerdas despedidas.
Corren tras de dos ciervas, que gallardas
Escapan de sus garras, no vencidas;
Con la vergüenza de haber sido tardas,
Quédanse donde están muy doloridas,
Así nuestras doncellas se quedaron
Cuando a Agramante libre contemplaron.
Mas no quédanse así, que entran rompiendo
Por entre aquella turba fugitiva;
Y sus iras en ella repartiendo.
No hay moro que a sus golpes sobreviva.
Ni el más raudo correr les va sirviendo,
Ni planta les valió tener más viva;
Que el Rey, por conseguir mejor su escampo,
Mandó cerrar la puerta que da al campo.
Y los puentes del Ródano cortar
Mandó todos. ¡Oh plebe infortunada,
Que sólo os cuentan como grey lanar
Cuando hacer guerra al déspota le agrada!
Se ahoga éste en el río, ése en la mar,
Aquél deja la gleba ensangrentada;
Que como no son gente de rescate,
Escasos prisioneros da el combate.
De la gran multitud que ha sucumbido
De un ejército y otro en esta guerra,
Si bien la mortandad diversa ha sido
(Por tanta gente que Marfisa aterra,
Y Bradamante exánime ha tendido),
Aún hoy se ve Señor en esa tierra

Do junto a Arles el Ródano se encaña,
Llena de sepulturas la campaña.

Navega durante tres días, y una gran escuadra de galeras cristianas le sale al paso. Una nube de flechas cae sobre la nave de Agramante, y después una avalancha de piedras lanzadas con catapultas; las faláricas incendiarias hacen el resto.

¿Pero de dónde ha salido esta flota cristiana, de cuya existencia nadie sabía nada? La había hecho surgir por obra de magia Astolfo, arrojando al mar un puñado de ramillas y hojitas…

Orlando recobra la cordura

¿Cómo hizo Astolfo para conquistar toda África él solo? Astolfo cree en las infinitas analogías que las palabras determinan entre las cosas, y su protector, San Juan Evangelista —si es cierto que escribió el Apocalipsis— sabe que el mundo está todo hecho de metáforas.

¿Qué obstáculos encuentra quien quiera conducir un ejército de Etiopía a las Sirtes? Antes que nada el viento, que levanta tempestades de arena en el desierto. ¿Pero acaso no decimos que el viento se levanta? Bastará entonces ir adonde el viento duerme. ¿No decimos que el viento sopla? El soplido que hincha un odre, queda prisionero.

Astolfo va a la caverna donde duerme Noto, el viento del sur, y aplica un odre a la tronera. Por la mañana, cuando Noto quiere salir, se encuentra encerrado en el odre. Astolfo regresa con el viento apresado en el saco y da la orden de marcha a las tropas. Largas filas de soldados y camellos y elefantes atraviesan el desierto sin que se alce el menor granito de arena.

Otra dificultad; en Nubia los caballos no existen. Para marchar por el desierto hacen falta camellos y elefantes, pero cuando se llega a los montes Atlas y hay que tomar de asalto las ciudades de la costa haría falta una formación de caballería, para caer sobre Biserta como una avalancha… Astolfo sube a la cima de la montaña y comienza a despeñar piedras por la pendiente. Cada piedra que rueda hace rodar otras, que rodando retumban como cascos, rebotan como jarretes, se desloman como grupas, caracolean, y ya les salen patas y colas y cuellos, y ya alzan hocicos y crines y relinchos… (XXXVIII, 33-34)

Se arrodilla después, y en acción pía,
A su Santo Maestro está invocando.
Y bien seguro que su prez oiría,
Va de piedras gran copia abajo echando.
¡Oh, cuánto alcanza quien en Dios confía!
A las piedras, su propio ser mudando.
Crecer se las veía y echar fuera,
Vientre, piernas, cabeza y cabellera.
Y con claros relinchos por cien calles
Bajan con sueltos aires hasta el llano,
Y ya corceles, saltan por los valles,
Cuál alazán, cuál tordo y cuál ruano.
La multitud, que atenta está a esperalles,

Con ligero ademán les echa mano;
Así que a poco en ellos van erguidos,
Pues con sillas y frenos son nacidos.

Astolfo regresa con una inmensa tropilla de caballos; los hay para que ochenta mil ciento dos caballeros nubios asalten Biserta. ¿Pero de qué sirve conquistar Biserta si luego no se tienen naves para acudir a Francia en auxilio de Carlos? El de Nubia es un ejército de tierra; no posee un leño ni una cascara… Leño… Cascara… A orillas del mar Astolfo se pone a juguetear, a arrojar al agua trozos de corteza y ramillas y bellotas, y los mira flotar como si fuera un niño… Una oleada los levanta, los arrolla; emergen transformados en una flota de galeones y fustas y bergantines. (XXXIX, 26-28)

Y llenando sus manos, tan cargadas
Cuanto le es dado, de diversas frondas,
De olivo, cedro y lauros arrancadas,
Llegóse al mar y las tiró a las ondas.
¡Oh felices, las pocas bienhadadas
Almas que de la gracia vais orondas!
¡Oh milagro estupendo, que aparece
En cada hoja que en la mar se mece!
Viose que en mole inmensa se volvían,
Y tornábanse curvas, anchas, graves.
Las venas, que a través antes tenían,
Múdanse en tablas duras, gruesas través,
Que agudas hacia arriba concluían,
Convirtiéndose al fin todas en naves;
Y en calidad y en número son tantas.
Cuantas fueron las hojas de las plantas.
Milagro fue las frondas esparcidas
Ver hechas fustas, barcos de alta gavia;
Y milagro también verlas guarnidas
De cuanto suele usar marina sabia,
En remo y velas, y después servidas
Para luchar del viento con la rabia;
Porque el príncipe Inglés buscó pilotos
Corsos, sardos, de allí no muy remotos.

La nave sarracena que transporta los prisioneros de Rodomonte entra en el puerto de Biserta sin saber que la ciudad está en manos cristianas. Brandimarte, Oliviero y

Sansonetto se encuentran entre amigos. Mientras festejan su liberación con Astolfo y con Dudone que, prisionero en Biserta, también ha sido liberado, se oye un estruendo; un hombre desnudo y loco, armado de una clava, va sembrando ruinas por la costa.

Nadie sabe quién es, nadie se atreve a pararlo. Hasta que llega al galope una joven. Es la siempre jadeante Flor de Lis que había seguido de Francia al África a su esposo Brandimarte y que, en su itinerario, había encontrado varias veces a ese hombre desnudo. Ahora, por fin, Flor de Lis llegaba a la meta de sus peregrinaciones, que era, ciertamente, abrazar otra vez a su esposo, pero también identificar a Orlando en ese loco desatado y exclamar, señalándolo;

—¡Aquí tenéis al conde!

Ya no queda sino restituir a Orlando el juicio perdido. Bastaría aplicarle a la nariz la ampolla que Astolfo recobró en la Luna, y hacerle inhalar el contenido. Pero con ese energúmeno más fácil es decirlo que hacerlo. Hacen falta las fuerzas unidas de cinco paladines ahí presentes para reducirlo —literalmente— a la cordura. (54-57)

Cuerdas previno en número profuso,
Que en corredizos nudos armó presto;
Por las piernas y brazos las dispuso
Del demente, y al torso le ató el resto.
Un cabo en mano a cada cuál le puso,
A todos dando equidistante puesto;
Y como mariscal prudente hierra
Caballo o buey, a Orlando echan por tierra.
Y no bien cae, todos vanle encima,
Y más fuerte le ligan de pie y mano.
Orlando se sacude, que da grima;
Mas esfuerzo y respingo, todo es vano.
Llevársele a otro sitio el Duque estima,
Al fin propuesto de ponerle sano.
Dudón, que es grande, se lo carga apenas,
Y llévanle a las próximas arenas.
Por siete veces lávale seguidas
Astolfo, y en la mar siete le sopla;
Y las roñas le arranca endurecidas.
Sin quitar de las manos la manopla.
Luego con hierbas, a ese fin cogidas,
Tapa su boca, y él bufa y resopla;
Pues no debe quedarle mes saliente,
Que el conducto nasal, por donde aliente.
Preparado allí el Duque tiene el vaso

Do encerrado de Orlando el juicio estaba;
El cual de modo se lo aplica al naso,
Que cuando adentro el hálito aspiraba.
Todo se lo sorbió. ¡Oh extraño caso,
Que la mente a su acción usual tornaba,
Y de Orlando a jugar la fantasía
Más que antes fresca y lúcida volvía!

—*Solvite me* —es la primera frase que murmura, no bien logra articular una palabra.

—¿Se pone a hablar en latín, ahora? —se dicen los paladines—. ¡Sigue loco!

—No, es una cita de Virgilio —dice Oliviero que es el único que ha cursado estudios serios; y los tranquiliza—. Ha recobrado la memoria. Se ha salvado. (58-60)

Como aquel que en penoso grave sueño
Ver formas no posibles se imagina
De monstruos que le asedian con empeño,
O que impulso le arrastra a horrenda ruina;
Cuando de sus sentidos es ya dueño,
Aun despierto, el asombro no declina;
Así el Conde, aunque el juicio ha recobrado,
De asombro y maravilla está pasmado.
Al que la mente le sanó extraviada,
Y a Brandimarte y a Oliviero mirando
Los está, pensativo, y no habla nada;
Dónde se encuentra, y cómo vino, y cuándo.
Recordar quiere, y vaga su mirada,
Los objetos de en torno repasando.
De ver su desnudez se maravilla,
Y aquellas cuerdas, y del mar la orilla.
Y exclama al fin, como exclamó Sileno
A los que en honda gruta le ligaron,
Solvite me, con rostro de paz lleno,
Tan diverso de aquel que antes le hallaron,
Que le sueltan, al verle tan sereno,
Y a vestirle al instante se aplicaron,
Consolándole todos del dolor
Que le causaba su prístino error.

El triple duelo de Lampedusa

Frente a la costa de Biserta en llamas, el rey Agramante, derrotado también en el mar por la falta de Dudone, atraca con el fiel Sobrino en una isla de pescadores. (XL, 45)

Vacía toda está de habitadores;
De humildes plantas y de enebros llena
Do alegres viven gamos saltadores,
Cabras y liebres en quietud serena.
No la conocen más que pescadores,
Que en los arbustos de su falda amena
Sus redes a secar tienden a veces.
Durmiendo en tanto los pintados peces.

Allí encuentra a Gradasso, que se había refugiado durante una tempestad y que se ofrece para desafiar a Orlando en singular combate como última tentativa de desquite. Pero Agramante no quiere que Gradasso pelee solo, y el viejo aunque robusto Sobrino no quiere ser menos. Invitarán a Orlando y a dos de sus compañeros a un torneo solitario, tres contra tres, en la cercana isla de Lampedusa. Orlando acepta con alegría el desafío porque Gradasso está en posesión de la espada Durindana, y Agramante de su caballo Brigliadoro; no ve la hora —ahora que ha recobrado el juicio— de recuperar también las demás cosas que se le fueron dispersando en sus alocados vagabundeos.

Los pasos de nuestros héroes, que hasta aquí han recorrido el mapa de los continentes, ahora —cerca ya del final de la narración— se han puesto a girar como agujas de brújula sobre las cartas náuticas; con eje en las islas pequeñas o grandes del Mediterráneo. También Ruggiero, que todavía no ha decidido si puede considerarse libre de sus deberes para con el ejército africano, se hace a la mar, naufraga, está a punto de ahogarse y se convence de la urgencia de su propia conversión. Y he aquí que también para él hay una pequeña isla, con un sabio ermitaño dispuesto a darle el tan postergado bautismo.

El mundo es un archipiélago; en la isla desierta de Lampedusa desembarcan Orlando, su fiel amigo Brandimarte y el cuñado Oliviero, para batirse a duelo con Gradasso, Agramante, Sobrino. Es un duelo extremadamente complejo, entre otras cosas porque los campeones pelean con yelmos, espadas y caballos que pertenecen siempre a otro y de cuyas virtudes son los primeros en asombrarse. Este islote de Lampedusa se convierte casi en el receptáculo de las armas más milagrosas y de los más famosos caballos; tanto que, en cierto momento, desembarca también Rinaldo en

busca de su Baiardo. Llega tarde; el duelo ha terminado, por tierra yacen los cadáveres de Agramante y de Gradasso, pero la victoria de los paladines ha costado un precio cruel; la muerte de Brandimarte.

El destino ha querido que el más querido amigo de Orlando cayera con la cabeza partida entre las cejas precisamente por la espada que fuera de Orlando, la famosa Durindana con la que Gradasso había dominado el duelo hasta ese momento, y hasta su legítimo e invulnerable dueño ha quedado maltrecho. (XLI-100)

¡Celestial Padre! En tu divino bando
Da a tu mártir leal sitio escogido;
Que las borrascas del vivir pasando.
¡Las alas tiende a tu eternal egido!
¡Ah, Durindana! ¿Conque así a tu Orlando
Ser tan cruel y bárbara has podido,
Que a sus ojos le quites en malhora
Lo que más en el mundo ama y honora?

La venganza de Orlando cae como el rayo sobre Agramante y Gradasso; y si Sobrino salva la vida no es sino para darle tiempo, ya más muerto que vivo, de convertirse al cristianismo. Pero es demasiado tarde para salvar a Brandimarte; el nombre de su esposa Flor de Lis aún no ha terminado de despegarse de sus labios, y ya expira. (XLII, 13-14)

Le registra en el ansia que le aqueja,
Y ve que abierta su cabeza estaba
Hasta el nasal, entre una y otra ceja;
Si bien su aliento heroico le duraba.
Que a Dios gracia y perdón rogar le deja,
Y mientras el hilo de su vida acaba,
Al dulce amigo, en lágrimas deshecho,
Confortando a sufrir con firme pecho,
Le dice; «Orlando, en tu oración ex corde
Acuérdate de mí, pues Dios te inspira,
Y también encomiéndote a mi Flor de…»
Y el lis decir no pudo; que aquí espira.
Al desligarse el alma, un coro acorde
De voces de ángel por los aires gira;
Y el alma, suelto su corpóreo velo,
Entre dulce armonía sube al cielo.

¿Quién dará la noticia a la esposa? Flor de Lis esperaba en Biserta y ya había tenido en sueños un negro presagio. No hará falta decirle nada. Sabe que los cristianos han vencido y le basta escrutar los rostros de Astolfo y Sansonetto que se acercan. Llegan apesadumbrados como por una derrota. Ella comprende en seguida. (XLIII, 157)

Y sabiéndose ya que era cristiano.
Vanse con vivo ardor y alegre aspecto
Al buen Ruggier; y quién le da la mano,
Y quién abraza al Paladín perfecto;
Si bien, más que ninguno el Montealbano
En mostrarle se excede honor y afecto;
Y el motivo, reservóme decirlo
Al otro Canto, si queréis oírlo.

Este poema nos ha enseñado a contemplar lutos y desgracias dosificándolos de manera que discurran casi con ligereza entre el variado acontecer de la vida. ¿Habrá llegado ahora, entonces, también aquí el momento de ceder al dolor? Ciertamente, también el dolor juega un papel en el espectáculo del mundo-archipiélago. Las exequias de Brandimarte tienen lugar a bordo, en viaje del golfo de Biserta al de Agrigento, y luego cuesta arriba por el Etna, a la luz de las antorchas.

Fin de Rodomonte

Hay que apresurarse a desatar todos los nudos; Orlando ha recobrado la razón, Carlos ha ganado la guerra, sólo queda por celebrar la boda de Bradamente y Ruggiero. Éste ya se ha convertido al cristianismo; Rinaldo le ha prometido la mano de su hermana, ¿qué otras complicaciones pueden presentarse todavía? Pues se presentan, y tan grandes que casi dan pie a un nuevo poema en el poema que está por concluir. El duque Amone, que nada sabía de Ruggiero, ha prometido la mano de su hija a León, hijo nada menos que del emperador de Grecia, Constantino. ¿Puede el duque Amone faltar a su palabra? Ruggiero sólo logra que la decisión se aplace un año, y parte a los Balcanes con la idea de derrocar a Constantino y a León del trono de Oriente.

En aquella época los griegos estaban en guerra con los búlgaros. Ruggiero, de incógnito, combate del lado búlgaro, derrota a los griegos y da tales pruebas de valor que le ofrecen la corona de Bulgaria. El príncipe León, viendo en la batalla a este enemigo tan extraordinario, es presa de una admiración por el desconocido héroe rayana en la idolatría.

El emperador Constantino, en cambio, logra hacer capturar a Ruggiero a traición, y lo encarcela y lo tortura como peligroso enemigo que es. Pero el hijo León, que sigue idolatrando al héroe desconocido, lo libera a escondidas y gana su perpetuo reconocimiento.

Es el destino de Ruggiero que sus enemigos lo amen y el meterse en situaciones en las que ya no sabe de parte de quién debe estar. Helo aquí otra vez en un dilema trágico; la deuda de gratitud para con su rival le desgarra la conciencia.

Mientras tanto Bradamante, para salir del paso, convence a Carlomagno de que convoque un torneo. La guerrera concederá su mano al caballero que logre resistirle del alba al ocaso. Está segura de que le será fácil desmontar a León, de tal modo, que venza Ruggiero y se case con ella. La pobre no sabe que Ruggiero ha sellado un pacto de fidelidad con León y que éste, en lugar de presentarse al torneo personalmente, se hará reemplazar por el caballero desconocido disfrazado con la armadura y las insignias del príncipe de Grecia. Así es que Ruggiero, por lealtad hacia León, debe combatir contra la mujer amada, y resistirla, para que ella termine por casarse con su rival.

Es lo que sucede; León pasa por vencedor. Pero Marfisa, que no comprende por qué su hermano no aparece, logra imponer una prueba más; como Ruggiero había pedido antes que León la mano de Bradamante, que se espere su regreso para que León se bata con él. León acepta, pensando que en su lugar combatirá el caballero desconocido. Ahora el conflicto interior de Ruggiero debe forzosamente hallar una solución; no podrá ciertamente enfrentarse consigo mismo en el torneo.

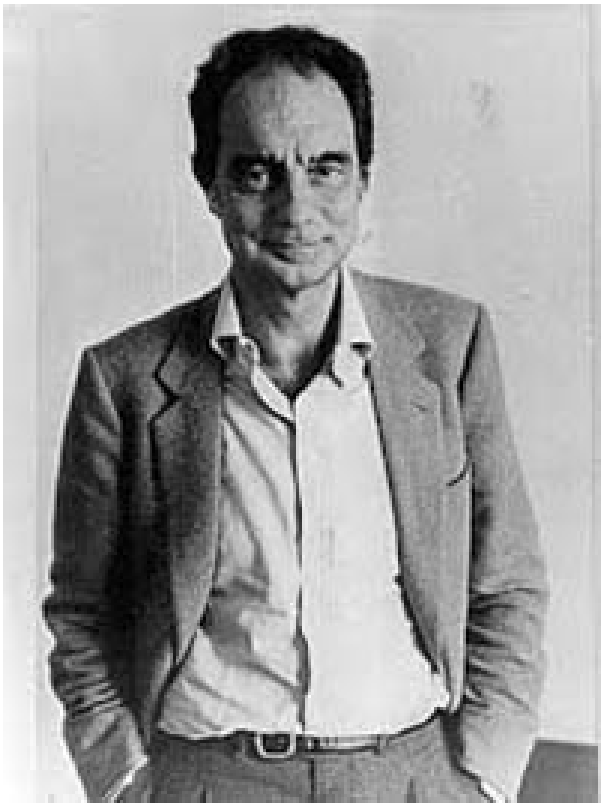
Pero estamos entre personajes tan generosos que no bien los dramas ocultos

comienzan a aflorar se produce un estallido de magnanimidad general; León renunciará a Bradamante, y se descubrirá que Ruggiero —elegido rey de Bulgaria— es el legítimo ganador de la mano de Bradamante.

Si mi relato va tan rápido es porque en medio de hechos tan serios me ha asaltado una gran nostalgia por un personaje que encarnaba una dignidad cómica más fuerte que todas las dignidades trágicas; el poema está por acabar; ¿se habrá olvidado Ariosto? No, al final de la fiesta nupcial, al cabo de nueve días de banquetes, salta fuera de las cavernas del escarpado poema, un caballero todo ataviado de negro que se presenta ante Carlomagno; es él, Rodomonte, el más desafortunado, el más patético de todos nuestros héroes. Para resarcirse de las humillaciones que habían herido su orgullo, Rodomonte se ha escondido durante un año y un mes y un día, y ahora viene a desafiar a Ruggiero, a tratar de impedir que el poema se cumpla.

Otra vez las lanzas vuelan en una girándula de astillas, otra vez las pruebas de fuerza extraordinaria de los héroes se comparan a las faenas cotidianas de los hombres; los trabajos gigantescos para contener las aguas del Po, o los derrumbes en las minas de oro de Hungría y de España. Rodomonte, que encarna el espíritu multifacético del poema, su sonora bizarría, su melancolía, su inagotable reserva de energías, se despide girando en una lenta espiral hacia el oscuro Aqueronte del silencio. (XLVI, 40)

Y, antes de que mayor peligro afronte,
Cuanto más puede levantando el brazo.
Por tres veces el fierro en Rodomonte
Hundió, y quitó del medio el embarazo;
Y a la escuálida orilla de Aqueronte,
Desatado del cuerpo el mortal lazo,
Blasfemando huyó el alma desdeñosa.
Que entre los hombres fue tan orgullosa.



ITALO GIOVANNI CALVINO MAMELI. Escritor italiano. Debido al trabajo de su padre, agrónomo, nació en La Habana, Cuba, en 1923, aunque la familia regresó a Italia dos años después. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, durante la que luchó contra los nazis en un grupo de partisanos, se licenció en Literatura y realizó trabajos editoriales. Su primera novela, *El sendero de los nidos de araña* (1947), era neorrealista. Luego utilizó técnicas alegóricas en novelas como *El vizconde demediado* (1952), *El barón rampante* (1957) o *El caballero inexistente* (1959). En obras posteriores, como *Las cosmicómicas* (1965), *Tiempo cero* (1967), *Las ciudades invisibles* (1972) y *Si una noche de invierno un viajero* (1979), queda patente su original mezcla de fantasía, curiosidad científica y especulación metafísica. Fue, además, un consumado cuentista, con volúmenes de relatos como *Por último, el cuervo* (1949) y *Los amores difíciles* (1970). Falleció por un ataque de ictus cerebral, en Toscana, Italia, en 1985.